
LA LUCHA DEL SINCLAIR
JEANNE PARKER

La Lucha del Sinclair

Jeanne Parker

Derechos de autor © 2025 Jeanne Parker

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epilogo
Agradecimientos.

Prólogo

Alexander Sinclair

Verano de 2016.

Cruzo por tercera vez la piscina mientras espero que Emma llegue. Nado lo más rápido que puedo para alejar todo los pensamientos que siempre bullen en mi cabeza, suelen acallarse cuando mi amiga está a mi lado.

—Hola, Pececito —gruño, apartando el agua de mis ojos, me agarro al borde y alzo la cabeza para ver a Emma sonriendo como de costumbre—. Venga, sal, tienes a Anthony muerto de asco aquí fuera…

Miro hacia las tumbonas cubiertas por varias sombrillas para ver a mi hermano pequeño allí, observándonos hastiado. Maldigo por ser tan gilipollas. A veces, los secretos, el peso que soportan mis hombros, son tan intensos que actúo sin pensar intentando escapar, olvidando que mi mellizo no me puede seguir.

—Lo siento —digo, llegando a su lado mientras me seco—. ¿Te encuentras bien?

—Como vuelvas a disculparte por algo que tú puedes hacer y yo no, pienso pegarme un tiro —increpa; suele hacer eso, esconde su miedo tras las bromas sobre la muerte—. ¿Qué tal, Emm?

—Muy bien —replica, sentada a su lado—. Ya veréis como la universidad os encanta.

—Si llego… —vuelve a bromear—. ¿Algún novio? —cuestiona con picardía, mirándome de reojo, lo que no sabe, nadie en realidad, es que no puede importarme menos la vida amorosa de nuestra vecina.

—No —niega muy tranquila—. No tengo tiempo para eso…

—¿Estás esperando que mi hermanito crezca? —Le doy una colleja, cansado de tanta bromita con el tema—. Eso ha dolido —se queja molesto—. ¿Qué? —Se encoge de hombros—. Solo constato un hecho, es demasiada mujer para ti.

—Vete a la mierda —espeto—. Deja de alimentar las locuras de nuestros padres, Anthony. Emma y yo solo somos buenos amigos.

—No creo que los desvaríos de nuestros padres sean por culpa de Anthony —rebate la rubia—. Déjales. —La miro aterrado—. Al menos, de ese modo, mi madre me deja un poco en paz. Tú todavía eres un niño, pero dentro de nada me considerarán una solterona —bromea.

—No soy un niño —siseo enfadado—. Me falta poco para cumplir los diecisiete…

—Y yo ya he cumplido los veinte —interrumpe—. No pretendo ofenderte, Alex. Solo te pido que, si no te causa ningún perjuicio, finjamos durante un tiempo que estamos pensando en sus planes…

Lo medito y, cuando me doy cuenta de que resuelve varios de mis problemas, me dan ganas de darme de hostias, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? Fingir que me siento atraído por Emma alejará las miradas interrogantes de mi padre cuando me pregunta por mi interés en alguna chica.

—De acuerdo —asiento finalmente—. Dejemos que sueñen durante un tiempo.

Emma me tiende su mano, la estrecho como si hubiéramos cerrado un trato empresarial. Después bebemos unos refrescos mientras contemplamos cómo el sol va ocultándose tras las montañas, hablando de todo y de nada, queda poco para que mi hermano y yo vayamos a la universidad, por lo que nuestra vida tal y como la conocemos volverá a cambiar, y yo odio los cambios, odio lo que no puedo controlar.

—¿Qué se siente al ser el heredero Sinclair? —pregunta ella—. Demasiado peso sobre tus hombros…

—¿Qué se siente al ser la futura esposa del heredero? —bromeo, ambos reímos mientras mi hermano nos observa sin decir una palabra.

—¿Qué se siente al ser dos imbéciles? —pregunta al fin, le amenazo con volver a pegarle, alza las manos en son de paz—. Tranquilo, hermanito.

—¿Y tú, Anthony? —cuestiona nuestra amiga—. ¿Algún amor en el horizonte?

—Sí, al anticoagulante —masculla—. ¿Crees que alguna chica quiere salir con un chico que no puede ni tocarla sin que me dé un jamacuco?

—Lo siento —susurra, apesadumbrada—. Seguro que muy pronto los médicos encontrarán una solución, y podrás hacer todo lo que quieras.

—Seguro —detecto el hastío, hace mucho que se rindió—. Mientras tanto, me lo tomo como unas vacaciones perpetuas.

Cuando nuestros padres llegan acompañados de los Sullivan, el buen ambiente cambia. Nunca he sido capaz de soportar a Corinne, disimulo por educación, pero si por mí fuera, la querría muy lejos de mi familia. Detesto cómo me observa, y lo que es peor, cómo se comporta con mi padre sin que ninguno repare en ello, ¿son idiotas, o se lo hacen?

Miro a mi madre, presente en la reunión y a la vez tan lejos. Su mirada apagada, ida en muchas ocasiones a causa de la medicación. La desaparición de mi hermano mayor ha sido un golpe del que no se ha recuperado, por eso me esfuerzo tanto en encontrarlo.

Capítulo 1

Alexander

Observo cómo Anthony sostiene a nuestra sobrina Gisele en brazos. Al fin se salió con la suya, es el padrino de la primogénita de los Sinclair. Sus ojos tienen una luz que no he visto desde hace muchísimo tiempo, eso demuestra las ansias que tiene de ser padre, de poder tener una mujer, una vida…

—¿No es una hermosura? —me pregunta mientras la contempla embelesado—. Desde luego, es que cuando nuestro hermano hace algo, lo hace bien.

—Oye, guapo, que yo he tenido algo que ver —amonesta la madre de la niña—. Estaba allí, ¿sabes?

—Imagino —le sigue la broma—. No te enfades, cuñadita. Gisele se parece a ti —susurra, cómplice.

—¿Qué le dices a mi mujer? —Ethan la abraza desde atrás—. ¿Vas a acaparar a mi hija mucho tiempo más, hermano?

—Todo lo que pueda —asiente, haciéndonos reír a todos—. Soy su padrino.

—Eso no significa que no la sueltes ni a sol ni a sombra —replico—. Seguro que mamá está deseando que la dejes. —La busco, pero no la encuentro—. ¿Dónde está?

—Con tu padre —responde Emma—. Déjales, creo que están en su segunda luna de miel. —Hago una mueca.

—No era necesario tanta información —mascullo—. Créeme, rubia, imaginar a mis padres follando no es algo que me divierta.

—Que tengas una mente pervertida no es mi problema, Sinclair —replica riendo—. Por cierto, ¿no nos vas a decir qué o quién te ha tenido tan entretenido? No te veía así desde los primeros años de universidad.

—No digas tonterías —exclamo, incómodo—. Solo he tenido mucho trabajo.

—¿Te olvidas de que mi marido es el jefe? —pregunta con picardía, miro a mi hermano, que alza las manos en son de paz—. Él no me ha dicho nada —aclara.

—Genial —bufo—. ¿En esta familia no se puede tener vida privada?

—Puedes intentarlo —asiente mientras coge a Gisele de los brazos de Anthony—. Pero quiero una cuñada.

Escupo la bebida por la sorpresa y comienzo a toser. Ethan golpea mi espalda mirándome de una manera que me pone de los nervios. Puede que no nos hayamos criado juntos y, sin embargo, es el único al que le temo. A mi mellizo puedo mentirle, al menos, eso creo, pero a él…

Desde que el destino lo trajo de nuevo al lugar que pertenecía, mi mayor miedo cambió. Pasé de temer que jamás fuera a conocerle a que él me diera la espalda al conocer mi secreto. Me he empeñado tanto en negarlo con la esperanza de que desaparecería y no tendría que decepcionar a mi familia que, incluso en ciertos momentos, logro olvidarlo.

—Pídeselo a Anthony —sé que estoy diciendo una tontería—. Si me disculpáis…

Salgo al jardín e inspiro hondo intentando calmarme. No quiero estropear este día porque hemos bautizado a Gisele y la familia se ha reunido para celebrarlo. Escucho unos pasos tras de mí y me tenso, no quiero discutir, siempre intento evitar enfrentamientos que no llevan a nada.

—Alexander. —Cierro los ojos apesadumbrado—. ¿Cuándo vas a dejar de esconderte? —Me giro horrorizado para ver a Ethan con las manos en los bolsillos de su pantalón—. ¿Cuándo dejarás de luchar contra ti mismo?

—No sé de qué me hablas. —Intento pasar por su lado para huir, lo que siempre temí parece que se ha cumplido, y no soy capaz de mirarlo a la cara. Me detiene.

—¿Alguna vez te he dado pie a creer que iba a juzgarte o a tratarte de diferente manera? —pregunta tan dolido que alzo la cabeza sorprendido—. Llevo esperando años a que me lo dijeras y ahora estoy convencido de que nunca ocurrirá…

—Ethan, no… —las palabras parece que se niegan a salir de mi boca—. Lo siento —termino diciendo.

—Si me estás pidiendo perdón por no sincerarte conmigo, lo acepto —asiente, soltándome—. Si es por otro motivo, puedes ahorrártelo porque no lo necesito.

—¿Lo sabe alguien más? —pregunto agobiado, quiero correr.

—Soy tu hermano, Alexander —replica—. Por desgracia, no crecí junto a ti y no me costó darme cuenta, ¿crees que tu propio mellizo no lo sabe?

—Claro que no —exclamo—. Nunca le he dado pie a creer que…

—Ni a mi tampoco —interrumpe—. Reconozco que me pareció extraño que nunca hubieras intentado acostarte con Emma.

—¿Y si lo hubiera hecho? —pregunto a la defensiva—. ¿Crees que solo el gran Ethan Sinclair es capaz de meterse en su cama?

—Cuidado —advierte, enfureciéndose—. No me ataques utilizándola a ella porque te romperé la cara. Sé que nunca lo hiciste, no la mirabas con deseo, Alex.

—Eso no me convierte en… —trago saliva, ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta—. Tengo que salir de aquí —mascullo, sintiendo que me ahogo.

Me doy la vuelta para encontrar a Anthony mirándome dolido, ¿lo habrá escuchado todo? Se acerca con lentitud, al menos, a mí me parece que tarda una eternidad en llegar hasta nosotros.

—Llevo al menos quince años esperando a que hables conmigo —más reproches. Cierro los ojos, derrotado de nuevo—. ¿Creías que no me iba a dar cuenta? —cuestiona—. Eres mi otra mitad, ¿crees que soy idiota? —Está enfadado, y temo que esto sea demasiado para él.

—Tranquilízate —le pido preocupado—. Yo no quería esto…

—¿Querías seguir viviendo una mentira? —cuestiona—. Vivir solo por temor a defraudarnos? No sé qué demonios te ocurrió en la universidad —me tenso, mirando a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie más puede escuchar nuestra conversación —. Te vi ser feliz, sonreías más a menudo. Después, todo se fue a la mierda, y volviste a encerrarte en ti mismo.

—Ambos creímos que con mi llegada, tal vez… —me giro y observo a mi hermano mayor.

—¿Creías que no estaba feliz de encontrarte cuando desde que tengo uso de razón lo intenté con todas mis fuerzas? —cuestiono ofendido—. ¿Que estaba celoso de que ocuparas mi puesto? Entonces es que no me conoces tanto como crees, Anthony. —Miro a mi mellizo—. Ser el hijo mayor, el heredero, siempre ha sido una maldita losa sobre mis hombros. La llegada de Ethan me liberó, y por eso creí que… —niego, porque no estoy preparado para hablar de un pasado que no lo es tanto.

—No queremos que te sientas obligado a contarnos nada —dice Ethan—. Solo espero que algún día sí quieras y puedas hablar con nosotros de cualquier cosa.

—Siempre estaremos para ti —añade Anthony—. Me hubiera gustado que fueras tú el que nos dijeras tus preferencias, pero, al menos, por mi parte, no soportaba guardar silencio por más tiempo viendo cómo ese secreto te destruye un poco más cada día.

—Lo siento —no sé que más decir—. Siento haberos mentido, no ser lo que…

—¿Le pegas ya? —interrumpe mi mellizo—. Sabes que no puedo, si no, lo haría con gusto.

No puedo evitar reír ante la conversación tan surrealista. Que estén enfadados por no haber sido sincero en vez de por mi secreto me parece una jodida locura.

Capítulo 2

Alexander

Se supone que debería sentirme liberado. Después de todo, mis hermanos saben lo que tanto me he negado a mí mismo, sin embargo, sentado en la mesa junto a los demás, me siento más fuera de lugar que nunca. Es entonces cuando recuerdo una de las ultimas discusiones que tuve con Scott…

◆◆◆

—Estoy harto de esconderme, Alex —sentencia—. No tengo por qué hacerlo, no temo defraudar a nadie —añade con ironía—. Me acepto a mí mismo desde hace muchísimos años.

—¿Quieres que te dé un premio por ello? —cuestiono a la defensiva, molesto porque me eche en cara mis peores miedos—. No es justo que me pidas algo para lo que no estoy preparado…

—¿Y cuándo lo estarás? —exclama—. Te lo niegas incluso a ti mismo, Alexander —añade—. No puedo más…

◆◆◆

Ese fue el principio del fin. Él ya había terminado la carrera y trabajaba para la competencia, algo que no llevé muy bien. Viéndolo ahora con perspectiva, fui egoísta. Quería que trabajará a mi lado,

pero manteniéndolo a distancia, al menos, delante de los demás, cuando lo que siempre quiso fue gritar a los cuatro vientos nuestra relación.

—¿Estás bien? —pregunta Emma, que está sentada a mi lado. La miro y, por primera vez, puede que sea capaz de ver lo que siempre he querido obviar—. No debes preocuparte por nada —intenta tranquilizarme—. Lamento mi comentario de antes, pero esperaba que reaccionaras…

—¿Tú también? —exclamo, atrayendo la mirada de mis padres, mi madre observa interrogante—. ¿Es que lo sabe todo el mundo? —mascullo entre dientes.

—Alex —suspira—. Hemos sido amigos desde que empezaste a andar, ¿crees que no me daría cuenta? —pregunta con dulzura—. Nunca me dijiste nada, por lo que creí que era mejor esperar a que lo hicieras. —Se encoje de hombros, otra persona dolida por mi secreto—. Pero como buen cabezota que eres, nunca lo hiciste. —Sonríe con tristeza—. Siento no haber sido mejor amiga. —La miro sorprendido.

—¿Qué dices? —pregunto, incrédulo—. Emma, no…

—Si lo hubiera sido, me lo habrías contado y la carga hubiera sido menor, Alex —sentencia—. Puedo entender que estuvieras asustado, sobre todo, cuando eras más joven, y esperé a que vinieras a mí para hablar, no sé. —Se encoge de hombros de nuevo —. Después de todo, soy mayor que tú.

—No hiciste nada malo —replico—. No quiero que pienses eso, todo es culpa mía. Has sido como una hermana para mí, por lo que no quiero que jamás vuelvas a decir que me has fallado, cuando está claro que he sido el único que ha errado en la forma de llevar todo este asunto, dañando a mucha gente en el proceso.

—Cuando quieras hablar, sabes que puedes contar con nosotros —dice, acariciando mi espalda—. Quiero verte sonreír, Alex, quiero que seas feliz, ¿lo harás?

¿Cómo decirle que lo fui? ¿Que rocé la felicidad con la punta de los dedos, que me sentí libre, más que nunca, pero que lo jodí tanto que la persona que amaba me traicionó rompiéndome el corazón?

—Soy feliz, Emm —sonrío, mintiendo de nuevo, es algo que tengo tan arraigado que lo hago sin pensar—. Tengo una familia maravillosa, trabajo en lo que siempre quise… ¿Qué más puedo pedir?

—Amor —replica—. Quiero para vosotros lo mismo que tengo con Ethan. Alguien que te complemente, que sea tu compañero, no importa el sexo —susurra—. Prométeme que no vas a cerrar las puertas —exige.

—Lo prometo —respondo solo para poder escapar de su escrutinio—. Ahora deja de preocuparte por mí y disfruta de tu familia.

Odio ver que el brillo de sus ojos se ha apagado por un instante y ser yo el causante. Emma ha pasado por mucho, ahora Ethan y ella son un matrimonio ejemplar y han tenido una hija a la que adoran, pero su principio fue difícil y tan tormentoso como para que todos llegáramos a pensar que no tendrían una posibilidad de reconciliación. Fui el primero que luché con ellos para que lo consiguieran porque me veía reflejado en ellos, y no quería que vivieran como yo.

Molly se acerca a nosotros para coger a su nieta, porque sí, Gisele Sinclair tiene dos abuelas y dos abuelos, aunque uno de ellos ya no esté presente. Es algo que todos teníamos muy claro, no íbamos a darle la espalda a la mujer que había cuidado de mi hermano cuando fue arrancado de nuestro hogar.

—Esta pequeña no deja a su mamá —dice mientras mira embelesada a la bebé que ajena a todo disfruta del enorme amor que le rodea—. Vamos a dar un paseo…

—Creo que canguros no van a faltarte —bromeo.

—No —replica—. Lo cierto es que todos están enamorados de Gisele, creo que serían capaces de pegarse por ella —se ríe—. Es preciosa, ¿verdad?

—Mucho —asiento—. Va a romper muchos corazones cuando sea mayor.

—Que no te escuche tu hermano —susurra cómplice—. Apenas es un bebé, pero no lleva muy bien eso de pensar que en un futuro algún capullo le ponga las manos encima, palabras textuales.

—Coincido con él. —Ella me mira como si fuéramos un caso perdido—. Cuando crezca, el capullo que quiera acercarse a ella tiene que pasar por el ojo crítico de los Sinclair.

—Que Dios lo pille confesado entonces —exclama, riendo—. Ya cruzaremos ese puente cuando llegue el momento.

—No creo que mi hermano esté preparado para algo así jamás —inquiero sin perder la sonrisa.

—¿Qué habláis de mí? —aparece por detrás, sorprendiéndonos —. ¿Y la niña?

—Con Molly —responde mi cuñada—. ¿Y Anthony?

—Descansando. —Lo miro preocupado, me hace un gesto para tranquilizarme—. Está bien, pero le he obligado a tomarse una pausa.

—Esto es culpa mía. —Me levanto dispuesto a asegurarme de que mi hermano está bien con mis propios ojos—. ¿Entendéis ahora por qué nunca quise decir nada? Es algo que solo me concierne a mí…

—Te equivocas —rebate Ethan—. Nos incumbe a todos porque te amamos, y queremos que seas feliz.

—¿Crees que lo seré si a Anthony le pasa algo por mi culpa? —cuestiono, dejándoles con la palabra en la boca.

Subo de dos en dos los escalones que llevan a la habitación de mi mellizo.

—¿Te encuentras bien? —Entro como una tromba.

—Joder —exclama—. Lo estaba antes de que casi consigas que me dé un puñetero infarto —acusa—. ¿Qué demonios te pasa, Alex?

—Ethan nos ha dicho que estabas descansando, y pensé… —me callo porque me siento como un imbécil.

—Que saber tu secreto me había enfermado, ¿verdad? —cuestiona, rodando los ojos—. Recuerda que lo sé hace muchos años. Nuestro hermano casi me ha chantajeado para que descanse como las viejas —gruñe molesto—. Os juro que, si ocurre un milagro y puedo curarme, voy a cobrarme todo lo que he tenido que soportar.

—Lo estoy deseando —sonrío más tranquilo—. Gracias. —Me mira extrañado—. Por no juzgarme, por guardar mi secreto, por quererme.

—Pues yo no tengo nada que agradecerte, Alex —replica—. Me duele que creyeras que te iba a dar la espalda por tu elección a la hora de amar. Eso me demuestra que no me conoces en absoluto, y me duele.

Cierro la puerta y me siento a un lado de su cama, odio haberles hecho daño, hacerles creer que para mí no eran dignos de mi confianza, cuando en realidad les confiaría mi vida sin dudarlo ni un solo instante.

—Creo que muy en el fondo sabía que no me darías la espalda, pero me daba miedo que me miraras diferente, incluso con lástima —confieso sin mirarlo—. No es fácil, Anthony, y si pudiera cambiarlo, lo haría.

—¿Por qué? —pregunta, le miro sorprendido—. No puedo creer que hayas pasado tanto tiempo con esto dentro de ti creyendo que era algo que debías ocultar con vergüenza. Ni que me digas que no es fácil cuando soy yo quien tiene una condena de muerte colgada del cuello.

Me siento avergonzado ante tal reprimenda, más viniendo de mi hermano pequeño, y lo peor es que tiene razón. Ahora no me cabe la menor duda de que de los tres soy el más cobarde porque, desde que entendí lo que me pasaba, siempre he huido, siempre con miedo al qué dirán, al rechazo.

—Tienes razón —concedo—. Tú eres mucho más valiente y fuerte que yo.

—Hacerme la pelota no va a cambiar el hecho de que me duele, y mucho, que no hayas podido confiar en mí, Alexander.

—Puedo hacerlo a partir de ahora, ¿qué te parece? —pregunto, intentando aligerar el ambiente.

Capítulo 3

Alexander

—Pues una mierda. —Los dos reímos por su respuesta—. Pero tendrá que valer. —Se encoge de hombros—. Ya puedes contarme algo interesante que me haga olvidar que mi mellizo no confiaba en que yo aceptara su sexualidad.

—No sé por dónde empezar —musito, intentando recordar la primera vez que supe que no me sentía atraído por las mujeres—. Besé a Emma cuando era adolescente.

Veo cómo casi se le desencaja la mandíbula, sonrío ante semejante reacción.

—Que no se entere Ethan —susurra cómplice—. Imagino que fue un experimento por tu parte… —Asiento, y suspira—. Menos mal.

—Tampoco es para tanto —exclamo—. Fue como besar a mi hermana. Pero me sirvió para aceptar y entender lo que sospechaba, las mujeres no me ponían nada.

—Dime que probaste con alguna más —espeta—. ¿A quién se le ocurre besarse con la vecina que ha crecido en esta casa? Es antimorbo, Alexander.

—No iba a ir besándome con desconocidas. —Mi gesto de repulsión le causa gracia—. ¿Qué? —pregunto molesto.

—Solo tú podrías decir algo así, ¿tienes tantos remilgos con el sexo opuesto? —Frunzo el ceño pensativo—. No me contestes. Conociéndote, la respuesta será afirmativa, y a mí me dará un ataque.

—Pues no preguntes —me defiendo—. Lo importante es que fue mi punto de quiebre, ya no podía continuar negando lo evidente, aunque lo intenté con todas mis fuerzas, pero al entrar a la universidad… —cojo aire para continuar, hablar de esto no es fácil, hacerlo de la persona que cambió mi vida, mucho menos—. Scott arrasó con todo. —Cierro los ojos, incluso pronunciar su nombre duele.

—Siempre supe que algo había ocurrido, pero eres tan hermético —riñe—. Jamás pides ayuda, todo lo cargas en tu espalda en silencio y sigues avanzando, aunque signifique arrastrar con los problemas de todos los que te rodean.

—No es cierto —me defiendo, alza una de sus cejas, bufo porque creo que es marca de la casa. Ethan lo hace, incluso yo, y me molesta muchísimo.

—Sí lo es —afirma—. Has cargado con mi enfermedad, cargaste con la desaparición de Ethan, y has cargado con lo que tú considerabas un fallo a ojos de los demás.

—Odio que me psicoanalice mi hermano menor —mascullo incómodo—. ¿Pretendes que no tenga miedo sabiendo que en cualquier momento te puedo perder? —pregunto—. ¿O que viviera mi vida sabiendo que me habían arrebatado a Ethan?

—He vivido con ambas —replica—. Soy yo el que está enfermo, y como tú, crecí sin mi hermano —sonríe—. Pero no soy como tú. No

me cambies de tema —advierte—. Quiero saberlo todo de ese tal Scott…

—No sé por dónde empezar. —Le miro perdido, incluso asustado, porque es la primera persona con la que voy a hablar sobre este tema—. Lo haré desde el principio…

◆◆◆

Es el primer día, y estoy de los nervios.

No soy tan seguro de mí mismo como mi familia cree, es la imagen que doy al resto, pero, por dentro, estoy tan perdido que ni siquiera sé quién soy en realidad.

Todo es nuevo a mi alrededor, y aunque estoy donde deseo estar, y avanzando hacia mi sueño, que es ser abogado, odio los cambios. El no poder controlar mi entorno me desestabiliza, ya que en casa junto a mi padre somos los que intentamos mantener el caos a raya.

He crecido sabiendo que mi madre ha necesitado la ayuda de innumerables terapias, psiquiatras, incluso estuvo una vez ingresada varias semanas por intentar suicidarse. Fue en ese momento, con solo diez años, que me prometí ser fuerte, una roca a la que ella pudiera aferrarse, un faro que iluminara su oscuridad, y también le juré que, si no volvía a hacer semejante locura, yo encontraría a Ethan.

—Perdona —parpadeo, alejando los recuerdos, y me giro para ver a un joven rubio con reflejos cobrizos, ojos verdes y con una nariz salpicada de graciosas pecas mirarme interrogante—. ¿Te has perdido? Imagino que eres de primer año…

—Sí —asiento avergonzado, debe pensar que soy imbécil—. Pero creo que no me he perdido —miro a mi alrededor.

—¿Abogacía? —pregunta con una sonrisa, asiento—. Pues bienvenido al maravilloso mundo del derecho.

—¿Tú también? —cuestiono, devolviéndole la sonrisa algo incómodo, su frescura me recuerda a mi mellizo.

—Sí —responde, indicándome que le siga—. Pero estoy en mi segundo año. Todo es abrumador al principio, pero ya verás cómo te adaptas rápido.

Le sigo porque no sé que más hacer e imagino que sabe donde debo ir, ¿qué mejor que seguir a una persona que está a punto de terminar la carrera?

—Es aquí. —Señala una puerta—. Te indicarán dónde debes ir y demás. —No ha perdido la sonrisa en ningún momento—. Por cierto, me llamo Scott.

Me tiende la mano, y la acepto dando un firme apretón. No me gusta sentir una especie de corriente entre nosotros, por lo que soy el primero en retirarme. Si lo ha notado, no da muestras de ello, por lo que intento disimular e ignorarlo para convencerme a mí mismo de que han sido imaginaciones mías.

—Alexander Sinclair —carraspeo—. Encantado, y gracias por ayudarme.

—De nada —replica, parece reacio a marcharse, y eso comienza a ponerme nervioso—. Nos veremos por aquí —se despide finalmente, rompiendo el tenso silencio que se había instalado entre nosotros.

Le veo alejarse, y debo reconocer que no dejo de mirar hasta que desaparece de mi vista, mascullo una maldición, toco a la puerta dispuesto a olvidarme de cierto rubio que, por unos instantes, ha desestabilizado mi organizada existencia.

◆◆◆

—Así que te fundió los plomos, ¿eh? —bromea mi hermano—. ¿Cómo has podido guardarte tanto dentro de ti?

—Práctica. —Me encojo de hombros, restándole importancia, cuando solo yo sé lo difícil y doloroso que puede llegar a ser—. Yo también me pregunto cómo eres capaz de soportar tu enfermedad, el miedo, la incertidumbre —enumero, mirándolo a los ojos para que él tampoco pueda ocultarme nada.

—No me queda más remedio, Alex —suspira, mirando por la ventana que tiene al lado de la cama—. Odio ver siempre lo mismo desde aquí tumbado. —Me duele escuchar tanto tormento—. Siempre he querido viajar, pero…

—Lo harás —sentencio—. Lo haremos juntos cuando te recuperes.

Se gira para mirarme y lo hace de una forma muy distinta a la que estoy acostumbrado. No sonríe como lo suele hacer, en sus ojos no puedo ver ese brillo travieso, solo veo resignación.

—Debes prometerme una cosa. —Me tenso. Estoy seguro de que no me va a gustar escuchar lo que tiene que decirme—. Si no lo consigo… —alza la mano para acallarme—. Si no puedo viajar contigo, hazlo por mí, vive por mí, hazlo por los dos con tanta intensidad que, allá donde esté, pueda sentirlo y sonreír.

—Basta —le pido a punto de quebrarme—. No me pidas que haga semejante promesa, nunca hago una que no pueda cumplir, y lo sabes.

—Me aseguraré de dejarlo estipulado en mi testamento —masculla—. Quiero que, a partir de ahora, pienses solo en ti. —Le

miro como si se hubiera vuelto loco—. Ethan es feliz junto a Emma y la niña, nuestros padres son felices, y yo… —hace una mueca—. Por ahora, sigo aquí, así que deja de pensar en nosotros, y céntrate en ti.

—Nunca voy a dejar de preocuparme por la gente que quiero —replico—. Es mi naturaleza, y ni puedo ni quiero cambiarla. No creas que tú o Ethan, incluso nuestros padres tienen algo que ver en mi relación con Scott. Lo nuestro no funcionó como con muchas otras parejas, y no se acaba el mundo por ello.

—Pero sí el tuyo —rebate—. Me has contado cómo lo conociste, te conozco y no solo he estado pendiente de tus palabras, si no también de tus gestos —añade—. Tú no puedes verte, pero solo con nombrarle los ojos se te iluminan, no sé que pasó entre vosotros, pero podéis arreglarlo y…

—No —interrumpo con firmeza, incluso me levanto como un resorte—. Hay ciertas cosas que no puedo perdonar, Anthony, por lo que lo mío con Scott está muerto desde hace mucho tiempo.

—Te hizo demasiado daño —dice apenado—. Y debería odiarle por ello, incluso le partiría la cara si pudiera. —Ambos reímos, ninguno de los dos somos violentos, eso lo heredó Ethan—. Pero también sé que te hizo feliz. ¿Me cuentas que pasó? Tenemos mucho tiempo…

Capítulo 4

Scott Davis.

Desciendo los escalones de la corte con mi maletín en la mano y consultando el móvil con la otra, decidiendo si debo contestar el mensaje que acabo de recibir o no.

—¿Otro juicio perdido, Davis? —alzo la mirada para encontrarme frente a mí al hombre que despierta un sinfín de sentimientos en mi persona.

—Sabes de sobra que nunca pierdo, Sinclair —respondo con el mismo tono. Este juego lo podemos jugar los dos, y se nos da francamente bien, son años de práctica—. ¿Qué haces aquí?

—Ganar —se jacta. Para quien no lo conozca tan bien como yo, puede sonar como un capullo arrogante—. Para eso me pagan…

—Claro —asiento sonriendo con ironía—. No queremos que papi se enfade, ¿verdad, Alex? —se tensa, aprieta la mandíbula, sé muy bien qué botones apretar para que reaccione y deje de parecer un jodido robot.

—Vete a la mierda. —Pasa por mi lado, al menos, lo intenta, porque lo detengo. Sus ojos van a parar a mi mano, que sujeta con firmeza su antebrazo—. Suélteme —ordena entre dientes.

—Cálmate —aconsejo—. Entra ahí dentro con la cabeza fría.

—No necesito tus puñeteros consejos —se suelta de mi agarre y se marcha subiendo los escalones de dos en dos, consiguiendo que los pantalones de su traje de chaqueta color negro se le peguen al trasero. Carraspeo porque sigue teniendo uno muy apetecible.

—Maldita sea —siseo. El teléfono vibra en mi mano—. Davis —descuelgo mientras sigo bajando para llegar hasta donde he aparcado el coche—. Estoy de camino.

Mientras conduzco, no puedo evitar recordar lo que suelo esforzarme en olvidar para no sufrir por algo que pudo ser y no fue. Al menos, me queda el consuelo de que lo intenté con todas mis fuerzas, no importa que no fuera suficiente.

◆◆◆

Estar cerca del que se supone es mi amigo y no poder tocarle como quiero cada día se hace más complicado.

Alexander no sabe nada, al menos, eso creo, y lejos de ser un alivio, es una condena. No es una persona fácil. Conseguir derribar sus barreras para obtener su amistad me costó meses. Él está acabando su primer año, y yo a punto de empezar el último. Lo supe desde el primer momento en que le vi parado en medio del pasillo, tan perdido, y con un tormento silencioso en su mirada que nada sería lo mismo para mí, y no me equivoqué en absoluto.

—¿Me estás escuchando? —le miro sin saber de lo que habla—. ¿Qué te pasa?

—Nada —replico con rapidez—. ¿Decías…?

—¿Vas a ir a la fiesta de Jones? —Me mira interrogante, dudo porque sé lo que suele pasar en esas fiestas—. No he ido a ninguna,

el curso está a punto de terminar, así que…

—No te aconsejo que lo hagas —Frunce el ceño tras mi respuesta—. Las fiestas de Jones suelen parecer Sodoma y Gomorra.

—¿No me digas que eres tan remilgado? —cuestiona con ironía —. Tranquilo, no me voy a asustar por nada.

—No estés tan seguro —mascullo—. Ve tú si quieres, tengo que estudiar para los finales.

—No pienso ir solo —exclama—. No conozco a casi nadie, Scott.

—¿Y de quién es la culpa? —cuestiono mientras me levanto dispuesto a terminar con esta conversación—. Eres tan hermético — me quejo y me doy cuenta de que me sigue—. Ve y disfruta, conoce a más gente, Alex.

—No sin ti —se empecina de nuevo—. Solo estaremos un par de horas, ¿qué te cuesta? —pregunta sin saber la batalla que libro en mi interior.

—De acuerdo —termino cediendo porque, cuando Alexander quiere algo, es como una apisonadora—. Nos tomamos algo, ves lo que se cuece, y nos largamos.

—A sus órdenes. —Le lanzo una mirada que deja claro que no estoy para bromas, y lo cierto es que solo con imaginar que en esa puñetera fiesta se le pueda acercar alguien me pone enfermo—. ¿Qué me pongo? —parece preocupado y todo.

—Algo informal —me encojo de hombros—. Te dejo, tengo que entregar un trabajo, nos vemos a las diez en el patio.

◆◆◆

—Maldita la hora que fui a esa fiesta —mascullo mientras cruzo la ciudad directo a mi oficina—. Esa noche lo cambió todo.

Bebí más de la cuenta, ambos lo hicimos, y terminé besándolo en un callejón cuando intentábamos regresar a nuestras habitaciones. En mi defensa debo decir que estaba guapísimo con su pantalón vaquero y suéter de color blanco que resaltaba el color oscuro de su pelo y los ojos pardos, con esa mirada tan intensa, por no hablar de la barbita de dos días que suele dejarse y que le hace jodidamente *sexy*.

Al llegar a mi oficina, intento no seguir recreándome en el pasado, no sirve para nada más que sufrir por lo que estuve a punto de conseguir y que jamás fue mío, no del todo al menos. Para olvidarme de ese hecho, hay días que paso doce o catorce horas en el trabajo, no lo soluciona, pero, al menos, estoy en un buen momento de mi carrera laboral. Al anochecer, regresar a mi pequeño apartamento es lo que se me hace más complicado. Todo es silencio, dejando en evidencia mi soledad autoimpuesta, porque debo ser sincero, podría haber conocido a otra persona. De hecho, en el tiempo que hemos estado separados, he conocido a varias, pero ninguna que me hiciera sentir la mitad que Alex, ¿y para qué conformarme con menos? No voy a mentir. ¿Sexo? Sí, por supuesto, no soy ningún santo, pero después de conocer la diferencia entre hacerlo con alguien especial y que no lo sea, todo deja un sabor amargo cuando acaba.

—Maldito Alexander —he terminado hablando solo como un loco. Frunzo el ceño cuando el teléfono suena y no reconozco el número—. ¿Diga? —pregunto extrañado.

—¿Scott? —no reconozco siquiera la voz, pero que me llame por mi nombre me deja saber que no se trata de ninguna equivocación —. Puede que te parezca raro, pero me gustaría que nos viéramos.

—¿Quién demonios eres? —cuestiono.

—Anthony Sinclair —contengo la respiración—. ¿Scott…?

—¿Le ha pasado algo a Alex? —pregunto aterrado. Me levanto del sofá con el corazón en un puño.

—No —exclama—. Joder, en mi cabeza esto no era tan difícil. Solo quiero conocerte, conocer al hombre que rompió el corazón de mi hermano.

Ruedo los ojos incrédulo. Sí, claro, ¿qué cojones le ha contado a su mellizo sobre mí? Estoy tentado a colgar porque no tengo ninguna obligación de reunirme con alguien que no conozco, aunque sea hermano de mi expareja, pero, como sigo siendo un gilipollas, acepto. No me molesto en arreglarme demasiado, un pantalón vaquero y una sudadera blanca, cojo el coche y me dirijo hacia la dirección que me ha dado Anthony.

—Esto es surrealista —murmuro aparcando—. ¿Cómo demonios se ha enterado de…? No creo que Alex haya salido del armario.

Miro a mi alrededor, pero no veo a nadie, por lo que entro al bar. De inmediato, lo localizo, porque tiene algo que me recuerda a su mellizo a pesar de que no sean idénticos. Estoy nervioso como un niño pequeño ante lo desconocido, me acerco despacio, parece que repara en mí.

—Debes ser Anthony —saludo, intentando ocultar mi estado—. Encantado de conocerte al fin.

—Y tú debes ser Scott. —Me tiende la mano, la acepto—. Gracias por venir. —Tomo asiento a la espera de que me explique de qué va todo esto—. Mi hermano es una persona muy reservada, y yo muy impaciente, imagino que porque toda mi vida he sabido que mi tiempo es limitado.

Sé de lo que habla. Uno de los miedos de Alexander Sinclair es perder a su mellizo, de no ser capaz de encontrar a alguien que cure

su enfermedad. No es justo, pero la vida rara vez lo es, y el joven que tengo frente a mí, la otra mitad del único hombre que he amado en mi vida, tiene la suya marcada por el temor de morir demasiado pronto.

—Lo siento —no sé qué decir—. Debo confesar que me ha parecido muy extraña tu llamada, mucho más que sepas de mi existencia.

—La conozco desde el principio. —Abro los ojos sorprendido—. Lo único que no sabía era tu nombre. —Se encoge de hombros—. Pero desde que entraste en la vida de mi hermano, supe que algo había sucedido, y cuando todo terminó, lo supe, aunque Alex ni siquiera se atreviera a confesarme su secreto.

—¿Y querías verme para…? —pregunto impaciente—. No creo que él te lo haya pedido.

—Por supuesto que no —exclama riendo—. Y si llega a enterarse, seguramente me mate él en vez de mi corazón defectuoso. ¿Vas a decirme tú por qué le partiste el corazón?

—Me lo han preguntado bastante, y lo cierto es que no sé que te ha contado, pero no fui yo quien rompió la relación, Anthony.

—Lo sé —asiente, no parece juzgarme—. Eso me lo ha dejado claro. A ver, esta es la cuestión. Hoy mi hermano mayor, harto del silencio de Alex, ha decidido decirle que sabía su secreto. —Abro los ojos como platos, porque imagino cómo debe haberse sentido, el miedo que habrá pasado, incluso la vergüenza—. Luego he intervenido, y después Emma. —Me tenso al escuchar ese nombre, y parece notarlo—. Mi cuñada ha sido nuestra amiga desde que nacimos, y le conoce tan bien como yo.

—¿Cuñada? —cuestiono con voz temblorosa por miedo a preguntar lo que necesito saber—. ¿Se han casado finalmente? No he leído nada al respecto…

—Emma se casó con mi hermano, sí. —Siento como si mi mundo fuera a resquebrajarse bajo mis pies, incluso me dispongo a levantarme imaginando que Alex lo ha enviado para que haga el trabajo sucio de decirme lo que él no ha tenido cojones—. Pero con Ethan. —Vuelvo a respirar con normalidad y comienzo a sentirme como un idiota, porque uno de los fantasmas que siempre atormentó mi relación no existe.

Capítulo 5

Alexander

Me encuentro en mi pequeño despacho repasando uno de los casos que represento cuando suena el timbre, miro la hora. Las doce y media de la noche.

—¿Quién cojones viene a esta hora? —Abro la puerta y me quedo inmóvil, demasiado sorprendido para hablar—. ¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Alex, creo que hay muchas cosas que no me has contado —balbucea y se tambalea, gruño furioso y me cruzo de brazos.

—¿Estás borracho? —acuso—. ¿Por qué no has ido directo a dormir la mona? ¿No habrás conducido? —exclamo, aterrado ante esa posibilidad.

—Por supuesto que no —replica ofendido—. ¿Por quién me tomas? —Me empuja y pasa por mi lado para entrar en mi casa como si lo hubiera invitado—. Debí suponerlo.

Cierro la puerta y le sigo para ver qué diablos está hablando. Lo encuentro observando todo a su alrededor con ojo crítico, espero el veredicto por su parte porque sé que no va a mantener la bocaza cerrada, no es su estilo.

—Nada fuera de lugar, nada de color… —enumera como si eso fueran defectos—. ¿Cómo puedes vivir así?

—Discúlpame si no quiero vivir rodeado de mierda —mascullo—. ¿Cómo has sabido dónde estaba mi apartamento? —interrogo.

—Tu hermano me ha traído —responde como si fuera lo más normal del mundo. Por mi parte, se me desencaja la mandíbula.

—¿Perdona? —espeto incrédulo—. ¿Cuál de los dos imbéciles se ha metido dónde nadie lo ha llamado? Déjame adivinar, mi querido hermano pequeño…

—¡Bingo! —Aplaude con esa sonrisa suya—. Anthony no se parece en nada a ti —añade, frunzo el ceño porque no me gusta por donde van los tiros—. Puede que tú me la pongas dura con tu sola presencia, pero créeme, su carácter pega mucho más con el mío.

—Genial —musito—. Pues siento aguarte la fiesta, pero mi hermanito no es gay. El único de mi familia soy yo.

—Lo sé. —Se encoge de hombros como si le diera exactamente igual—. Solo constataba un hecho, abogado.

—Pues constata los que quieras, pero en tu casa. —Lo empujo para que se dirija a la puerta, pero me esquiva—. Deja de hacer el tonto, Scott.

—Llevo mucho tiempo haciéndolo, Alex —rebate—. Justo desde que te conocí, seguí haciéndolo cuando permití que te fueras de mi lado.

—No me fui por gusto, me obligaste a ello, y lo sabes —alzo la voz, enfureciéndome. Recordar nuestro final siempre lo consigue—. Tu manera de castigarme por no tener la valentía de enfrentar a mi familia fue de lo más rastrera.

—Eso es lo que tú siempre has creído —devuelve furioso, me empuja—. Y yo lo permití porque estaba harto —rechino los dientes —. Harto de esconderme, de sentir que no me querías lo suficiente como para lanzarte a ciegas y apostar por lo nuestro.

—¿No lo hice? —cuestiono—. ¿Seguro que no? No seas hipócrita, Scott, seguramente di más que tú en nuestra relación. Aunque no sé a que cojones viene esto ahora, de eso hace tiempo, y no tiene sentido remover la mierda.

—¿Eso soy para ti? —parece dolido, y maldigo en silencio por mi bocaza—. Puede que haga tiempo que lo nuestro se fue al garete, pero eso no significa que esté muerto.

—Voy a llamar a un taxi —susurro, buscando mi teléfono. Recuerdo que lo he dejado en el despacho, por lo que me dirijo hacia allí—. ¿Qué haces? —balbuceo al sentirlo tras de mí, me siento atrapado entre la mesa y él, miro sobre mi hombro y contengo un gemido, porque reconozco muy bien esa mirada.

—Tal vez deba recordarte lo que teníamos —murmura mirando mis labios, los relamo—. ¿Qué dices, Alex?

Si dejo que me ponga las manos encima, estoy perdido. Volver a poner distancia entre los dos será casi imposible, ¿en qué demonios pensaba mi hermano para hacerme esto? Intento pensar con rapidez, debería empujarlo y alejarlo de mí.

—Digo que, si tienes un calentón, te busques a otro —consigo reaccionar, porque a mi mente llegan como un fogonazo las fotos que vi de su traición—. No siento ninguna necesidad de revivir el pasado, no sé que te ha dicho Anthony, pero olvídalo.

—Sigues siendo el mismo gilipollas —escupe, pero me sorprende porque, en vez e alejarse como quería conseguir, me aprisiona más, siento su erección en mi trasero, por lo que siseo de

rabia—. Y mentiroso, sigues mintiéndote a ti, a mí y a los demás, pero pareces olvidar una cosa…

—¿El qué? —cuestiono alzando el mentón, no pienso permitir que venga a mi casa a insultarme, a poner patas arriba mi vida otra vez.

—Que te conozco muy bien —es lo ultimo que dice antes de estampar sus labios contra los míos. En la postura en la que me encuentro, no tengo mucho margen de movimiento. Es lo que pienso para buscar una explicación lógica a por qué estoy respondiendo a su ataque.

Una de sus manos se aferra a mi nuca para que no pueda moverme, muerdo su labio inferior, ambos luchamos para conseguir ser el vencedor de este duelo de lenguas, deseo y resentimiento. No quiero dar mi brazo a torcer, no puedo permitírmelo, pero hacia tanto tiempo que no me sentía vivo que flaqueo lo suficiente como para permitir que su mano se pierda entre mis pantalones. Gimo y termino haciendo el ridículo más espantoso cuando me corro como un adolescente que es incapaz de controlarse.

—Joder —mascullo, apartándome como si su contacto me quemara la piel—. Márchate, Scott. —Le pido sin mirarlo, la vergüenza me lo impide.

—Alex, no pasa nada. —Intenta tocarme, pero lo esquivo. Ahora mismo me siento en carne viva, necesito espacio y no me lo está dando—. Mírame —exige, no le obedezco—. No hagas esto…

—No estoy haciendo nada —le grito—. Has sido tú el que ha venido a mi casa a las tantas de la noche —recrimino—. No te he invitado, de hecho, llevábamos mucho tiempo sin estar solos, y no entiendo qué cojones quieres ahora.

—Y ese siempre ha sido tu problema —escupe—. Que nunca entiendes, no miras más allá de tu puñetero ombligo.

Se dirige a la puerta, aprieto con fuerza mis puños para no detenerlo. El portazo debe escucharse en todo el edificio. Cierro los ojos sabiendo que de nuevo he ampliado la brecha que nos separa desde hace años. Busco el móvil y llamo al traidor de mi hermano, que no tarda mucho en descolgar.

—Si vuelves a meterte donde no te llaman, voy a matarte —es mi saludo en cuanto escucho su voz a otro lado de la linea—. ¿Me oyes, Anthony?

—Pero no te escucho —bromea, mis dientes rechinan por la rabia apenas contenida—. Si no hago algo, tú jamás darás el paso.

—¿Y no te da una pista de que tal vez no quiero darlo? —cuestiono con ironía—. Deja mi historia con Scott donde pertenece, en el pasado.

—¿Por eso no has vuelto a salir con nadie? —pregunto de vuelta —. Pienso conseguir tu felicidad, Alex. Tómalo como un último regalo por mi parte.

Capítulo 6

Scott.

—Soy un idiota —mascullo mientras espero al ascensor, observo la puerta con la esperanza de que se abra, de que Alexander salga para detenerme—. No lo va a hacer —río por lo imbécil que puedo llegar a ser.

Al llegar a la calle, recuerdo que no he venido en mi coche, busco un taxi que me lleve hasta donde lo he dejado aparcado, la borrachera ha desaparecido por completo, lo cierto es que no he bebido tanto, pero mi ex no era necesario que lo supiera, al menos, tenía una excusa para hacer el ridículo. Maldigo la hora en la que le he hecho caso a Anthony, dejándome llevar por la esperanza, una que había perdido.

Mejor dicho, me negaba a pensar en semejante posibilidad, porque Alex y yo siempre hemos estado en lados opuestos de lo que esperamos de la vida. Los dos somos ambiciosos y nos apasiona nuestro trabajo, pero en lo que concierne a los sentimientos, soy una persona muy expresiva, podría pasar por alto su hermetismo si al menos estuviera dispuesto a dar en una relación solo la cuarta parte que yo.

Conduzco en piloto automático hasta llegar a mi casa, lo primero que hago es meterme en la ducha para intentar quitarme el olor de Alex de mi cuerpo, no porque me repugne, ni mucho menos, si no para intentar olvidar la metedura de pata de esta noche. Me he

mantenido alejado desde que terminamos, nuestros únicos encuentros han sido en los juzgados, y siempre hemos utilizado el sarcasmo entre nosotros. Sin embargo, hoy he sido débil. Saber que debía estar mal porque las personas que ama, y a las que siempre ha mentido por miedo, le han revelado que jamás lo fue para ellos ha tenido que ser un choque de realidad para él.

Me tumbo en la cama, mis manos tras mi cabeza mientras contemplo el techo pensativo. No puedo permitirme volver a sentirme como cuando todo estalló por los aires, Alexander y yo no estamos destinados a estar juntos, y debería haberlo aceptado hace mucho tiempo.

◆◆◆

A la mañana siguiente, no es que me encuentre mucho mejor. Me sigo sintiendo como un gilipollas por lo sucedido anoche, no debería haberme dejado convencer, pero si soy sincero conmigo mismo, es el empujón que había estado esperando por mucho tiempo para acercarme a Alexander.

Lo que tengo claro es que no volveré a intentarlo, lo he hecho en dos ocasiones, no habrá una tercera. Creo que ha llegado el momento no solo de pasar página, sino de cambiar de libro. Una vez me acusó de serle infiel cuando no era cierto, y aunque durante este tiempo no me he mantenido célibe, no quería empezar nada serio con nadie.

—A la mierda —mascullo mientras termino de peinarme—. Ya es hora de seguir adelante.

Al entrar al juzgado, rezo para que no nos encontremos por los pasillos, al menos, no tan pronto, necesito recomponer la coraza que utilizo en su presencia. Hoy va a ser un día movidito, tengo tres juicios que espero ganar y restregarle mi triplete en toda la cara, a

Alex no le gusta perder ni entrenando, y me encanta ver cómo rechina los dientes.

Tras varias horas, y con dos juicios ganados a mis espaldas, necesito ir al lavabo. Cuando estoy a punto de terminar, alguien llega, miro a mi lado y maldigo mi mala suerte. Por su parte, Alex no parece reaccionar, por lo que imagino que sabía que estaba aquí dentro.

—¿No hay más sitios? —pregunto intentando no mirar hacia abajo, termino y me apresuro a guardármela para lavarme las manos.

—Ya te la he visto muchas veces —responde impasible—. ¿Preparado para perder? —pregunta mientras también se lava las manos.

—¿Contra ti? —sonrío—. Nunca.

Sale sin decir nada más, es algo que detesto, que sea capaz de permanecer impasible ante todo. Aunque se me dibuja una sonrisa al recordar la noche anterior, tembló entre mis brazos y daría lo que fuera por volver a vivir algo como eso.

Dos horas después, entro en mi coche hecho una furia. He perdido contra mi ex, me hubiera encantado borrarle esa sonrisa de suficiencia de la cara, pero no con un puñetazo, sino con un beso que le dejara temblando y los ojos en blanco. En momentos como estos, recuerdo muy bien la discusión que tuvimos cuando supo que iba a entrar a Tex, casi se lo tomó como una traición hacia él y su familia, una estupidez, ya que ellos no sabían de mi existencia.

—A ver quién le aguanta después de esto… —musito aparcando frente a mi oficina.

Suspiro cansado, no he pegado ojo y lo único que quiero es llegar a casa y dejar el trabajo en el olvido por unas horas. Cuando

terminé la carrera, lo único que me dominaba era la ambición, quería reconocimiento, incluso ser un abogado famoso. Ahora han pasado los años y todo ha cambiado, solo tengo un buenísimo sueldo y todo lo demás, pero estoy solo. Al llegar a mi apartamento, solo se escucha el silencio, nadie sale a recibirme ni a preguntarme cómo ha ido el día, por lo que las noches son demasiado largas y solitarias.

—Davis —saluda uno de mis compañeros—. ¿Qué tal ha ido?

—Bien —cierro la puerta de mi despacho y me sumerjo durante horas en los casos que tengo pendientes.

Miro mi reloj, son las siete de la tarde, como siempre, soy el último en salir. Comienza a llover cuando voy conduciendo hacia casa, el tráfico es horrible a estas horas, por lo que me concentro en la carretera, mis manos se aferran al volante esperando que el semáforo se ponga en verde. Lo que no veo una vez acelero para salir es algo que me golpea por el lado del copiloto, todo mi cuerpo se sacude, mi cabeza choca contra la ventanilla y la oscuridad me engulle.

Todo es un caos a mi alrededor, luces de colores, sirenas, gritos…

Gimo cuando me sacan del amasijo de hierros, todo me da vueltas, por lo que lucho por no volver a perder la conciencia.

—¿Puede escucharme? —pregunta alguien a mi lado—. ¿Cómo se llama?

—Scott —balbuceo, entreabriendo los ojos—. Scott Davis.

—Bien, señor Davis —dice un hombre de mediana edad—. Nos lo llevamos al hospital. ¿Alguien a quien quiera que llamemos?

—En mi teléfono —murmuro adormilado—. Alexander Sinclair.

No debería recurrir a él, pero tengo miedo de no volver a verlo.

Capítulo 7

Alexander

Llego a mi casa y me doy una ducha, no puedo evitar sonreír al recordar la mirada de furia que me ha obsequiado Scott cuando ha perdido la demanda contra nosotros.

Abro una botella de vino dispuesto a celebrarlo, suena mi teléfono y gruño al ser interrumpido. Descuelgo y pregunto de malas maneras de qué se trata, pensando que puede ser alguno de mis hermanos, incluso Emma.

—¿Alexander Sinclair? —pregunta una voz que no reconozco, escucho mucho jaleo, por lo que frunzo el ceño extrañado—. Le llamo del Massachusetts General Hospital.

—¿Le ha pasado algo a mi hermano? —pregunto muerto de miedo, me dirijo hacia la salida, dispuesto a correr.

—Se trata de Scott Davis. —Me quedo inmóvil, mi corazón parece detenerse—. Ha tenido un accidente, y nos ha pedido que le llamemos.

—¿Está bien? —cuestiono mientras bajo las escaleras hasta el *parking* para coger el coche.

—Nos ha dado su nombre antes de perder la conciencia de nuevo —explica—. En cuanto llegue su médico, le informará con más detalle.

Acelero porque necesito llegar hasta Scott lo antes posible para asegurarme de que está bien. No sé si es buena señal que no me hayan querido decir gran cosa, odio los hospitales, y él lo sabe, por lo que debe estar muy grave o aterrado, y ser consciente de ello me parte el corazón.

—Anthony —hablo por el manos libres, no me siento capaz de estar solo en un momento como este—. Scott ha tenido un accidente de coche, acaban de llamarme del hospital y…

—Vamos de inmediato —interrumpe—. No va a pasar nada, Alex.

Cuelgo y sigo conduciendo pensando en todo lo que hice y lo que no, lo que le dije y lo que me callé. Recordar su risa, sus ojos verdes siempre iluminados, su manera de vivir tan abierta, tan distinta a la mía que al principio creí que no seríamos capaces de ser ni siquiera amigos. Sin embargo, nunca se rindió, no hasta aquella noche que permitió que otro se metiera entre nosotros, haciendo insalvable el abismo que nos separaba.

—Tengo que llegar a tiempo —susurro—. No puede pasarle nada…

Aparco lo mejor que puedo y corro para entrar por la parte de urgencias que tan bien conozco. Desde nuestro nacimiento, este hospital ha sido como la segunda casa de mi hermano, incluso conozco a casi todos los médicos y enfermeras, sobre todo, de la planta de cardiología.

—Me han llamado —espeto, llegando al mostrador—. Scott Davis…

—Señor Sinclair —dice, mirando la ficha—. Debe dirigirse a quirófano. El señor Davis está siendo operado en estos momentos —explica.

—Gracias. —Corro de nuevo hasta llegar a las puertas que no puedo traspasar. Me dejo caer sobre una de las duras sillas de plástico de la sala de espera—. Voy a volverme loco.

Mis mano se pierden entre las hebras de mi cabello, cierro los ojos e intento tranquilizarme para ser capaz de pensar con claridad. Solo alzo la cabeza cuando escucho cómo alguien corre hacia mí, al hacerlo, veo a Ethan y Anthony llegar con cara de preocupación. De inmediato, me levanto temiendo por mi hermano pequeño.

—No debes correr —riño—. Siéntate —le ordeno.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Ethan—. Emma no ha podido venir —asiento, comprendiendo—. ¿Le están operando?

—Sí —respondo—. No sé nada más. Me han llamado de milagro, Scott lo ha pedido antes de perder la conciencia y…

—Debes tranquilizarte —aconseja Anthony ahora más recuperado—. Deja que pregunte, sabes que conozco a todo el mundo por aquí.

Se aleja con paso decidido sin darme tiempo a replicar. Puedo sentir la mirada de Ethan sobre mí y no puedo evitar preguntarme en qué demonios piensa.

—Creo que nunca te he visto tan asustado —susurra, le miro contrito—. No comprendo por qué si le quieres tanto te mantienes alejado de él.

—Tenemos una historia —defiendo mi postura, aunque en estos momentos ni siquiera me importa nuestro pasado—. No es fácil.

—¿Cuándo lo es? —cuestiona, palmeando mi espalda—. No te tortures —aconseja—. Sé que lo estás haciendo, me pasó cuando Emma estuvo herida en dos ocasiones. Piensas en todo lo que has

hecho y en lo que no, en las palabras dichas enfadado, o en las que callaste por vergüenza u orgullo.

—Esto es una mierda —exclamo—. ¿Por qué a él? Le he visto esta mañana en los juzgados, todo era como un maldito día normal, y ahora… —Miro hacia la puerta que todavía no se ha abierto—. Necesito que alguien me diga algo.

—Alex —exclama Anthony, llegando a mi lado—. Joder, no te lo vas a creer —continúa, lo veo pálido, demudado incluso y comienzo a temer que Scott esté grave y nadie me lo haya dicho—. El accidente…

—Habla de una vez —exijo, alzando la voz.

—El hermano de Maya ha sido quien ha embestido el coche de Scott —termina diciendo—. Se ha saltado un semáforo, están operándole también, aunque no tiene muy buena pinta.

—Dios mío —jadeo, tomo asiento porque mis piernas tiemblan demasiado—. Entonces el choque ha debido ser brutal —murmuro a punto de llorar, y no recuerdo la última vez que lo hice.

—¿Familiares de Scott Davis? —me levanto como un resorte, siento a mis hermanos tras de mí.

—Soy su novio —proclamo, escucho el jadeo de sorpresa de Anthony, ahora mismo me importa una mierda lo que la gente piense, solo quiero saber cómo se encuentra—. ¿Cómo está?

—Las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales —responde —. Por ahora, está estable, y no hemos tenido grandes sobresaltos mientras operábamos. Hemos detenido la hemorragia, aunque lo que más nos preocupa es el golpe que ha recibido en la cabeza por el impacto del coche contrario.

—¿Está en coma? —pregunto casi sin voz.

—No —niega—. Por el momento, no vemos necesario ni siquiera inducirlo, pero como digo, los próximos dos días son cruciales. Si las cosas se complican, me veré obligado a hacerlo para intentar aliviar la presión.

—Muchas gracias, doctor —dice Ethan, porque no soy capaz de articular palabra—. ¿Puede verlo?

—Cinco minutos en cuanto lo trasladen a la UCI —concede.

—Maldita sea —siseo, enfureciéndome—. ¿Cómo voy a dejarlo solo allí dentro?

—Hermano, él no va a enterarse —replica Anthony—. Créeme, va a estar muy bien atendido.

Me dirijo hacia allí porque mi hermano ha estado en numerosas ocasiones. La maldita sala me da muchísimo miedo, la asocio a la muerte, a la enfermedad que es capaz de arrancar de tus brazos a las personas que quieres sin que puedas hacer nada por evitarlo. Contemplo al único hombre que he querido intubado, con la cara amoratada, cables por todos lados y ese horrible sonido de las máquinas pitando me estremece. Ni siquiera soy capaz de respirar con normalidad, tengo miedo de tocarlo, por lo que cojo su mano con mucho cuidado.

—¿Tenías que acabar aquí? —susurro—. Scott, no me hagas esto y despierta —exijo—. Prometo que te dejaré ganar la próxima vez…

Capítulo 8

Alexander

Como cada tarde, me siento a su lado a la espera de que despierte. Finalmente, esa maldita noche sí que tuvieron que inducirle un coma para ayudar a su celebro a desinflamarse, de eso ya hace un mes y, aunque ha mejorado, los médicos no quieren arriesgarse.

—Necesitas un afeitado —murmuro—. Yo me encargo.

Me levanto y busco en la bolsa de aseo que he traído todo lo necesario. Le pido a una de las enfermeras un poco de agua caliente, y no tarda en traerme un pequeño recipiente y una toalla. Sonrío agradecido.

—Si te vieras, te entraría un ataque —bromeo, me gusta hablarle—. Tú que nunca llevas barba, y ahora pareces un leñador. Te queda bien, por lo que me siento tentado a dejarla, pero mejor la quitamos y evitamos que te vuelvas loco cuando despiertes.

Para cualquiera que me oiga, puedo parecerle un loco por hablar con alguien que no me escucha, sin embargo, es lo único que me mantiene cuerdo. No podría estar a su lado en silencio a la espera de cualquier indicio que me dé la esperanza de que despertará de un momento a otro.

El tiempo parece haberse detenido desde aquella noche en la que recibí la llamada del hospital. Mi manera de pensar ha cambiado, mis miedos también, incluso me he planteado hablar con

mis padres, quienes ya se han enterado de que alguien muy especial para mí está aquí ingresado.

¿De qué sirve continuar mintiendo? El terror a decepcionarlos ha desaparecido ante el pensamiento de que Scott jamás vuelva a abrir sus hermosos ojos verdes. Por lo que hoy he decidido que es el momento de dar un paso al frente y asumir las consecuencias que eso tenga para mí y mi vida. Amo a mis padres por encima de todo y, durante mucho tiempo, he puesto a mi familia en primer lugar, incluso por encima de mi felicidad, y aunque eso no ha cambiado, no estoy dispuesto a seguir por el mismo camino.

—Te prometo que voy a ser el hombre que siempre has querido —comento mientras termino de rasurarlo—. Tenías razón, ¿sabes? He sido un maldito cobarde, siempre has sido mucho más valiente que yo, por lo que no entiendo por qué demonios no despiertas.

Cuando la enfermera me dice que ya es hora de salir, como cada día que me marcho, siento que lo estoy abandonando. Aunque no puedo quejarme, siempre me dejan quedarme un poco más de lo establecido porque creo que se han dado cuenta de que estoy perdidamente enamorado del hombre que dejo postrado en esa maldita cama de hospital.

—¿Cómo está hoy? —pregunta Emma, me han invitado a cenar y, aunque no me siento con ganas de socializar, no puedo negarme, tener a mi sobrina como ahora en brazos me da una paz que es difícil de conseguir desde hace un mes.

—Igual —respondo—. Le he afeitado —añado, intentando sonreír—. Nunca le ha gustado ir con barba.

—Cada hombre es un mundo —asiente—. A mí me encanta que Ethan se deje la barbita de uno o dos días como haces tú también.

—Scott es muy maniático en ese aspecto —replico—. Siempre me decía que le volvía loco con mis manías, pero él no se queda

atrás.

—Pues vivir juntos tendría que ser una locura —ríe, hago una mueca—. Lo siento —se disculpa.

—No pasa nada —digo apenado—. Nunca llegamos a compartir piso más allá de alguna noche. Hubiera despertado demasiadas sospechas en mis padres y preguntas para las que no tendría respuestas.

—¿Estás preparado? —pregunta mi hermano—. ¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario —niego—. Es cosa mía, Ethan. Pero gracias por el ofrecimiento.

—Tus padres no van a decirte nada, Alex —anima Emma—. Os aman por encima de todo, y a sus ojos no vas a ser distinto porque tu corazón haya elegido a un hombre.

—Te recuerdo que siempre han querido casarme con una mujer —rebato—. Incluso contigo, aunque a mi hermanito le joda.

—Lo hace, por lo que cierra la boca —advierte sonriendo—. Nunca te he partido la boca, porque no la tocaste jamás, que si no…

—Bueno… —comienzo a decir, Emma niega con la cabeza y los ojos muy abiertos—. Como he decidido ser sincero a partir de ahora, debo decir que besé a tu mujer cuando era un adolescente, intentando definir mi sexualidad.

—Genial, Alex —masculla la rubia—. Cielo, fue un beso sin importancia, como besar a un hermano.

—¿Qué has dicho? —sisea Ethan—. ¿Por qué demonios me entero ahora?

—Porque estoy siendo sincero y dejando los secretos atrás —me encojo de hombros—. Pero tranquilo, ni siquiera me empalmé. Nada, no sentí absolutamente nada.

—Estupendo —escupe—. ¿Eso debe dejarme más tranquilo?

—Cariño —llama la atención su mujer—. Éramos niños, tú te has besado con muchísimas mujeres, ¿quieres que hablemos sobre ello?

—Mejor que no —masculla, mirándola de reojo. No puedo evitar sonreír viendo cómo la menuda mujer sentada a su lado lo ha llevado a su terreno sin esfuerzo alguno—. Pero a partir de ahora, las manitas y los labios quietos.

—Joder —carcajeo—. No puedo creer que sientas celos de algo así. Nunca la vi de esa manera y, aunque no hubiera sido gay, estoy seguro de que Emma y yo no hubiéramos acabado en la cama.

—¿Y puede saberse por qué no? —pregunta ofendida—. Oye, niño, que soy capaz de volver loco a un hombre —se defiende.

—Esta conversación es surrealista —reímos—. Mejor voy a hablar con mis padres.

—Suerte —dicen a la vez—. Aunque no la vas a necesitar —añade Emma más segura que yo.

No me cuesta mucho llegar, ya que decidieron vivir en el mismo vecindario. De esa manera, estaban cerca de mis padres, de Troy y de Molly.

—Mamá —llamo al entrar por la puerta de la cocina—. Papá.

Los encuentro en el salón. Tras los saludos de rigor y hablar durante un rato de mis hermanos y de cómo me va el trabajo, decido que ha llegado el momento.

—¿Vas a decirnos lo que te preocupa? —cuestiona mi madre—. ¿Podemos ayudarte en algo, cariño?

—No podéis —respondo y respiro hondo, armándome de valor —. Llevo mucho tiempo guardando para mí algo que creo que puede haceros daño, pero no puedo continuar así. —Ambos me miran preocupados—. Siempre habéis deseado conocer a alguna pareja mía y…

—Alexander, no nos importa que no tengas novia o que la tengas y no nos la quieras presentar —interrumpe mi padre, no me pasa desapercibido que mi madre coge su mano, él la mira y ella niega con la cabeza.

—Solo he salido con una persona en mi vida, y en estos momentos, se encuentra en coma en el hospital —sentencio, mi madre se cubre la boca con una mano horrorizada—. Cuando algo así pasa, nuestras prioridades, o lo que creíamos correcto o incorrecto, cambia.

—Hijo, no te entiendo —exclama mi padre—. Espero que la muchacha se encuentre bien, y entiendo que estés preocupado, pero…

—Se llama Scott. —El silencio tras mis palabras es abrumador—. Lo siento. —me disculpo tras varios minutos en los que solo me observan.

—¿Desde cuándo? —pregunta mi padre de una manera que me hace cerrar los ojos avergonzado, trago para intentar aliviar el nudo que atenaza mi garganta.

—¿Desde cuándo lo sé? Desde muy joven, pero no fue hasta que terminé la universidad y entré en la escuela de derecho que conocí a Scott.

—No te he preguntado eso, hijo —rebate—. Lo sabes desde que eras un adolescente —espera mi respuesta, solo asiento—. Y nos lo has ocultado todos estos años, ¿por qué?

—Richard —interviene mi madre—. Cielo, no te estamos juzgando, solo queremos entender qué hemos hecho mal para que sintieras que no podías decírnoslo.

—No lo sé —miento, reconocer delante de ellos mis miedos no es una opción—. Siento mucho decepcionaros, pero como he dicho, Scott está en coma, y ya no quiero seguir ocultándome.

Me levanto dispuesto a marcharme, no soporto la tensión que se respira en el ambiente, tal vez les haga bien digerir la noticia sin mi presencia en la casa. Ahora mismo me alegro mucho de no vivir ya aquí y así poder escapar para lamer mis heridas en el silencio de mi apartamento.

Que ninguno de los dos me detenga me duele. De mi padre, podía esperarlo, es más, no me ha sorprendido, pero mi madre… Ahora mis esperanzas de que al saberlo todo fuera de color de rosa desaparecen, solo espero que con el tiempo puedan entenderlo y aceptarlo, porque la posibilidad de que me den la espalda es demoledora.

Capítulo 9

Scott

Siento la mente embotada, el cuerpo y los parpados pesados como si hubiera dormido durante horas.

—¿Scott? —pregunta alguien a mi lado—. Es el momento de abrir los ojos, lleva mucho tiempo sin hacerlo.

Abro los ojos y me encuentro en una habitación que no es la mía, me cuesta centrar la vista y, cuando lo hago, las personas que me rodean son completos desconocidos para mí.

—¿Dónde estoy? —pregunto nervioso.

—Se encuentra en el hospital —responde el médico—. Hace un mes tuvo un accidente de coche, ¿no lo recuerda?

Intento hacerlo, lo cierto es que no me cuesta mucho. De inmediato, recuerdo el golpe, el dolor y el miedo. Finalmente, asiento mientras sigue revisando mis constantes e indicando a la enfermera que vaya anotando los datos.

—Bien. Le tuvimos que inducir un coma, hace dos días comenzamos a despertarlo y ha respondido muy bien —explica—. Le volveremos a hacer varias pruebas, quiero asegurarme de que su cerebro se está recuperando. Por lo demás, no debe preocuparse, la operación fue un existo. ¿Tiene alguna pregunta?

—No —digo abrumado y cansado—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un mes —le miro sorprendido—. Eso le ha dado tiempo a sanar más rápido y sin dolor. Descanse, ha sido mucha información que debe procesar con calma.

—¿No ha venido nadie a verme? —pregunto avergonzado—. Mi familia…

—Su novio decidió que no les llamaría hasta que usted diera la orden —explica la enfermera que se ha mantenido en silencio hasta ahora—. Él está fuera esperando…

—¿Mi novio? —cuestiono ceñudo—. No comprendo, yo…

—Al fin te has despertado —abro los ojos como platos al ver a Alex entrando a la habitación—. Me has dado un susto de muerte, Scotty…

—Creo que estoy soñando —farfullo mientras todos salen, dejándonos solos—. ¿Qué demonios les has dicho? —cuestiono—. ¿Desde cuándo mientes?

—Desde que era necesario para que me dieran información sobre tu estado —replica—. Perdona si pensé en no tomar ninguna decisión sin tu consentimiento, no sé cómo estás ahora con tu familia —deja la pregunta en el aire, una que no pienso responder.

—Supongo que debo darte las gracias —mascullo—. Aquí en Boston no conozco a mucha gente.

—No debes darlas —parece incómodo, tanto o más que yo—. Todo evoluciona bien, lo peor ha pasado, por lo que podemos respirar tranquilos.

—¿Y el otro coche? —pregunto preocupado, no me gusta su gesto, mucho menos que agache la mirada—. ¿Alexander…?

—También está en coma —confiesa al fin—. Pero no como el tuyo. No saben si va a despertar.

—Dios mío —susurro conmocionado—. No lo vi. El semáforo se puso en verde, y aceleré para salir, me embistió y…

—Tú no tuviste la culpa —interrumpe molesto—. Fue él que perdió el control. Según dice la policía, iba bajo los efectos del alcohol.

—Eso no hace que merezca morir —defiendo molesto—. Quiero verle —exijo, mi ex me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Ni de coña —ríe incrédulo—. Además, está en cuidados intensivos.

—¿Cómo sabes tanto? —pregunto desconfiado.

—Su hermana es enfermera en la planta de cardiología —responde—. Anthony la conoce.

—Pobre familia —me lamento—. Deben estar muy preocupados.

—¿Y la tuya? —cuestiona—. Ahora que has despertado, ¿quieres que me ponga en contacto con ellos?

—No hace falta —niego—. Si lo deseo, puedo hacerlo yo, ¿no crees?

—Haz lo que te dé la gana —espeta molesto—. ¿Necesitas algo?

—¿De ti? —pregunto con ironía, no logro comprender por qué me molesta su presencia, imagino que me recuerda lo que perdí, o mejor dicho, lo que nunca fue mío del todo. También me recuerda lo

cobarde que fui aquella noche cuando pensé que podría morir y no quería hacerlo sin verle una última vez—. No.

—¿Se puede saber qué te pasa? —exclama, perdiendo la poca paciencia de la que suele disponer—. No soy tu enemigo…

—Claro que no —replico—. Eres mi ex, si es que se te puede etiquetar de ese modo. Te agradezco que vinieras cuando te llamaron y que hayas venido a verme de vez en cuando y…

—No sabes una mierda, Scott —escupe, juraría que me mira dolido, y sale de la habitación como alma que lleva el diablo.

Suspiro y cierro los ojos agotado, a pesar de acabar de despertar. Odio sentirme así y mucho más que sea Alex quien me vea en semejante situación. Sé que detesta los hospitales porque, desde que nacieron, Anthony ha permanecido mucho tiempo aquí, por lo que me siento demasiado culpable como para mirarlo a la cara.

Cuando me traen algo ligero que comer, solo el hacerlo ya me agota, a pesar de la ayuda de la enfermera. Una vez he terminado, me deja descansar un poco, pero la soledad se ve interrumpida por cierto torbellino que además no viene solo.

—¿Cómo estás, Scott? —pregunta Anthony en compañía de Emma. Sí, sé muy bien quién es ella—. En cuanto Alex nos ha dicho que habías despertado, hemos venido lo antes posible.

—Creo que no nos conocemos personalmente —saluda la rubia con una sonrisa—. Soy Emma Sullivan.

—Sinclair —corrige su cuñado, ella hace un gesto con la mano restándole importancia—. Soy la mujer de Ethan y mejor amiga de Alexander.

—Aunque nunca nos habíamos visto, sé quién eres —asiento, intentando olvidar las veces que me sentí amenazado por ella, las veces que la envidiaba porque podía mostrarse al lado de mi pareja como si fuera la suya, sé que es irracional, porque no es culpable de nada, pero controlar los sentimientos que despierta Alex en mí siempre ha sido una tarea titánica.

—Me alegro de que todo vaya bien —añade algo cohibida ante mi saludo más seco de lo normal, me siento como un capullo en estos momentos—. He obligado a Anthony a esperarme, porque estaba impaciente por conocer al hombre que es capaz de derretir la capa de hielo que recubre el corazón de Alexander Sinclair.

—¿Ese soy yo? —bromeo, aligerando el ambiente—. Creo que me concedes un poder que no tengo.

—Claro que sí —exclama—. No se ha separado de ti en todo este mes, incluso ha hablado con sus padres, cuando pensé que jamás sería capaz de hacerlo.

—¿Qué has dicho? —me incorporo sorprendido, pero gimo cuando todo me da vueltas, de inmediato, Anthony me ayuda a tumbarme de nuevo, manteniéndose en silencio, un mero espectador.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta una vez me ha acomodado—. ¿Dónde está mi hermano?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. ¿Me estáis diciendo que ha estado aquí todos los días? —Ambos asienten, mirándome ceñudos—. ¿Y que ha sido sincero con sus padres?

—Como nunca —añade su hermano—. Él se ha quitado una losa de encima, y ellos al fin han podido comprenderle.

—No entiendo nada —susurro conmocionado—. Y yo me he comportado como un idiota…

—¿Qué has hecho? —insiste, cruzándose de brazos—. Como le hayas hecho daño, voy a romperte algún hueso —amenaza.

—Pues puedes empezar. —No soy capaz de alzar la mirada de mis manos—. Creí que solo había venido en algún momento puntual, no sé, me sentí expuesto al haber pedido que le llamaran la noche del accidente.

—No te lo tendré en cuenta porque te acabas de despertar de un jodido coma —farfulla, cogiendo el móvil. Tras unos segundos, dice—: No me lo coge, seguramente, a estas horas esté trabajando.

—Lo intento yo —dice Emma que se ha mantenido al margen, una simple espectadora—. Nada. ¿Sabía que veníamos?

—Sí —dice Anthony—. Se lo he dicho cuando me ha llamado para informarme de que había despertado. Así que no va a responder porque imagina que estamos con él —dice señalándome.

—Genial —bufo, mirando por la ventana—. He vuelto a meter la pata.

—Suele pasar —dice la joven—. No te mortifiques, sabemos que Alexander es un hombre complicado. Pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho, siempre está dispuesto a ayudar a todo el mundo, carga con todo él solo, y eso le he hecho ser como es.

—Conozco a Alex —replico—. No hace falta que intentes vendérmelo —bromeo—. Ya me enamoré de él una vez.

—Hablas en pasado —dice pensativa—. O todavía le quieres o… ¿No habrás pasado página? —pregunta ofendida.

—Niña… —comienzo a decir, a pesar de la mirada que me dirige, dejándome claro que no le ha gustado nada que la llame así —. He trabajado más de catorce horas diarias estos últimos años,

¿me puedes decir cuándo demonios he podido sacar tiempo para pasar página?

—Ufff, menos mal —suspira aliviada—. Sería una mierda que no os pusierais de acuerdo ni siquiera en esto. —Alzo una de mis cejas —. ¿Qué? —Se encoge de hombros—. Antes no nos tenías a nosotros —se jacta—. Os vamos a ayudar.

—No, gracias —exclamo riendo—. La última vez que este quiso ayudar —señalo a Anthony—, me dejó en casa de Alex, y no acabamos muy bien.

—¿Discutisteis? —pregunta el susodicho—. Mi hermano es muy suyo para su espacio y esas cosas, ya te acostumbrarás.

—Claro que lo hicimos —replico—. Pero después de que se corriera en mi mano.

Emma jadea y se ruboriza, no puedo creerlo, Anthony hace una mueca que me parece muy graciosa, incluso me recuerda a su hermano.

—No necesitaba esa información —masculla tras la sorpresa inicial—. ¡Eso es buenísimo! —aplaude.

—Sí —asiento, dándole la razón—. Para tu hermano, estupendo, pero yo me fui a mi casa con dolor de huevos y una mala leche de la hostia.

—Minucias —estalla en carcajadas ante su comentario, Emma me sigue sin poder evitarlo—. Lo digo en serio. Ya te cobrarás ese orgasmo en cuanto te recuperes, ya te digo yo que de eso no te mueres, tengo experiencia.

—¿Por qué estamos hablando de orgasmos? —pregunta Emma incrédula—. Creedme, soy la primera que piensa que la vida sexual es muy sana, pero no me interesa saber la vuestra.

—Lo dices porque eres la que más folla de esta habitación —se burla su cuñado—. Pero tienes razón, debemos hablar de cómo Scott va a conseguir que mi hermano le perdone.

—¿Perdón? —pregunto, sorprendido—. ¡No he hecho nada!

Capítulo 10

Alexander

Silencio el móvil porque no pienso coger ninguna llamada. Menos, sabiendo que deben estar con Scott, que le jodan, maldito desagradecido. Han sido unas semanas de mierda, de miedo e incertidumbre y, cuando despierta, me lo paga mirándome como si fuera el culpable de su estado. Puede que esté siendo irracional, pero no ha sido fácil para mí el no saber si sería capaz de despertar, el no saber cómo se iban a tomar mis padres mi confesión. Los nervios me han hecho adelgazar, y el miedo me impedía dormir, por lo que me encuentro hecho un desastre, incluso en mi trabajo se ha notado y mi rendimiento ha bajado.

Cojo mi maletín, salgo del coche y me encamino hacia el juzgado, dispuesto a demostrar por qué estuve años estudiando siendo el primero en mi clase y terminando el mejor de mi promoción. Dejo todos mis problemas dispuesto a trabajar sin que nada ni nadie me haga flaquear. Sabiendo que Scott está fuera de peligro, el miedo ha desaparecido, dejando paso al enfado.

—Y lo prefiero, el miedo no puedo manejarlo —susurro, arreglándome la corbata. Subo los escalones y me adentro en mi territorio, uno que domino a la perfección.

◆◆◆

Como un imbécil, me encuentro en el *parking* del hospital intentando decidir si debo entrar o no. Miro el móvil, son las nueve de la noche, por lo que el horario de visita ha terminado, debería dar media vuelta y volver a mi casa, mañana será otro día.

—Mierda —exclamo, sorprendido cuando comienza a vibrar en mi mano—. Qué susto, ¿por qué me llama? —mascullo al ver que se trata de Scott—. ¿Pasa algo? —pregunto en cuanto descuelgo.

—¿No vas a subir? —abro los ojos sorprendido—. La enfermera me ha dicho que hará la vista gorda —se ríe, eso me saca de mis casillas—. ¿Alex?

—Las normas están para cumplirlas, Scott —amonesto—. ¿Qué clase de abogado eres tú?

—Uno que ha estado a punto de palmarla y está aburrido aquí arriba —replica—. ¿Qué culpa tengo de que lleves ahí más de media hora? No muerdo —gruño por su comentario dicho de una manera que consigue ponerme los pelos de punta.

—Se nota que estás mucho mejor cuando puedes bromear —digo dispuesto a marcharme—. Además, imagino que mi hermano y Emma te habrán hecho mucha compañía…

—Sí quieres saber de qué hemos hablado, sube —cuelga, dejándome con la palabra en la boca. Maldigo enfurecido, aunque salgo del coche.

—Subo, lo mando a la mierda y me largo —mascullo, hablando conmigo mismo—. No recordaba lo imbécil que puede llegar a ser, o sí, y por eso le dejé.

«Lo dejaste porque te fue infiel…», esa maldita vocecita que aprovecha cada ocasión para recordarme lo que tanto deseo olvidar. Que me haya vacilado y el recuerdo de su traición no mejoran mi ánimo, por lo que, cuando entro en la habitación, lo veo todo rojo.

—No has mejorado con la edad, Scotty —me burlo—. Solo he venido a decirte que puedes irte a la mierda, no juegues conmigo —le advierto al ver que se mantiene en silencio mirándome fijamente.

—Estamos de malhumor —asiente—. ¿Un mal día? ¿No me digas que has perdido algún juicio? —lo pregunta como si haberlo hecho fuera un sacrilegio.

—Pues no —replico sonriendo—. El que suele perderlos eres tú, no yo.

—Pienso machacarte cuando salga de aquí —sisea tensándose, soy capaz de verlo desde aquí, mi sonrisa se amplía—. Estás demasiado pagado de ti mismo.

—Te dije lo que pasaría si trabajabas para la compañía —me encojo de hombros.

—Dejemos ese tema —masculla—. Ya te dije mis motivos en su momento y no pienso repetirlos, de todos modos, no es que hayan cambiado mucho nuestras situaciones personales.

—¿Para qué querías que subiera? —termino preguntando, cruzándome de brazos, apoyado en la pared más cercana a la puerta, ahora que está despierto, acercarme no es una opción.

—Para pedirte perdón —lo miro sorprendido—. Esta mañana no he estado muy acertado al tratarte como lo he hecho —reconoce algo avergonzado, juega con el borde de la sabana que lo cubre—. Para mí no ha sido fácil despertar desorientado, y cuando he recordado que pedí que te llamaran a ti, me he sentido un idiota.

Alza la mirada y veo que no miente, no está bromeando, y me doy cuenta de lo inseguro que se siente. Es algo poco frecuente porque, si algo tenemos en común, es nuestra seguridad en

nosotros mismos, me acabo de dar cuenta de que a él le pasa lo mismo con respecto a mí, no sabe a qué atenerse.

—No importa —intento restarle importancia—. Lo comprendo. No ha debido ser fácil despertarte sin saber que había pasado, al recordarlo, ha sido demasiado —asiento—. No hacía falta que te disculparas, Scott. Mucho menos por llamarme, puede que no estemos juntos, pero siempre acudiré a ti si me necesitas.

Me muerdo la lengua al darme cuenta de lo que acabo de decir. La intensa mirada de mi ex me taladra incluso desde la distancia. Mi nerviosismo aumenta, por lo que intento buscar una excusa para poder marcharme con lo que queda de mi orgullo intacto. ¿Dónde se ha metido la enfermera?

—No entiendo por qué, si piensas así, llevamos tanto tiempo separados —me remuevo inquieto, no me gusta el rumbo que ha tomado la conversación—. Alex, mírame —me pide, lo hago de mala gana—. ¿Puedes acercarte?

—Debería irme —murmuro—. Remover el pasado no sirve de nada, Scott.

—No estoy de acuerdo —rebate—. Creo que ninguno de los dos es el de antes, esa es la diferencia.

—Puede que no —concedo, ya que negar lo evidente sería mentir y no me gusta hacerlo—. Pero el pasado, lo que ocurrió, no se puede cambiar.

—Sigues creyendo que te fui infiel —dice muy serio—. ¿Sabes que creo, Sinclair? Es la excusa que utilizas para seguir manteniéndome alejado. Sin ella, sabes que podríamos ser felices juntos.

—No es ninguna excusa —mascullo enfadado—. Que tú todavía tengas los santos cojones de no reconocerlo, no es mi problema.

Buenas noches, Scott.

Me aseguro de cerrar despacio cuando lo que más deseo es dar un portazo que le retumben hasta los huesos, pero como estoy en un hospital y los demás pacientes no tienen la culpa, tengo que tragarme la rabia que me recorre. Una vez sentado en mi coche, intento calmarme porque conducir en el estado en el que me encuentro no es seguro.

¿Qué demonios le han dicho mi hermano y Emma para que haya cambiado tanto en unas horas? Juro que, como le hayan dicho algo que me deje en evidencia o en desventaja, pienso dejar de hablarles de por vida. No he pasado años de mi vida intentando construir una coraza para protegerme para que vengan ellos a intentar destrozarla a mazazos. Precisamente, esto es lo que temía, mi mundo se ha puesto patas arriba en pocas semanas. Primero, mis hermanos; luego, el maldito accidente que desencadenó mi mayor temor, perder a una persona importante para mí. Eso hizo que me atreviera a hablar con mis padres, los cuales parece que les está costando digerir mi confesión. No soy una persona que actúe por impulso, al menos, no en el amor, porque siempre me he contenido al no sentirme libre para amar. Ahora que lo soy, no me siento capaz de perdonar, de olvidar el dolor, la vergüenza y el odio que sentí aquel día en el que mi corazón se partía por la mitad.

Capítulo 11

Scott

Si pudiera, saldría corriendo tras él y le dejaría muy claro lo que pienso de sus espantadas. Estoy harto de que utilice mi supuesta traición para mantenerme alejado. Durante este tiempo, se lo he permitido porque ambos habíamos seguido caminos separados. Sin embargo, ¿estoy dispuesto a seguir haciéndolo?

Si me hubieran preguntado esta mañana al despertar, mi respuesta hubiera sido un rotundo no. No solo por sentirme como un idiota, si no porque ignoraba que Alexander había dado un paso tan importante para él, mejor que nadie sé lo que significa vivir a medias, escondiendo quién eres realmente. Yo tuve el valor de hacerlo antes de marcharme a la universidad, y eso me costó la relación con mi familia. Desde aquel entonces, mi padre no me habla y mi madre solo me llama un par de veces al año y, al ser hijo único, eso ha supuesto sentirme muy solo la mayor parte del tiempo.

Soy muy sociable, más que el hombre que acaba de marcharse, y, aun así, tengo miedos como él, tengo debilidades como cualquier persona, y una de ellas es odiar la soledad. ¿Cómo hubiera sido mi vida si Alex y yo no hubiéramos roto? Si yo hubiera aguantado la presión que significaba tener una relación a escondidas y él hubiera confiado en mí. Por desgracia, nunca lo sabremos porque ninguno de los dos quisimos dar nuestro brazo a torcer. ¿Y ahora? Demasiadas preguntas para las que no tengo todas las respuestas, al menos, no tan claras como me gustaría.

La enfermera entra para la última revisión de la noche, todo está en orden, lo que me da la esperanza de que me dejen salir de aquí más pronto que tarde.

—Gracias por permitir que entrara aunque ya había pasado la hora de las visitas —le digo antes de que se marche.

—¿Cómo no hacerlo? —cuestiona sonriente—. Llevaba por lo menos media hora intentando decidirse —bromea—. No lo entiendo, porque durante su coma, no dudaba, pasaba horas con usted. Debe quererlo mucho.

Se marcha, cubro mis mejillas al sentir un calor que delata mi sonrojo. Genial, ahora parezco un adolescente con su primer amor, lo cierto es que Alex lo fue, y por mucho que me pese, lo sigue siendo. ¿Cambiará alguna vez? Durante el tiempo que hemos estado separados, lo único que teníamos era nuestras luchas dialécticas en los juzgados, las batallas legales en las que ninguno quería perder. Era una manera de no soltarlo por completo, era mi ex y mi adversario en la corte, y no me permitía plantearme que fuera nada más allá de esas dos cosas.

Bueno, sí, el hombre que me había roto el corazón, aunque si le preguntamos a él, imagino que estamos a mano. No tengo sueño, por lo que dejo que mi mente vague por los recuerdos de cómo comenzó mi relación con Alexander…

◆◆◆

—Tenemos que hablar —sentencia Alexander con una seriedad que no augura nada bueno—. Lo que pasó anoche… —agacha la mirada avergonzado—. No puede volver a pasar.

Lo imaginaba…

—¿Por qué? —pregunto—. No pareció molestarte.

—Estaba borracho —se defiende enfadado—. Y supongo que tú también, por lo que podemos olvidar ese vergonzoso suceso y hacer como si no hubiera pasado nada.

—Yo no puedo. —Me mira entre horrorizado y sorprendido—. No estaba borracho, Alex. Sabía muy bien lo que hacía, y era algo que llevaba tiempo deseando, por lo que no pienso hacer como si nada hubiera pasado.

—No me jodas, Scott —espeta.

—No puedo decir que no quisiera hacerlo —bromeo mientras le guiño un ojo; por su parte, parece que está a punto de golpearme—. Alex —suspiro—. No oculto que soy gay, que no te hayas dado cuenta no es mi culpa.

—No llevas precisamente un cartel entre los ojos —masculla, mirándome como si fuera el mismo Lucifer—. No puedes ser gay —río por su forma de decirlo.

—Sí lo soy —afirmo sin una pizca de vergüenza—. ¿Te supone algún problema?

Tras unos instantes en los que parece luchar por encontrar las palabras adecuadas, solo me observa, abre la boca y la vuelve a cerrar. Si no estuviera tan acojonado porque me diga que me vaya a la mierda y que no me vuelva a acercar a él, me reiría a carcajadas.

—Mientras mantengas tus manos quietecitas —farfulla, mirando hacia todos los lados menos hacia mí—. No voy a juzgarte, eres libre de sentirte atraído por quien te dé la gana.

—¿Y si me siento atraído por ti? —pregunto con cuidado, sé que estoy tensando la cuerda y que, si sigo haciéndolo, puede romperse,

pero no soy de los que huye—. Me gustas, Alex, y no quiero seguir ocultándolo.

—Lo siento —se disculpa—. Yo… no puedo.

Veo cómo sale casi corriendo, lo observo hasta que gira una esquina y lo pierdo de vista. No puedo evitar pensar en lo que acaba de decir, se ha disculpado, he visto la batalla en su mirada, pero no me ha dicho que no le gusta. Una sonrisa tímida se dibuja en mis labios cuando me doy cuenta de que todavía existe una pequeña esperanza. En ningún momento ha mencionado que no le guste o que le repugne, y anoche, diga lo que diga, me siguió el beso, y pude sentir su erección contra la mía, por lo que la atracción y el deseo estaban presentes.

—No pienso rendirme —sentencio.

◆◆◆

No me rendí y conseguí que Alex reconociera lo que tanto había luchado por obviar. No fue fácil, pero nada lo es con él. ¿Mereció la pena? Hubo peleas, reproches y dolor y, aun así, sabiendo todo eso, volvería a insistir. Los meses a su lado, a pesar de la mochila de secretos e inseguridades que llevaba a cuestas, fueron buenos, más que buenos.

Él no va a dar el paso, por lo que una vez más tendré que ser yo quien le demuestre que terminamos por estupideces, por su miedo e inseguridad y por mi orgullo. Sin embargo, eso no nos ha hecho felices mientras hemos estado separados. Si en este tiempo hubiera conocido a alguien, no me metería por el medio, tendría que aceptar que nuestro tiempo pasó e intentar rehacer mi vida, pero no es el caso. Ninguno de los dos hemos conocido a otra persona que ocupe el vacío que dejó el uno en el otro cuando todo se fue a la mierda.

—Voy a por ti, Alex —sentencio con resolución.

Capítulo 12

Alexander

No he vuelto por el hospital, por lo que Anthony se encarga de informarme. Tuvimos una discusión cuando le dije que dejara de meterse en mi vida, no sirvió de nada, sabe que no puedo estar enfadado por mucho tiempo con él, por lo que se aprovecha de lo lindo.

—Hoy le dan el alta a Scott —gruño mientras me termino el café —. Tendrás que ir tú por él —anuncia como si nada, casi me rompo el cuello para mirarlo.

—¿Me estás vacilando? —pregunto—. ¿Qué parte de no quiero verlo no entiendes?

—Lo entiendo, pero no lo comparto —se encoge de hombros—. Además, Alex, ahora nos necesita —odio que utilice el juego sucio de hacerme sentir mal—. No tiene familia en Boston, solo es dejarlo en su casa y asegurarte de que va a estar bien. Te recuerdo que su coche quedó siniestro y que está vivo de milagro.

Me tenso al recordarlo, soy muy consciente de que ha sobrevivido de milagro, vi cómo quedó el coche, además, los médicos fueron muy específicos y claros. Fue un milagro que viviera, uno que agradezco cada día, aunque no lo parezca por mi fingida indiferencia, es lo único que me mantiene alejado de él. Si dejo que de nuevo entre en mi vida, me olvidaré de lo que ocurrió, y eso

significa permitir que vuelva a hacerme daño, algo que juré no volvería a pasar.

—Lo haré —claudico, sabiendo que no parará hasta que se lo prometa. Además, es verdad que no tiene a nadie aquí que pueda ayudarlo—. Lo dejo en su casa, me aseguro de que puede valerse por sí mismo y me marcho —advierto, asiente sonriendo—. Odio que hagas esto —mascullo.

—Me adoras —rebate, guiñándome un ojo. Me lanza un beso y se levanta dispuesto a salir de mi despacho—. Sigo trabajando.

—No abuses —replico—. No te fuerces, en cuanto sientas cansancio, vete a casa.

—De verdad que no sé por qué la gente se queja sobre trabajar con la familia —bromea—. Sois los únicos jefes que me obligáis a descansar en vez de trabajar horas extras.

—Solo quiero que estés bien —sonrío—. Ahora lárgate.

Una vez solo, vuelvo a lo mío hasta que el sonido de mi móvil me sorprende, más aún cuando veo de quién se trata, no he hablado con mis padres desde que fui a su casa por última vez, y no porque ellos no lo hayan intentado, simplemente no me sentía capaz de mirarlos a la cara.

—Hola, mamá —saludo, odiando lo incómodo que me siento—. ¿Sucede algo? —pregunto.

—¿Tiene que pasar algo para que llame a uno de mis hijos? —cuestiona—. ¿Cuánto más nos vas a rehuir? Queremos verte, Alexander.

—Creía que necesitaríais tiempo —replico tras carraspear—. Puedo pasarme un día que termine pronto en la oficina y…

—No —interrumpe—. Te quiero aquí para cenar.

Cuelga sin darme la opción de negarme, muy típico de mi madre. En otro momento, me hubiera molestado, pero ahora me encuentro sonriendo como un idiota. Decido salir antes de hora para poder ir a por Scott, dejarlo en su casa y así poder obedecer a mi madre. Llegar al hospital no me cuesta mucho, porque todavía no hay mucho tráfico, no he vuelto por aquí desde nuestra última discusión, y saber que voy a verlo me pone de los nervios.

—No puedo creerlo —masculla en cuanto me ve, entro sin perder el tiempo, viendo que ya está vestido y listo para marcharse —. ¿Con qué te ha sobornado tu hermano? —pregunta con sorna.

—No tengo tiempo para bromitas —replico comenzando a mover la silla de ruedas—. ¿No se supone que estás bien? Si necesitas ir sentado en…

—Ni se te ocurra acabar esa frase —interrumpe—. Pienso largarme de aquí aunque sea a rastras.

—Tú verás —me aseguro de que todo está en orden y bajamos por el ascensor hasta el *parking*—. ¿Puedes levantarte para meterte en el coche, o te ayudo?

No me responde. Solo lo intenta, pero sin mucho éxito, odio verlo así, por lo que tomo la decisión de intervenir y terminar con esto. Lo cojo y lo siento, le pongo el cinturón y cierro la puerta, intentando calmarme, tenerlo tan cerca no es fácil. Una vez tras el volante, me pongo en marcha. El tenso silencio hace que el reducido espacio en el que nos encontramos cada vez me parezca más pequeño y asfixiante.

—¿Crees que estarás bien solo en tu casa? —pregunto. Él mira por la ventanilla; si me escucha, no da señales—. Scott —exclamo perdiendo la paciencia.

—Soy mayorcito, Alex. —Por fin, se gira para mirarme—. No finjas preocupación por mí, si he pasado años sin ti en mi chepa, puedo seguir haciéndolo.

—¿Me estás echando algo en cara? —pregunto incrédulo—. Esto es acojonante —mascullo cuando de nuevo guarda silencio—. Una actitud muy madura, Scotty.

—No me llames así —espeta—. Concéntrate en conducir, no quiero tener otro accidente, puede que del siguiente no salga con vida.

Aprieto el volante con mis manos y miro la carretera. El puñetero comentario me ha puesto de muy mala leche, no necesito que me recuerde que ha estado a punto de morir, joder.

—Al fin en casa —susurra cuando aparco donde me ha indicado —. Gracias por traerme.

Se dispone a salir del coche, pero me adelanto. Corro para llegar hasta la puerta del copiloto y le ayudo a ponerse en pie, parece algo inestable. Por ello, paso uno de mis brazos por su cintura, comenzamos a caminar lento para asegurarme de que es capaz de conseguirlo.

—No soy un inválido, Alex —se queja—. Debo valerme por mí mismo, ¿sabes? Nunca me ha gustado tener niñera.

—No pretendo serlo —rebato—. Te dejo y me marcho, tengo prisa…

—¿Una cita? —masculla. Alzo una de mis cejas, sorprendido ante su tono—. Por mí no te retrases.

—Tranquilo, que me espera —replico enigmático, no quiero profundizar en el motivo por el cual me hacen gracia sus celos.

Al entrar a su apartamento, me doy cuenta de que es muy diferente del mío. Se respira vida, hogar, el mío es frío, y de nuevo soy consciente de lo diferentes que somos. Veo cómo se sienta en el sofá color beige y enciende la tele, me aseguro de dejarle agua y algo de comer que encuentro en la nevera, incluso una manta a mano por si la necesita.

—Si necesitas algo…

—Serías la última persona a la que llamaría —replica sin mirarme—. Vete de una vez, y la próxima vez que Anthony te pida que hagas algo por mí, niégate. Así nos ahorras el mal trago a los dos.

—Cuando quieres, eres un puto borde —escupo molesto, me dirijo a la puerta, sintiéndome mal por dejarlo solo, pero no acudir al llamado de mi madre no es una opción.

—Lo aprendí del mejor —dice con ironía—. Adiós, Alexander.

Cierro de un portazo y camino rápido para alejarme, si me permito pensar, no me iré. Cruzo toda la ciudad para llegar hasta la casa donde crecí. Camino hacia la puerta observando a mi alrededor, todo sigue igual que la última vez que estuve aquí, pero lo veo con otros ojos.

—Entra de una vez, hijo —la voz de mi padre me sobresalta, miro hacia la puerta—. Me estás poniendo nervioso —masculla.

—Hola, papá —saludo avergonzado—. Te veo bien…

—Deja de comportarte como si fuéramos extraños —interrumpe —. Vamos, tu madre ha hecho tu cena favorita.

Le sigo y cierro la puerta tras de mí, nos dirigimos a la cocina, de donde sale un aroma que me hace la boca agua. Mi madre está de espaldas, preparando algo ajena a mi llegada, por lo que actúo

por instinto, me acerco y la rodeo con mis brazos, mi mayor miedo es que me rechace, pero no lo hace.

—Hola, mamá —susurro—. Huele delicioso.

La siento temblar, cubre una de mis manos con la suya antes de darse la vuelta y abrazarme. Escondo mi rostro en su cuello y aspiro su aroma, que me trasporta a mi infancia.

—No vuelvas a alejarte de nosotros, Alexander —amonesta—. A nuestros ojos, sigues siendo nuestro hijo, te amamos y no nos importa el sexo de la persona con la que compartas tu vida, siempre y cuando te haga feliz.

Sus palabras me emocionan, intento contener las lágrimas, acaricia mi rostro con una sonrisa comprensiva, no sé cómo he podido pensar que ellos me darían la espalda, pero los temores muchas veces son irracionales, y durante mucho tiempo han dominado mi mente y mi vida.

—¿Cenamos? —pregunta mi padre rompiendo el momento—. Mujer, déjale o conseguirás que no vuelva en otra temporada.

—De eso nada —exclama, alejándose para poner la mesa—. Si vuelve a hacer algo como esto, yo misma iré a buscarlo.

La cena trascurre con normalidad, como si nada hubiera cambiado y, cuando Anthony llega, disfrutamos de unas risas ante sus bromas respecto a mi estupidez. Es único para aligerar el ambiente. En un momento dado, me quedo mirándolo, preguntándome como hubiera sido nuestra vida sin su enfermedad, si alguien no se merece algo así, es mi hermano. Es la persona más leal, cariñosa y divertida que he conocido. La rabia, como siempre que me permito pensar en lo injusto que es todo, me invade.

—¿Qué pasa? —susurra mientras ayudamos a mi madre a recoger la mesa—. Te has puesto serio de golpe.

—Nada —respondo—. Por cierto, tu nuevo mejor amigo no estaba muy contento al verme —me mira extrañado—. Me ha pedido que te diga que no vuelvas a enviarme para cuidarlo.

—¿En serio? —pregunta—. Curioso…

—¿Qué es tan curioso si puede saberse? —interrogo, intentando aparentar una indiferencia que estoy lejos de sentir.

—Descúbrelo por ti mismo —se encoge de hombros—. No me quedo tranquilo sabiendo que está solo…

—Por Dios —exclamo—. Otra vez no —le advierto a la defensiva —. Si aparezco ahora por su casa, me volverá a enviar al infierno.

Capítulo 13

Scott

Se ha ido…

Ha tenido los santos cojones de marcharse y dejarme solo, sabe que lo odio, y aun así, ha dado un portazo y ha salido de mi casa como hizo en el pasado de mi vida.

—¿De qué cojones me sorprendo? —pregunto al vacío—. Tiene la empatía de un puercoespín. Espero que la cena le dé una diarrea que se pase la cita en el baño y… —Aprieto con fuerza los dientes, tanto que chirrían y me hago daño.

Las horas pasan, intento entretenerme viendo algo en la tele, pero mi mente se imagina todo tipo de escenas, desde Alex cenando con un tío hasta dándole un buen revolcón en cualquier motel. Que sórdido, por el amor de Dios, detesto mi imaginación, sobre todo, cuando me juega malas pasadas como ahora.

Suena el timbre y miro extrañado, no espero a nadie, y mucho menos, casi a las once de la noche. Me levanto y hago una mueca dándome cuenta de que mi cuerpo se siente todavía muy cansado y torpe.

—¿Qué haces aquí otra vez? —pregunto cuando al abrir descubro a Alex frente a mí, vestido igual que hace unas horas—. ¿Una mala cita? —cuestiono con ironía, sin poder ocultar la

satisfacción, puede que alguna de mis maldiciones mentales haya hecho efecto.

—¿Puedo pasar? —lo cierto es que no espera ni a que le dé permiso—. ¿Has cenado? ¿Has tomado tu medicación?

—¿Qué te he dicho sobre las niñeras? —rebato de vuelta—. De hecho, me parecen insufribles, Alex.

—No podía irme a casa sin asegurarme de que no necesitabas nada… —dice, mirándome con una intensidad que comienza a ponerme nervioso.

«A ti…», pienso, pero no lo digo en voz alta, no creo que quisiera escucharlo.

—¿Sabes lo que es un teléfono? —me burlo, pasando por su lado para dirigirme hacia la cocina, siento cómo me sigue.

—Deja de responderme con otra pregunta —masculla—. Es desesperante.

—Mira, como tú —exclamo, le escucho gruñir, oculto una sonrisa —. Estoy bien, no tenías por qué interrumpir tu cita, vete a casa o a donde sea que tengas previsto…

—He ido a cenar a casa de mis padres por primera vez desde que les dije la verdad —espeta, me giro y lo miro sorprendido, para luego sentirme como un idiota por las horas tan horribles que he pasado—. Mi madre así me lo ha exigido, y yo no quería desobedecer, siempre he sido un buen hijo, ¿sabes?

—No lo dudo —mascullo molesto porque me haya dejado pensar lo que no era—. Siempre has tenido un palo metido por el culo.

Alza una de sus cejas oscuras, y una sonrisa lobuna se dibuja en sus labios. Bufo exasperado, porque sé lo que está pensando en estos momentos, pero me niego a seguirle el juego, puede resultar muy peligroso.

—Sabes muy bien que no —rebate, cruzándose de brazos, lo que hace que me fije en cómo su camisa se pega a ese pecho que hace mucho que no veo—. Bueno, visto que no estás de humor para visitas, creo que es mejor que me vaya.

Sé que es lo que llevo pidiéndole los diez minutos que ha estado aquí, pero ver cómo de nuevo enfila el pasillo para marcharse es algo que no puedo soportar, no dos veces el mismo día.

—Es lo que mejor haces —gruño furioso por la habilidad que tiene para dar la espalda, al menos, a mí.

—¿Tienes algo que decirme? —Me observa sobre su hombro—. No hay quien te entienda, Scotty.

—Vete a la mierda —inquiero, lo cierto es que no consigo entenderme ni yo. En el hospital, ya había decidido que conseguiría acercarme de nuevo a él para derribar su coraza, ahora no estoy seguro ni de querer ni de conseguirlo.

—¿Quieres que me quede? —pregunta, descolocándome. De hecho, abro los ojos como platos, creo que he entrado en otra dimensión.

—¿Lo harías? —le escucho suspirar, vuelve tras sus pasos, quedando frente a mí—. ¿Por qué me miras así?

—Intento decidir qué hacer —musita, relamo mis labios cuando sus ojos descienden hasta ellos—. ¿Qué quieres tú? —insiste.

—No va a conseguirlo, abogado —se jacta—. Aquí no soy yo quien está enfurruñado. —Se encoge de hombros—. Así que tendrás

que ser tú el que me digas las cosas claras.

—Yo no me enfurruño —exclamo ofendido—. Lo que he querido decir antes es que eres experto en largarte, en dejarme sin mirar atrás.

—¿Estás medicado? —Frunce el ceño—. ¿De verdad quieres que hablemos del pasado?

—Preferiría follar, pero si te empeñas. —De verdad que tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no reírme ante su reacción, pega un brinco y me mira sorprendido, aunque lo conozco muy bien, y el brillo del deseo hace rato que se refleja en sus ojos—. ¿Qué te parece? —sigo tensando la cuerda—. ¿Echamos uno por los viejos tiempos?

—Lo que creo es que no te tendrían que haber dejado salir del hospital —termina diciendo—. No me aguantarías ni un asalto —se jacta con ironía, seguramente es su manera de atacarme para mantenerme a distancia.

—¿Me estás retando, Alex? —Mi voz se escucha bastante más ronca—. Te recuerdo que todo lo que sabes te lo enseñé yo. —Rueda los ojos riendo suavemente.

—Lo dicho, mejor te acuestas, porque la medicación te está haciendo alucinar, Scotty. —Me empuja hacia donde supone que debe estar mi habitación—. Puede que fueras el primero, pero, créeme, que otros me han enseñado mucho también.

Su insinuación me prende como un polvorín. Me giro sin que se lo espere y lo estampo contra la pared más cercana mientras me apodero de sus labios. A la mierda la paciencia, está sobrevalorada.

No me pasa desapercibido que, aunque responde, parece contenerse, y no quiero que lo haga, lo que necesito en estos momentos es que volvamos a ser el Alex y Scott del pasado. Donde

el sexo no era un problema entre nosotros. Podríamos chocar por muchas cosas, pero jamás en la cama, o en el coche o en la cocina; vamos, donde se terciara. Si le doy tiempo a pensar, estoy perdido, se alejará y saldrá corriendo, por lo que debo actuar con rapidez. Dejo de besarlo y me agacho lo más rápido que puedo, y mis manos actúan a la vez para desabrochar sus pantalones. Escucho cómo masculla algo a lo que no presto atención, porque estoy demasiado ansioso por llegar a mi meta. Cuando mi mano encuentra la prueba de su deseo, no tardo ni dos segundos en engullirlo, escuchar su gemido me pone a mil, siento cómo me agarra para que no me aleje, cómo su cuerpo tiembla y sus jadeos van en aumento conforme su orgasmo se acerca.

—Voy… a… correrme —sisea mientras sus caderas bombean para adentrarse en mi boca, lo acepto con gusto, disfruto de su sabor—. Scott —exclama tensándose. Un segundo después, su liberación baña mi lengua.

—Joder —exclama entre temblores, alzo los ojos para verlo sonrojado, con los ojos vidriosos e intentando recuperar la respiración. Agacha la mirada, me relamo y me levanto muy lentamente. Ahora, a la misma altura, nos observamos, tengo una erección de caballo y no sé cómo comportarme, porque desde luego yo no he tenido bastante.

Alex parece leerme la mente, porque me coge de la mano y tira de mí, recorre el pasillo abriendo las puertas hasta encontrar la de mi habitación, cierra y me insta a tumbarme en la cama mientras comienza a desvestirse sin quitarme la mirada de encima.

Me relamo contemplando la obra de arte que es su cuerpo…

Capítulo 14

Alexander

La mirada de Scott sobre mí mientras me desnudo lo más despacio posible vuelve a encenderme, a pesar de haberme corrido hace apenas unos minutos. Una vez desnudo, me acerco lentamente hasta el hombre que yace en la cama y comienzo a desnudarlo. Descubrir su cuerpo después de tanto tiempo me deja sin aliento, está igual y, a la vez, cambiado, las señales del accidente siguen visibles, por lo que me pregunto si lo más sensato es una sesión de sexo, ya que entre nosotros siempre ha sido algo brutal.

—¿Te encuentras bien? —pregunto—. Tal vez es demasiado pronto para esto…

—Si te detienes, te mato —sisea, cogiéndome por el pelo para besarme—. Quiero correrme, Alex —jadea, mordiéndome el cuello, el mentón…

—Mierda —exclamo cuando su mano vuelve a cubrir mi polla—. Si haces eso, voy a terminar demasiado pronto —me quejo, intentando mantener el control.

Decido que para no quedar en ridículo es mejor que me emplee a fondo para que mi amante se corra al menos una vez antes de que vuelva a encontrar alivio. Nunca he sido egoísta en ese aspecto y no pienso comenzar ahora, mucho menos con Scott.

Voy descendiendo con lentitud por su pecho. Beso, lamo y muerdo hasta llegar a su erección, que chupo degustando su sabor, es como trasportarme en el tiempo y volver a ser ese muchacho tímido y aterrado ante su primer amor. Disfruto de sus gemidos, de sus estremecimientos y de mi nombre entre sus labios, me empleo a fondo, jugueteo con sus pelotas a la vez que lo acojo casi por completo hasta que roza mi garganta.

—Voy a correrme —grita, recibo su estallido, no paro hasta absorber la última gota—. Mierda, estoy muerto.

—¿Tan rápido? —me burlo—. Porque estoy más que listo para pasar a segunda base.

—Si te encargas tú —me sigue el juego—. En la mesita, hay de todo.

Entiendo lo que quiere decir, abro el primer cajón y encuentro condones de todos los sabores, lubricante y algún que otro juguete más. Le miro interrogante, por toda respuesta se encoge de hombros con una sonrisa lobuna en sus labios hinchados por mis besos.

—Vaya arsenal —mascullo, intento no imaginar con quién lo ha utilizado, no quiero empañar este momento—. Me temo que hoy tenemos que ir un poco lento, ¿no te parece? No quiero tener que llevarte al hospital de nuevo.

—Menos lobos, Caperucita —se burla, comiéndome con los ojos —. ¿Te lo pones, o tengo que hacerlo yo?

Cojo uno al azar, tardo menos de cinco segundos en colocármelo, le lanzo la botellita de lubricante, que la coge al vuelo riendo, me arrodillo en la cama, lo cierto es que me encuentro un poco cohibido, hace mucho que no estoy con él y no es que haya sido muy activo últimamente.

—¿Alex…? —parpadeo y me doy cuenta de que Scott me mira preocupado—. ¿Sucede algo? Si no quieres esto, yo…

—No es eso —interrumpo, no quiero que piense que no le deseo, joder, tengo una erección de campeonato, pero estar con él siempre me ha hecho sentir inseguro—. Es que hace tiempo que no estamos juntos y se siente raro, ¿no crees?

La sonrisa que me dedica me derrite, mitad ternura mitad picardía. Toma la misma postura que yo, ambos arrodillados uno enfrente del otro y, una vez más, toma la iniciativa. En otro momento puede que me hubiera molestado, pero ahora mismo siento que es lo que necesito. Besa mi pecho, gimo y echo la cabeza hacia atrás mirando al techo, sus manos las siento por todo mi cuerpo, por lo que en cuestión de segundos el bloqueo desaparece y tomo el mando. Cojo su cara entre mis manos y lo beso, le insto para que vuelva a tumbarse. Sin abandonar sus labios, comienzo a prepararlo mientras me bebo sus gemidos.

—O me follas de una vez, o te mato —sisea tras unos minutos en los que he disfrutado torturándolo—. Esto me lo vas a pagar —advierte cuando me río.

Me posiciono y me adentro con una embestida certera. Scott grita por el placer y el dolor, aprieto los dientes porque estoy a punto de correrme, temo que si comienzo a moverme haga el ridículo de nuevo. Sin embargo, parece que mi amante tiene otros planes, ya que comienza a moverse para hacer la penetración más profunda, por lo que, tras maldecir, soy yo quien toma el relevo de nuevo, solo necesitaba calmarme lo suficiente para recordar qué cojones hacer.

Decido cambiar de postura, por lo que salgo de su interior, lo giro de golpe para que quede a cuatro patas y vuelvo a penetrarlo. Esta vez gritamos los dos por el placer. Ya no me detengo, los

movimientos se intensifican hasta que ambos nos corremos y caemos exhaustos sobre el colchón.

Sé que tendría que marcharme, pero me pesan tanto los párpados que no soy capaz de moverme, dejo que el sueño me atrape.

◆◆◆

Despierto porque siento unas caricias en el rostro, doy un manotazo todavía más dormido que despierto y golpeo algo, mejor dicho, a alguien. Abro los ojos de golpe y veo a Scott, su rostro muy cerca del mío, tanto que podría contar las pecas que adornan el puente de su nariz y sus pómulos y las cuales sé muy bien que odia, a mí siempre me han parecido adorables.

—Que cojones… —mascullo, a mi mente llegan los recuerdos de lo ocurrido entre nosotros—. Joder.

—Buenos días a ti también —replica irónico—. Olvidaba el humor de mierda con el que te despiertas. ¿Quieres que lo solucione?

Su mano se pierde entre las sábanas y encuentra mi erección matutina, pego un brinco y caigo al suelo. Juro que sus carcajadas podrán escucharse por toda la manzana. Me asomo por el borde de la cama y, con una simple mirada, le dejo saber lo que pienso de su comportamiento.

—Muy gracioso —mascullo, levantándome y cubriendo mi entrepierna, una estupidez, ya que, después de mí mismo, Scott es quien mejor la conoce—. ¿Por qué no me despertaste? —acuso buscando mi ropa—. ¿Dónde cojones está?

—Si te refieres a tu ropa, desperdigada por el apartamento —responde—. A tu primera pregunta, no lo hice porque también me

quedé dormido, pareces olvidar que acabo de salir de un hospital.

El sentimiento de culpa no tarda en aparecer, y la preocupación tampoco. Le observo intentando averiguar si se siente bien, si fui demasiado brusco, maldita sea, hace unas semanas estuvo al borde de la muerte, y yo follándomelo como un loco.

—Deja de fustigarte. —En mi rostro debe reflejarse la sorpresa —. Casi puedo escuchar desde aquí tus pensamientos. Sigo de una pieza y muy contento con los orgasmos que me proporcionaste. No me has hecho daño, así que deja de pensar tonterías, por favor.

—¿Puedo utilizar la ducha? —pregunto incómodo, necesito marcharme—. Ya llego tarde al trabajo y…

—No hace falta que preguntes —interrumpe mientras se levanta —. Te prepararé el desayuno.

Estoy a punto de negarme porque me recuerda demasiado a cuando estábamos juntos, cómo desayunábamos juntos antes de que cada uno fuera a cumplir con sus obligaciones. Dejo que el agua corra por mi cuerpo, intento olvidar las caricias, los besos y los gemidos compartidos para poder volver a mi vida, una que ya no comparto con Scott.

¿En qué jodido momento pensé que sería buena idea meterme en su cama de nuevo? Todavía recuerdo la devastación de los primeros días tras la ruptura, el dolor de la traición, las veces que estuve a punto de llamarlo para decirle que no me importaba lo que había hecho y pedirle una nueva oportunidad cuando no era yo el culpable.

—Te dejo la ropa aquí —me sobresalto y miro hacia atrás—. Está un poco arrugada, pero…

—Tendré que pasar primero por mi casa —mascullo.

—Ya está listo el desayuno —informa.

—Gracias —replico, esperando que se marche—. Ahora mismo salgo.

Finalmente, asiente, aunque juraría que quiere decir algo, pero no lo hace. Sale dejándome solo y suspiro aliviado. Miro con el ceño fruncido a cierta parte de mi cuerpo que se ha levantado pidiendo guerra. Parece mentira, porque anoche me corrí más de tres veces.

Enfadado conmigo mismo, intento dejar de pensar en ello, me visto y salgo hacia la pequeña cocina, que ya huele a café y huevos revueltos, la especialidad de Scott. Ciertas cosas nunca cambian. Intento ocultar una sonrisa por los buenos recuerdos que acuden a mi mente de nuevo, me siento y doy un buen sorbo a mi taza mientras me siento observado. ¿Qué debería hacer o decir?

Capítulo 15

Scott

Le conozco tan bien que no dudo que ahora mismo está mortificándose por lo sucedido entre nosotros. He intentado que no me importe, sé que debo darle espacio porque Alex no es un hombre que suela actuar por impulsos, tiende a analizarlo todo, es la persona más cuadriculada que conozco. Sin embargo, la incertidumbre nunca he sabido sobrellevarla bien.

Esta estampa me recuerda a nuestros tiempos juntos, fui el primero como es lógico en tener un apartamento para mí solo, y lo hice solo por nosotros. Todavía recuerdo que tenía dos trabajos para poder pagarlo y lo hice para tener intimidad. Tenía muy claro que Alex jamás se comportaría como mi pareja en un piso compartido donde todos pudieran vernos.

—¿Quieres que le diga a Anthony o Emma que pasen a verte dentro de unas horas? —pregunta, rompiendo el silencio—. Tal vez puedan tomarse un descanso…

—No hace falta —interrumpo—. Me siento bien. Ellos tienen trabajo, y tú también.

Me mira durante unos segundos, asiente, se termina el desayuno y se levanta dispuesto a marcharse. Doy gracias que al menos no ha salido corriendo, ¿es un avance, o es que el paso de los años pasan factura y es más maduro?

—Tengo que marcharme —dice con incomodidad—. Ethan va a matarme, nunca he llegado tarde.

—Dile que ha sido culpa mía. —La mirada horrorizada no me pasa desapercibida—. O mejor no —mascullo, dirigiéndome a la puerta—. No queremos que te dé una embolia.

Me sigue de cerca, abro y espero que pase por mi lado saliendo de mi casa y puede que de mi vida. Se detiene, pero no le miro, no quiero decir ni hacer nada que pueda hacerle correr en dirección contraria, y estoy seguro de que ahora mismo ya ha pensado mil excusas para hacerlo.

—Si necesitas algo, llama a cualquiera de nosotros, ¿de acuerdo? —pregunta a modo de despedida, asiento mientras lo escucho suspirar—. Adiós, Scott.

—Adiós, Alex. —Cierro la puerta e intento comportarme con normalidad—. No seas estúpido —me riño a mí mismo—. Tiene que irse a trabajar, no le des más vueltas.

Para entretenerme, decido que puedo darle una buena limpieza al apartamento, de ese modo puede que me olvide durante unas horas de cierto moreno de ojos pardos que consigue volverme loco.

Solo hago un alto para comer algo ligero, me pongo música a todo volumen y dejo que los pensamientos desaparezcan mientras ordeno cada estancia del pequeño apartamento. Nunca he sido un maniático como Alex, pero sí me gusta tenerlo todo limpio y en su sitio y, después de semanas en el hospital, encuentro polvo para aburrir en cada rincón.

El timbre suena cuando ya se está ocultando el sol, frunzo el ceño porque no estoy esperando a nadie, así que, cuando abro, y Anthony pasa como Pedro por su casa, me quedo con la boca abierta.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, siguiéndolo hasta el salón—. ¿Tú no trabajas?

—A diferencia de otros, llego a mi hora —se jacta con una sonrisa de suficiencia que me recuerda demasiado a su hermano mayor—. ¿Una noche movidita?

—No me jodas —espeto—. ¿Quieres algo de beber? Todavía no me ha dado tiempo a hacer la compra…

—Puedo ir yo, hazme una lista y… —se calla cuando ve cómo niego con la cabeza—. ¿Por qué? Aprendí a leer, ¿sabes? —bromea.

—Puedo hacerlo yo. —Me encojo de hombros—. ¿Te ha mandado Alex?

—Podría decirte que no, porque no me lo ha ordenado directamente, pero… —Alzo una ceja cuando guarda silencio—. Estaba harto de escuchar comentarios tipo: Puede que Scott necesite algo, o seguro que debe estar aburrido —enumera con ironía—. Es su manera velada de decirme que moviera el culo hasta aquí.

—¿Ethan le ha reñido? —se ríe y niega, suspiro aliviado.

—Le va a tener haciendo horas extras toda la semana como castigo.

—¡No puede hacer eso! —exclamo, levantándome como un resorte—. Eso es ilegal —mascullo molesto.

—Alex no se ha quejado —puntualiza—. Déjale, creo que es su manera de disculparse. Debes saber lo cuadriculado que es, y ahora mismo, está flagelándose porque ha llegado tarde a su trabajo, además del motivo por el cual lo ha hecho —añade, subiendo y bajando rápido sus cejas.

—Genial —exclamo—. Otro motivo que echarme en cara. Ahora dirá que soy una mala influencia.

—Solo un poco —se carcajea—.Pero ¿qué sería la vida sin un poco de marcha?

—A mí no me lo digas —me defiendo—. Es tu hermano el que necesita tenerlo todo atado, y hoy no solo se ha despertado tarde, es que debe estar dándose cabezazos por lo que pasó anoche.

—Desde luego, no pierdes el tiempo —bromea—. ¿Cómo lo conseguiste?

—No creo que quieras saberlo —replico, intentando ocultar la sonrisa al recordar lo sucedido entre ambos—. Ahora hasta yo estoy dudando y odio hacerlo.

—Pues no tienes tiempo para eso —rebate—. Si le das espacio, Alexander va a alejarse tanto de ti que no vas a ser capaz de volver a acercarte.

—¿Tú crees? —pregunto indeciso—. Sé que tenemos que hablar, pero no creo que hoy sea el mejor día. Había pensado darle una semana de margen.

—Tú verás —dice pensativo—. Conozco a mi hermano casi mejor que él mismo, y yo no lo haría. Tiene que ser acoso y derribo, ¿entiendes? No le des tiempo para pensar y analizar cada paso o palabra que des porque estarás perdido.

—Todavía está convencido de que le fui infiel. En aquellos momentos, dejé que lo pensará para salvar el poco orgullo que conservaba, y durante este tiempo no he corregido ese error.

—Pues ya estás tardando —resuelve—. Alexander es la persona más fiel y leal que conozco, si ama, lo hace con todas las

consecuencias y espera que los demás lo hagan del mismo modo.

—Lo sé, pero es muy difícil tener que reconocer que fui un gilipollas y además que me crea.

—Piensa en algo —aconseja—. Que no sea sexo. En una relación tiene que existir algo más —masculla, de verdad que intento contener la risa, lo ha dicho de una manera que parecía un niño pequeño al que le han arrebatado su juguete favorito—. Eso, tú ríete de mí. Encima que intento ayudarte, es mi buena obra antes de estirar la pata.

Mi sonrisa muere al instante al escucharlo hablar con semejante frialdad, me pone los pelos de punta. Se encoge de hombros ante mi mirada acusatoria, como si no le importara en absoluto morir siendo tan joven y dejando una familia devastada tras de sí.

—Así que a esto se refería Alex —replico—. ¿No te das cuenta de que cada vez que haces esto les duele? Es un puto recordatorio constante de la gravedad de tu estado.

—Me alegra que ellos puedan obviarlo, aunque sea unos minutos —asiente—. Yo no puedo. —Me mira ahora con una seriedad extrema que incluso le cambia el rostro—. Cada vez que me levanto, es una batalla, ¿sabes? El continuo cansancio, la sensación de fatiga al mínimo esfuerzo y la incertidumbre de cuando voy a sufrir un ataque.

—¿Crees que tu familia no sufre porque no siente todo eso en sus carnes? —pregunto incrédulo—. ¿Sabes la única vez que he visto llorar a Alex? Estábamos juntos cuando sonó su teléfono, tu madre estaba al otro lado, histérica, diciéndole que estabas en el hospital y que los médicos no daban muchas esperanzas.

—Supongo que fue en mi último ataque —replica pensativo.

—Espero que no hayas tenido más —inquiero—. Tuve que conducir yo, porque no iba a permitir que lo hiciera él en semejante estado de nervios. No dejaba de repetir que tenía que llegar hasta ti, que era su culpa por no estar a tu lado, lloraba como un niño aterrado, Anthony. Por lo que te pediría que, por favor, no dijeras esos comentarios, porque no hacen gracia

—Lo siento —dice al fin avergonzado—. Tengo que irme. ¿Seguro que estás bien? Emma no ha podido venir, Ethan la mantiene en cama la mayor parte del día.

—Y es lo que debe hacer —asiento mientras lo acompaño a la puerta—. Dile que no se preocupe por mí, estoy bien, volviendo a la rutina. El lunes ya me incorporo a trabajar.

—¿Lo sabe Alex? —pregunta, mirándome sorprendido.

—No —replico—. ¿Por qué debería? Es mi vida, que quiera compartirla con él no significa que deba darle cuentas de ella, ¿no crees?

—No le va a gustar —rebate ya en el pasillo del edificio—. Y menos que sigas en Tex.

—Es mi trabajo —insisto—. Ya lidiaré con sus neuras, si es que dice algo, lo dudo. Si Alex quiere algo, que venga aquí y me lo diga.

Capítulo 16

Alexander

—¿Qué has dicho? —le pregunto a mi hermano mientras termino de vestirme, acabo de ducharme y no pensaba volver a salir, pero parece que Scott quiere echarme un pulsito.

—Como lo oyes —responde Anthony—. Lo he visto fresco como una rosa, y por cómo olía su casa, no dudo que la haya limpiado de arriba abajo. E insiste en que empieza a trabajar la próxima semana, imagino que su médico le ha dado el visto bueno, Alex.

—Es un puñetero inconsciente y siempre lo ha sido —mascullo furioso—. Creí que con la edad mejoraría, pero seguramente muera siendo imbécil.

—De verdad, hermano —lo escucho reír al otro lado de la línea —. Vaya palabras más cariñosas tienes para el pobre hombre. —Gruño y estoy tentado a mandarlo a la mierda antes de colgar—. Ve a verle, anda, lo estás deseando.

—Estoy cansado —mascullo, pero lo cierto es que me he puesto ropa para salir a la calle casi inconscientemente—. No soy su niñera, además, las odia, palabras textuales.

—Como todos —inquiere—. Mueve el culo, nunca mejor dicho.

—¿Quieres que te parta la cara? —exclamo—. No le veo la gracia.

—Pues la tiene —no puede parar de reír—. Me lo pones a huevo, Alexander. Ahora hablando en serio, sabes que quieres ir, él quiere que vayas, ¿dónde está el problema?

—El problema es nuestro pasado —rebato—. Y lo sabes, no pienso volver a repetirme.

—Pues no te importó ese pasado la otra noche —señala con sorna.

—Prueba a tener a alguien chupándotela, a ver si piensas con claridad —replico entre dientes, maldigo por el silencio que escucho tras mi exabrupto—. Lo siento. Joder, Anthony, di algo.

—Deja de hacer el imbécil y ve a su casa. —Cuelga sin darme opción a seguir disculpándome y, aunque vuelva a llamarlo, no va a cogerlo, lo conozco bien—. Genial. —Lanzo el móvil sobre la cama y termino de arreglarme.

Salgo de mi apartamento y conduzco hasta el de Scott. Tiene las luces encendidas, por lo que sigue despierto, me armo de valor y llamo al timbre. Una vez me abre, subo las escaleras de dos en dos sin molestarme a esperar el ascensor.

—¿Qué haces aquí? —Me espera apoyado en el marco de su puerta—. ¿Ha pasado algo?

Lo empujo y él me deja hacerlo, cierro la puerta y le miro para asegurarme de que no hay signos de cansancio o dolor en su rostro. Me devuelve la mirada interrogativa, lo veo bien, más que bien, y eso hace las cosas mucho más difíciles.

—¿Vas a volver a trabajar el lunes? —inquiero.

—¿Has venido hasta aquí para preguntarme eso? —replica negando con la cabeza como si me diera por un caso perdido—. Podrías haberme llamado y ahorrado el viaje. Y sí, mi médico me dará el alta. Te recuerdo que soy abogado, no estoy picando piedra, Alexander.

—Pareces olvidar que has estado a punto de morir, Scott —muerdo las palabras, porque tan solo recordarlo aterra—. ¿No podrías tomártelo con más calma? Sabes tan bien como yo el estrés al que estamos sometidos.

—No lo olvido porque no me dejas, y de verdad, me gustaría alejarlo de mi mente, Alex —suspira—. ¿No puedes hacerlo tú también?

—Tuve que salir corriendo al hospital, esos minutos fueron agónicos —me acerco hasta él—. No me pidas que olvide eso como si nada, no tengo esa facilidad.

—Desde luego eres de las personas que dan vueltas a las cosas —concede—. ¿Crees que podríamos hablar de lo sucedido anoche?

Me tenso. Sabía que en algún momento saldría a colación, pero no imaginaba que fuera tan pronto. El hombre que tengo frente a mí no es persona de guardarse nada ni de dejar conversaciones pendientes, nunca lo fue, siempre insiste e insiste hasta que consigue de ti lo que quiere.

«Menos una vez…». Aquel día no insistió, le dio igual que le exigiese explicaciones. Me dejó marchar sin detenerme, y es porque ya se había cansado de mí.

—¿Me estás escuchando? —insiste de nuevo—. Hacer como si no hubiera pasado nada no va a hacer que me detenga, Alex.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto de vuelta, no estoy preparado para indagar sobre lo de anoche, ¿o sí?

—¿De ti? —inquiere, asiento con brusquedad—. Todo. Creí haberlo dejado claro. —Frunce el ceño—. Todavía luchas contra lo evidente, a pesar de haber dado un paso tan importante hace poco.

—Todo —mascullo—. ¿Ahora? —asiente—. ¿Qué te hace suponer que quiero volver a repetir la experiencia? Es decir, por mi parte continuamos en el mismo punto donde lo dejamos, con la diferencia de que he salido del armario.

—Te equivocas. —Alzo una de mis cejas—. Si no fueras tan obtuso, orgulloso e intransigente, te reconocerías a ti mismo que lo hiciste porque tenías miedo a que yo muriera. Mi accidente ha sido el punto de quiebre que necesitábamos ambos para romper la maldita rutina que llevábamos años viviendo.

—Lo único que reconozco es que sí, fue un jodido choque de realidad. —Lo veo sonreír complacido—. Consiguió que dejará de vivir una mentira, pero intentar algo contigo, ¿no sería continuar otra?

—¿Perdona? —pregunta ofendido—. No te sigo. Voy a sentarme, porque veo venir que no me van a gustar tus argumentos.

—Sabes por qué rompimos —lo escucho gruñir—. Y eso no va a cambiar.

—Mira. —Me observa, comenzando a enfadarse, puedo darme cuenta en su postura tensa—. Aquel maldito día no me defendí, permití que tu desconfianza acabara con lo nuestro o jamás tendría el valor de hacerlo yo mismo.

—No me jodas —escupo—. No podías defender lo indefendible.

—Solo viste lo que querías ver, Alexander —resuelve con rabia —. Y lo que yo dejé que pensaras. Nada más. Puede que sea más sociable que tú, más abierto en mis demostraciones de afecto, pero

aunque tú y yo ya no estábamos bien, te amaba demasiado como para serte infiel.

Sus palabras son como un mazazo para mí, me dejo caer en el sofá frente a él, sin dejar de mirarle, intentando averiguar si realmente dice la verdad o intenta engañarme para que acepte comenzar de nuevo una relación que puede que esté condenada al fracaso.

—Así que lo hiciste por… —dejo la pregunta en el aire, esperando una respuesta que me convenza, porque muy en el fondo debo reconocer que estoy rezando por escucharla.

—Tú no ibas a dar tu brazo a torcer. —Frunzo el ceño—. No estabas preparado en esa época para decir a los cuatro vientos que estabas saliendo con un hombre. Reconozco mi culpa por querer forzarte a ello y te pido perdón. —Trago saliva con fuerza con la esperanza de que el nudo de mi garganta desaparezca—. Y yo ya no podía más. —Agacha la cabeza derrotado—. Así que cuando viste esas fotos en la fiesta de Tex, y creíste que yo podía ser tan cabrón como para jugártela con otro, comprendí que era la única oportunidad de acabar con algo que iba a terminar conmigo.

En su voz hay tanto dolor que me siento como un cerdo egoísta. En aquella época, no era capaz de ver más allá del miedo a ser descubierto, al que dirán y, aunque sabía que Scott quería una relación que no tuviera que vivir a escondidas, jamás hice nada para cambiarlo. Frente a mí veo a un hombre derrotado al recordar un pasado muy distinto del que recuerdo, quiero correr y esconderme.

¿Tan equivocado he estado todo este tiempo?

Capítulo 17

Scott

Lo conozco bien, sus gestos, su forma de mirarme y ahora mismo está preparándose para marcharse, pero esta vez no se lo voy a permitir.

—No vas a marcharte, Alexander. —Sus ojos se abren como platos, se dibuja la sorpresa en su rostro—. Esta vez no va a funcionar, porque voy a luchar, haré lo que tenía que haber hecho en el pasado.

—No lo merezco, ¿no crees? —pregunta, rehuyendo mi mirada—. Fui un imbécil que te culpó de todo cuando el único culpable era yo.

—No fue exactamente así. —Me levanto y me siento a su lado—. Ya te he dicho que también fue culpa mía, me pasaba los días forzándote a hacer algo para lo que no estabas preparado.

—Y lo has terminado haciendo igual —me río ante su intento de broma.

—Puede. —Me encojo de hombros—. Juro que no fue premeditado. En ningún momento quise que un coche chocara contra mí y estuviera a punto de mandarme al otro barrio.

Su abrazo me toma por sorpresa, pero me recupero en el momento en el que lo siento temblar, por lo que lo envuelvo con los míos. No imaginaba hasta qué punto le había afectado mi accidente, por mucho que él mismo lo repitiera una y otra vez. Acaricio su espalda mientras siento su aliento contra mi cuello, mierda, esto no tendría que estar pasando así.

—No quería ponerte así, Alex —susurro, impregnándome de su olor—. ¿Continuamos hablando?

—¿Tenemos que hacerlo? —lo escucho murmurar, seguro que una sonrisa bobalicona debe adornar mi rostro, pero no me importa—. Estoy muy bien así.

—Créeme, cariño, yo también. —Se tensa un poco, y maldigo en silencio—. Pero me gustaría seguir hablando y teniendo tu cuerpo pegado al mío, muy pronto mi sangre abandonará mi cerebro para ir más hacia abajo, ¿comprendes?

Se separa de mí, y nos miramos a los ojos. Los suyos, como siempre, tan intensos, insondables a veces. Pero ahora solo refulgen como dos brasas encendidas. Consiguen encenderme a mí, mi mirada desciende hasta sus labios y me debato entre seguir hablando para aclararlo todo o enviarlo todo al infierno y follarlo como lo estoy deseando.

—No me mires así —le pido en un último intento de conservar la cordura.

—El que me está follando con la mirada eres tú ——rebate con la voz demasiado ronca para mi gusto, consigue que se me erice cada vello de mi cuerpo—. ¿Vas a hacer algo al respecto?

—¿Me das permiso? —pregunto con ironía—. Porque te advierto que esta vez no voy a ser sumiso, a la mierda ir con cuidado.

—Puedes hacerte… —lo acallo con un beso, sellando el rumbo de la noche.

Me devuelve el gesto con fervor. Sus manos se cuelan entre mi pelo y lo estira para que le dé mejor acceso. Nuestras lenguas se buscan ansiosas, mis manos se pierden bajo su sudadera, que no tardo en quitar, para deleitarme con su torso desnudo sin un gramo de grasa. Abandono su boca, aunque gruñe en protesta para saborear su piel expuesta, mi lengua paladea su sabor, es mi turno de emitir un sonido casi animal.

—O paras, o voy a terminar antes de empezar —resuella—. Scott —exclama cuando mi mano se pierde entre sus pantalones.

—Tienes demasiada ropa —mascullo, procedo a desnudarlo. Un deleite para la vista, después, lo hago yo. Deberíamos ir a la cama,

pero ahora mismo me importa una mierda la comodidad, solo quiero perderme en su interior—. ¿Por dónde íbamos?

—Por el momento en el que buscas condones —responde la voz de la razón, corro hasta mi habitación como mi madre me trajo al mundo, incluso derrapo y casi acabo estampado contra la cómoda en mi prisa por llegar—. ¡No te mates! —le escucho gritar, riéndose.

—Espera que acabe contigo —muerdo las palabras mientras me aseguro de coger un buen arsenal de condones y lubricante—. No reirás tanto…

—¿Qué murmuras? —pregunta en cuanto me ve aparecer—. ¿Estás bien?

—Si vuelves a preguntarlo, pienso amordazarte —amenazo, alza una de sus cejas oscuras—. ¿Podemos continuar ahora? —pregunto de nuevo mientras le muestro mi tesoro, solo asiente y traga saliva como si de pronto estuviera nervioso.

Lo dejo a un lado para tenerlo a mano y decido que es momento de volverlo loco de nuevo. Su mente ha vuelto a tomar el control y no puedo permitirlo. Me arrodillo y le obligo a abrirse de piernas para quedar entre ellas. Una de mis manos comienza a masajear sus bolas, echa el cuello hacia atrás gimiendo. Desciendo muy despacio para que sienta solo mi aliento sobre su erección, puedo oler su jabón en la piel y me encanta, me relamo ansioso por engullirlo, sin embargo, mi intención es hacerle perder la cordura antes de poseerlo por primera vez en mucho tiempo.

Soy consciente de que Alex está mejor dotado en el sentido de que su polla es más larga, la mía es más gruesa, por lo que debo prepararlo bien para que no duela y solo sienta ese placer abrasador que te hace ver las estrellas. Grita mi nombre cuando no lo demoro más y me la meto en mi boca, no despacio, sino de una vez y hasta el fondo. Me deleito con cada vena, con cada centímetro de piel, degusto su sabor, que me hace salivar mientras con una mano me ayudo a subir y bajar y con la otra jugueteo con su agujero. Con pericia, me unto un poco de lubricante, consiguiendo que dos de mis dedos entren en su estrechez, sé que está a punto de correrse por la tensión de su cuerpo. Alzo la mirada para encontrar la suya, muerde con fuerza su labio, por lo que muerdo con delicadeza la punta para

luego volver a la carga. Eso le hace estallar mientras lo acepto todo con deleite.

—¡Joder! —Lo escucho segundos después, intentando recuperar la respiración—. Te devolvería el favor si pudiera moverme, de verdad.

Estallo en carcajadas, me levanto y lo beso. Lo hacemos durante unos minutos hasta que siento que no puedo más, o consigo alivio o mis pelotas van a estallar. Me posiciono mientras no aparto la mirada de la suya para asegurarme de que está bien, voy adentrándome centímetro a centímetro mientras siseo ante el calor abrasador que me rodea.

—Mierda —espeto, quedándome inmóvil una vez estoy por completo en su interior—. Alex, no sé si voy a ser capaz de moverme. —Creo que he sonado tan asustado que alza la cabeza y me mira preocupado—. Si lo hago, me corro —gimoteo, avergonzado.

—La madre que te… —exclama—. Me habías asustado como la mierda. Muévete de una vez —exige, alzando la cadera, gimo echando el cuello hacia atrás mientras mis manos se aferran a sus muslos.

Obedezco, comienzo a bombear con brusquedad, porque siento que es lo que necesito. Si voy a durar nada y menos, al menos, debo conseguir que vuelva a correrse. Mientras mi mano comienza a masturbarlo, es demoledor, pero no me detengo hasta que ambos estallamos en un orgasmo que nos deja sin aliento.

—Creo que quieres matarme —escucho que murmura.

—Al menos, morirías feliz —rezongo, intentando moverme—. ¿Peso mucho? —espero que diga que no, porque me siento muy a gusto encima de él.

—Para nada —responde, y siento una suave caricia en mi espalda bañada en sudor—. Mientras estés cómodo…

—Mucho —asiento feliz, todavía estoy en su interior sobre él cuando me rodea con su cálido abrazo, ¿qué más puedo pedir?

Si no tuviéramos que levantarnos, me quedaría a dormir de este modo, pero mañana amaneceríamos con dolor de cuello asegurado, por lo que me levanto, le tiendo la mano que acepta sin dudar y me dirijo a la ducha. La compartimos y, como no podía ser de otra

manera, dejo que me devuelva el favor. Verlo arrodillado ante mí mientras me da placer es una de las mejores imágenes de mi vida con diferencia.

Al terminar, nos acostamos agotados, pero saciados. Dormir con Alexander a mi lado es algo a lo que podría acostumbrarme muy rápido.

¿Podrá hacerlo él…?

Capítulo 18

Alexander

No estoy dormido. El hombre a mi lado lo está y buena prueba de ello son sus ronquidos, ¿desde cuándo lo hace? Lo miro tentado a darle un codazo para conseguir que termine con semejante tortura. En vez de recurrir a la violencia, lo muevo con suavidad hacia el lado contrario, silencio al fin. Cierro los ojos dispuesto a dormir, no tengo ganas de irme a casa a estas horas, estoy muy calentito y relajado como para vestirme y coger el coche.

Me remuevo sintiendo mucho calor, una mano se aferra a mi cintura, intento alejarme, pero no me lo permiten, gruño entre la neblina del sueño.

—Estate quieto —murmura contra mi cuello—. Tengo frío.

Obedezco e intento volver a dormir, ¿qué hora será? Me tenso y reacciono sobresaltándolo, estiro el brazo en busca del reloj, suspiro tranquilizándome, son solo las tres de la mañana.

—¿Qué demonios haces, Alex? —masculla—. Tengo sueño…

—Y frío —añado, volviendo a acomodarme—. Pareces una vieja quejándote, Scott. Vuelve a dormir.

—Claro, ahora —exclama. Parece completamente espabilado—. ¿Estarás contento? —acusa.

Nos miramos. En otro momento, lo hubiera mandado a la mierda, pero ahora no sé por qué siento unas irrefrenables ganas de reír, tantas que no las puedo contener. La sorpresa se refleja en su cara segundos antes de imitarme. La estampa debe ser surrealista para cualquiera, para mí, sin embargo, es el reflejo de la felicidad.

«¿Cuándo reí de esta forma por última vez?», me cuestiono a mí mismo. Ni siquiera lo recuerdo. Cuando nos calmamos lo suficiente, me doy cuenta de dos cosas, que Scott ya no está molesto y que su entrepierna está más que contenta de estar despierta. Una sonrisa pícara se dibuja en mi cara antes de que mi mano vaya directa hacia la Torre de Pisa que apunta hacia mí llamando demasiado mi atención.

—Joder —exclama sorprendido—. Deberíamos intentar volver a dormir… —balbucea.

—Cuando termine contigo, seguro que coges el sueño enseguida —le prometo. Después lo beso, y ninguno de los dos vuelve a hablar en lo que queda de noche.

◆◆◆

Me he asegurado de no dormirme. Dos veces en una semana, y Ethan me mata, con justa razón, debo añadir.

Me levanto de la cama sin despertar a Scott. Me doy una ducha rápido y me visto, tengo que ir a mi casa, cambiarme y salir pitando hacia la empresa. Ojalá fuera sábado para poder quedarme con él, y esto es justo lo que quería evitar, siempre ha sido como una droga para mí, la cual no sé si es sana o no.

Le dejo una nota para que no crea que me he ido a escondidas y su mente comience a divagar. Cuando salgo a la calle, el frío del invierno golpea mi rostro, por lo que corro hasta mi coche, enciendo

la calefacción y arranco, alejándome de Scott una vez más, con la diferencia de que esta vez tengo la intención de que no sea para siempre. Me he dado cuenta de que no quiero seguir anclado en el pasado. Por primera vez, le creí cuando me explicó lo sucedido y no quiero seguir guardando rencor. Ambos nos equivocamos en muchas cosas, tal vez no era el momento para estar juntos por mucho que nos quisiéramos. Por eso, hemos necesitado unos cuantos años de separación, de crecimiento y madurez para afrontar de nuevo la idea de volver a intentarlo. Que ninguno de los dos haya tenido relaciones serias, peor aún, que no hayamos sentido la necesidad o nadie nos haya hecho replantearnos nuestras decisiones debe demostrar algo.

Con una nueva convicción, y sin la lucha interna que siempre acostumbro a llevar a cuestas, el día comienza muy distinto a los demás. Al entrar a mi despacho, lo hago con una sonrisa, hasta mi secretaria Aysha me mira sorprendida, por lo que, cuando Ethan entra poco después, no me sorprende para nada su comentario.

—Sea quien sea, dale las gracias de mi parte. —Es su forma de saludarme—. El otro día lo hubiera matado por hacerte llegar tarde, pero hoy… —niega incrédulo con una amplia sonrisa en su rostro.

—Buenos días a ti también —respondo sin que su comentario me afecte lo más mínimo.

—¿Cuándo voy a tener el honor de conocerlo? —pregunta—. Mi mujer y Anthony ya lo conocen. —Se cruza de brazos.

—No tengo la culpa de que mi mellizo sea peor que una vieja alcahueta. —Me encojo de hombros—. Y Emma parece seguirle el juego cuando le da la gana. Tal vez deberías tenerla más entretenida, hermano.

—Te aseguro que la entretengo mucho —rebate con una sonrisa de suficiencia que me recuerda a cuando lo conocí—. No me cambies de tema —advierte—. Esta noche cena en mi casa.

—No —exclamo—. ¿Te has vuelto loco? Vives cerca de nuestros padres. Ellos no conocen a Scott.

—No seas paranoico —espeta—. Ellos no vienen a casa y mucho menos sin avisar. Si lo hacen, diré que es un amigo y listo.

—No voy a negarlo —niego—. Que no esté preparado para presentarlo no significa que vaya a seguir escondiéndolo.

—Y eso es lo que esperaba escuchar. —Aplaude dispuesto a salir del despacho—. Sed puntuales, o Emma os mata —bromea.

Cuando se cierra la puerta, comienzo a trabajar como cada día, pero siento que algo dentro de mí ha cambiado y debo agradecérselo a cierto rubio con el rostro repleto de pecas y sonrisa constante en sus labios.

Me tomo un descanso y decido llamarlo para asegurarme de que está bien, no creo que el miedo vaya a desaparecer con rapidez. Tarda en cogerlo, de hecho, me salta el contestador, vuelvo a intentarlo y escucho su voz adormilada.

—¿Qué pasa, Alex? —compruebo la hora y frunzo el ceño.

—¿Estás bien? —cuestiono preocupado—. Nunca te levantas tan tarde.

—No lo hubiera hecho si cierta persona no me hubiera despertado a las tres de la mañana —replica con ironía.

—Siempre madrugas —insisto para asegurarme de que dice la verdad.

—Cuando tengo que trabajar —rebate—. Pero como no tengo que hacerlo, puedo permitirme remolonear en la cama hasta que me canse —lo escucho suspirar—. ¿Qué haces?

—Preparar varios casos —respondo—. No todos podemos quedarnos en la cama —le sigo la broma—. Te llamaba para informarte que pasaré a por ti a las ocho, Ethan nos ha invitado a cenar.

—¿Perdón? —escucho cómo se levanta, incluso puedo imaginarme su cara de horror—. Creo que es demasiado pronto para comidas familiares, Alex. Ni siquiera sé en qué punto estamos, y tú me sueltas esto.

—Oye —interrumpo antes de que le dé un ataque de nervios que no puedo controlar desde aquí—. A Emma ya la conoces, y mi hermano mayor no se come a nadie —río porque lo escucho farfullar algo que no logro comprender—. ¿Te digo un secreto? No es tan fiero como quiere hacer creer a los demás, por lo que no va a pasar nada.

—¿Tú estás seguro? —cuestiona preocupado—. No quiero que luego te sientas presionado o confundido y me mandes a la mierda. Cuando se te cruzan los cables, soy yo quien lo paga —gruñe.

—¿Scott? —guarda silencio de nuevo—. Estoy muy seguro. Has logrado convencerme, ¿no estás contento?

Silencio… Miro el teléfono por si la llamada se ha cortado, vuelvo a acercarlo a mi oído, escucho cómo respira, por lo que sé que sigue ahí, intentando digerir mis palabras.

—No puede haber sido tan fácil. —Una carcajada brota de lo más profundo de mi garganta—. Y me lo suelta así —amonesta—. Espera que te pille.

—Podrás castigarme esta noche, tengo que dejarte —le digo—. Tengo una reunión en cinco minutos.

—Acaba con ellos —dice para animarme—. No espero menos de ti, Sinclair.

—Por supuesto, Davis —me jacto—. A las ocho.

Cuelgo en el momento en que mi secretaria entra en mi despacho sin llamar, una puñetera mala costumbre que comienza a agobiarme, pero como es eficiente, intento pasarlo por alto. Me informa de que todo está preparado, me levanto y arreglo la corbata, salgo tras ella hacia la sala de juntas, cierro la puerta y cumplo la promesa a mi chico.

«Chico…». Me gusta, pienso intentando no sonreír como un imbécil y que mi competencia crea que me he vuelto loco. En los juzgados, se me conoce como un tiburón, incluso más agresivo que Scott. Me he ganado la fama a pulso y me importa una mierda lo que piensen los demás.

Las horas pasan lentas, y a las seis, me marcho a casa, sorprendiendo a muchos, ya que suelo ser de los últimos en marcharme, o lo era cuando no tenía a nadie esperándome.

Capítulo 19

Scott

Estoy de los nervios. Falta menos de media hora para que Alex venga a por mí, y sé lo puntual que es, y todavía dudo sobre qué camisa elegir. ¿Blanca o azul? No entiendo por qué siento como si fuera a conocer a sus padres, solo es su hermano mayor, joder. Sé por Anthony que Ethan también ha ayudado a que diera el paso, de hecho, fue él quien abrió la caja de Pandora.

—Ya está aquí —exclamo cuando suena el timbre—. Va a matarme. A tomar por culo, la blanca. —Me la pongo deprisa mientras abro la puerta.

—¿Todavía así? —Ruedo los ojos porque sabía de antemano lo que iba a decir, es alucinante lo que le conozco, aunque haya pasado tiempo desde que estuvimos juntos—. ¿Qué pasa? —pregunta—. Si dudas, no quiero obligarte a hacer nada para lo que no estés convencido.

—Alto ahí —interrumpo antes de que entre en bucle, lo hace con una facilidad pasmosa—. Lo único que no tenía claro era si elegir la camisa blanca o azul.

—¿Me estás vacilando? —cuestiona—. No respondas. —Cierro la boca y me encojo de hombros—. Vamos o llegaremos tarde.

Cojo las llaves, la cartera y el móvil. No salgo de casa sin antes ponerme un poco de perfume, mirarme en el espejo de la entrada para asegurarme de estar presentable mientras lo escucho mascullar algo que no logro comprender.

—¿Qué tal el día? —Cierro con llave y lo sigo al ascensor.

—Genial —replica, apretando el botón, las puertas se cierran, repiquetea, demostrando que está nervioso—. ¿Y el tuyo?

—Aburrido —respondo, intentando que el nudo que tengo en el estómago desaparezca—. ¿Viene Anthony?

—No lo sé —dice—. Hoy ha salido temprano, cuando eso pasa es porque se siente cansado.

—Vaya mierda —mascullo, odiando que le pase tan seguido—. ¿Crees que debería llamarlo?

—Esperemos a llegar a casa de Emma y Ethan —aconseja mientras entramos en el coche—. Puede que esté allí solo para partirse el culo con nosotros.

—Pues qué simpático —bromeo, intentando aligerar el ambiente.

—¿Verdad? —cuestiona riendo—. Siempre ha sido así y no va a cambiar. ¿Te has sentido bien?

—Sí, no seas pesado —gruño—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¿O demostrártelo? —Alzo las cejas un par de veces, niega como si me diera por un caso perdido—. Estoy más que dispuesto, Sinclair.

—Tendrá que ser un poco más tarde —replica burlón—. Y para entonces, puede que no te deje. ¿Qué harías?

—¿Un reto? —pregunto sorprendido—. Sabes que me encantan y que suelo ganar siempre —añado con confianza.

—¿Contra mí? —Me mira por una fracción de segundos, después mira la carretera—. No estés tan seguro, Scott. Llegamos —anuncia, miro a mi alrededor

—Lo has hecho aposta —acuso—. Gracias —sonrío, me devuelve el gesto, se acerca y me da un suave beso que me sabe a gloria.

—No he hecho nada —replica, haciéndose el tonto—. Venga, quiero ver a Giselle.

No nos da tiempo ni de llamar al timbre, Ethan abre la puerta como si hubiera estado esperando tras ella, Emma lo confirma minutos después.

—Pasad —invita—. Debes ser Scott, encantado de conocerte al fin.

—Igualmente —respondo, intentando aparentar una calma que no siento—. Gracias por invitarme a vuestra casa.

—Venid, Emm está en la cocina. —Lo seguimos y nos recibe nuestra anfitriona, que está sentada al lado de su hija—. Mira quién ha llegado.

—Dichosos los ojos, mi pareja favorita—saluda encantada de vernos—. Acercaos para darme un beso, anda.

Lo hacemos, primero Alex, que, como es lógico, se siente como en su casa, de inmediato, coge a su sobrina en brazos, está encantada de ser el centro de atención, ya que mientras la sostiene, no paro de decirle lo bonita que es.

—Mientras os sentáis y charláis un poco, voy a acostarla —dice nuestro anfitrión—. Hemos alargado un poquito su horario para que la vieras despierta, pero esta pillina ya tiene sueño.

Me doy cuenta de que la mesa está puesta y todo en orden. Alex se levanta y abre la nevera, tal y como se lo indica, y saca un par de cervezas y algo de picar que ya está preparado. Vuelve a sentarse a la espera de que Ethan duerma a la niña para comenzar.

—La cena debe estar a punto de llegar —anuncia cuando vuelve a la cocina

—Podría haber cocinado, pero aquí el tirano que tengo por marido se ha negado en redondo, lo siento, chicos.

—Seguro que, sea lo que sea que mi hermano haya escogido, estará delicioso.

El timbre suena, y nuestro anfitrión corre hacia la puerta.

—Mierda, que la despierta. —Me río, porque la escena me ha parecido muy cómica.

—Espero que no seas vegetariano, Scott —exclama al volver con varias bolsas que desprenden un aroma delicioso. Solo niego con la cabeza—. Pues menos mal —suspira teatralmente.

—Te ayudo —dice Alex. Me ofrezco también, pero ninguno de los tres me lo permiten—. Mi madre nos mataría si dejáramos que un invitado moviera un dedo —añade.

Aunque hablo con Emma, no me pasa desapercibido la conversación que mantienen los dos hermanos no muy lejos de mí.

—Algo más sencillo también habría servido —sisea, intentando que solo lo escuche Ethan.

—Lo mejor para mi hermanito y su novio —me giro sorprendido para ver cómo le guiña un ojo. Alexander se sonroja—. No me jodas, Alex —se burla al darse cuenta—. Sabes que esto pienso recordártelo de por vida, ¿verdad?

—Muy gracioso —masculla, empujándolo con su hombro—. Pon la mesa y calla.

Cuando vuelvo la mirada hacia Emma, ella solo me mira sonriente, dejándome claro que también lo ha escuchado. Cuando todos ya estamos sentados, comenzamos a cenar. Como suponía, todo está delicioso y la conversación es tan amena que en ningún momento me siento fuera de lugar. Comprendo por qué Alex adora a Ethan, a pesar de que no crecieron juntos, no solo es la conexión de hermanos, es que es un buen tío, al igual que Anthony. En momentos como estos, echo de menos a mi familia y me hace ser más consciente de lo que he ido perdiendo por el camino.

¿Me arrepiento? Por supuesto que no. Vivir como ellos dictaban no era una opción para mí, nunca he sido más libre que ahora y, aunque el precio ha sido alto, estoy convencido de que formaré mi propia familia, una que no me juzgará y solo querrá para mí la felicidad y libertad de amar a quien mi corazón ha elegido, ni más ni menos.

Capítulo 20

Alexander

—¿Estás bien? —pregunto, y asiente sonriendo—. De repente, te has puesto serio.

—Tonterías mías —replica—. No te preocupes —añade en un intento de tranquilizarme.

—Scott, ¿qué planes tienes para tu trabajo? —la pregunta de Ethan nos llama la atención, le mira sin comprender—. Bueno, salir con el abogado principal de la competencia no es lo más adecuado…

No lo había pensado, ¿por qué coño no lo he hecho? Contengo el aliento a la espera de la respuesta de Scott. Debo reconocer que estoy acojonado en estos momentos

—No empieces, Ethan —espeto ante su silencio—. ¿Tenemos que hablar de eso ahora mismo?

—Te recuerdo que gracias a vosotros perdí el trabajo en Tex —inquiere—. Sé cómo se las gastan, nos ven como el enemigo, no quiero que Scott tenga problemas.

—No me lo había planteado, la verdad —agacho la mirada a la espera de la estocada final—. No deberían meterse en mi vida privada. De hecho, nadie tiene por qué… —Se calla al ver las

miradas tanto de Emma como la de mi hermano—. Joder, tenéis razón, no pienso esconderme.

—No seamos tan alarmistas —intercedo—. Nadie tiene porque enterarse. Como dice Scott, se trata de nuestra vida privada.

—También lo era la mía —rebate Ethan—. Quienes fueran mis padres no tendría por qué haber influido en mi trabajo, ¿no crees?

—Dejemos el tema —ordeno, al darme cuenta de que Scott se mantiene en silencio, imagino que en su cabeza deben estar sonando miles de alarmas—. Será mejor que vayamos saliendo, es tarde y debéis descansar.

—Alex, no queríamos molestarte —intercede Emma—. Ethan, di algo —amonesta—. No hace falta que os vayáis.

—No voy a disculparme por preocuparme por ellos —replica con cabezonería, ganándose una mirada de enfado por parte de su mujer al no querer dar su brazo a torcer.

—Alex, para —me pide Scott—. No pasa nada. Entiendo su preocupación. Si llega el caso, buscaré trabajo en otro lugar. No voy a volverme loco por eso ahora ni dejar que joda lo nuestro.

—Sabía que era el indicado —aplaude Emma—. Ethan puede contratarte —exclama como si hubiera encontrado el Santo Grial.

Ethan ni se inmuta, Scott parece incómodo y, aunque eso no debería molestarme, lo hace. Es como si retrocediera en el tiempo y sintiera de nuevo el rechazo hacia lo mío, hacia mi familia.

—Creo que Scott será muy capaz de encontrar un trabajo lo suficientemente bueno para él —replico entre dientes—. Nos vamos, buenas noches.

Salgo de la casa sin molestarme en comprobar si me sigue o no, lo hace, pero un poco después, cuando ya estoy montado en el coche y dispuesto a irme sin él. Cierra de un portazo cuando se digna a aparecer. No me pasa desapercibido que mi hermano nos observa desde el porche, acelero y salgo rumbo a su apartamento en completo silencio.

—¿A qué cojones ha venido eso? —pregunta molesto, no tengo ninguna intención de responder y comenzar una discusión—. Alex —apremia—. Te estás comportando como un niñato, joder.

—No tengo ganas de hablar, Scott, así que mejor que no me sigas tocando los huevos —espeto sin perder de vista la carretera.

—¿Esto es porque no he perdido el culo aceptando la oferta de Emma? —cuestiona incrédulo—. ¿Te das cuenta de lo inmaduro que estás siendo ahora mismo?

—Soy todo lo que tú quieras —inquiero, alzándome de hombros —. Lo mejor será que no nos vean juntos, y así te ahorras problemas.

—Te he dicho que no voy a esconderte —rebate—. ¿Qué más quieres? —pregunta furioso.

—Que no desprecies algo tan importante para mí y mi familia como lo es Sinclair Pharmaceuticals —respondo sin poder contenerme—. Lo hiciste hace años y vuelves a hacerlo cuando sabes que es mucho mejor que Tex.

—Vuestra rivalidad comienza a tocarme la moral —escupe—. Hace años quise abrirme camino por mí mismo y no por follarme al hijo del jefe, llámame loco, Alexander —añade con ironía.

—Ethan no te da el puesto por eso, y lo sabes —defiendo a mi hermano—. Eres de los mejores abogados de la ciudad, y él es

consciente de eso. Juntos seriamos invencibles, no entiendo dónde está el problema.

—Justo eso —señala, le miro de reojo—. Que no lo ves porque estás siendo egoísta.

Me río sin ganas ante su acusación, que quiera ofrecerle un mejor trabajo y estar juntos sin ninguna sombra acechando es ser un egoísta. No vuelvo a pronunciar palabra, aunque me muero por gritar. La rabia bulle en mi interior, pero no seré yo quien le obligue a tomar ninguna decisión que no desee.

—Buenas noches —me despido en cuanto llego hasta su edificio, lo escucho suspirar y mascullar algo que no logro comprender.

—¿No te quedas? —cuestiona—. ¿Es tu forma de castigarme?

—Está claro que tienes una buenísima impresión de mí —me burlo, mirándole por primera vez desde que hemos salido de la casa de mi hermano—. No tengo ninguna necesidad de castigarte, no estoy de humor para nada y no quiero continuar una discusión que no nos va a llevar a ningún sitio. Por eso, prefiero irme a mi casa.

—De puta madre, Alexander —exclama, saliendo del coche—. Buenas noches.

El portazo retumba en todo el coche, y maldigo porque sabe que odio que haga eso. Lo veo andar airado hasta entrar, aun así, espero hasta que las luces de su apartamento se encienden para continuar hasta el mío. Cuando llego, mi malhumor no ha mejorado y no creo que lo haga, por su culpa no pegaré ojo pensando que estaría mejor a su lado.

—Maldito cabezota —siseo, dirigiéndome al baño, me desnudo y me vuelvo a duchar.

No me molesto ni en vestirme, me tiro sobre la cama y miro al techo pensando en todo lo que ha pasado esta noche. Todo iba bien hasta que Ethan, como es lógico, ha verbalizado sus temores. Sé que lo ha hecho por mí, pero también por Scott, aunque este no sea capaz de entenderlo. No sé si mi reacción es desproporcionada o no, si estoy siendo egoísta tal y como me ha acusado, pero me siento tan dolido que no soy capaz de ver más allá. ¿Qué tiene de malo Sinclair Pharmaceuticals? Peor aún, ¿qué tiene de malo ser mi pareja? Conozco muchas que trabajan juntas, y eso no supone un problema, lo cierto es que a mí me encantaría formar equipo con Scott.

Me llega un mensaje, levanto la cabeza de la almohada y me pienso mucho si mirar quién es o dejarlo para mañana. Si es Scott, no quiero seguir discutiendo.

—A la mierda —maldigo alcanzándolo, desbloqueo la pantalla y, como suponía, aparece su nombre.

Odio cuando haces algo así. La noche había sido perfecta, pero estaba deseando estar solos. Sin embargo, ahora tú estás en tu cama maldiciéndome, y yo en la mía, cagándome en tu orgullo.

Espero que puedas dormir, no hace falta que mañana vengas a mi casa, seré yo quien no quiera verte. Buenas noches, Alexander.

Lanzo el teléfono de vuelta la mesilla, detesto que me haga sentir culpable. Me cuesta horrores dormir, por lo que al despertar mi malhumor no ha mejorado, y hoy tengo un día movidito en los juzgados. Escojo mi mejor traje, me peino el pelo hacia atrás y utilizo mi perfume de la suerte, la voy a necesitar.

Capítulo 21

Scott

Tras pasar una noche en vela dándole muchas vueltas, me he levantado temprano para dirigirme a las oficinas de Tex, he presentado mi dimisión y he ido a ver a Ethan. Hemos hablado durante un buen rato, el que me ha podido dedicar siendo un hombre tan ocupado, algo que le he agradecido de corazón, porque si no hablaba con alguien, sentía que iba a explotar.

Al salir a la calle, todo parece distinto, aunque nada haya cambiado. Me siento libre, respiro hondo y observo el edificio que acabo de abandonar sabiendo que he hecho lo correcto, y no porque Alexander se enfurruñara como un niño, sino porque tras pensarlo mucho, entendí que Ethan tenía razón y no pienso vivir ocultando a quien amo para conservar un trabajo que llegaría a odiar. Me encantaría llamar a Alexander para informarle de mi decisión, pero pienso cumplir con lo que le dije anoche, no voy a llamarlo ni quiero verlo, aunque en el fondo me muera por hacerlo.

—¿Qué haces aquí parado como un pasmarote? —volteo con rapidez por la sorpresa para ver a Anthony tras de mí.

—Maldición —exclamo—. ¿Quieres matarme?

—¡Qué delicados sois! —se burla—. ¿Has venido a ver a Alex? Porque creo que hoy estaba a tope en los juzgados.

—No —respondo—. He venido a hablar con Ethan. Ya he terminado…, ¿y tú?

—Descanso —sonríe con picardía—. ¿Almuerzas conmigo? No me gusta hacerlo solo.

—Claro, ¿por qué no? —replico aceptando—. ¿Ibas a algún sitio en concreto?

—La verdad es que sí —dice —. Me gusta ir a una cafetería que está a unos diez minutos en coche…

—Pues vamos —señalo donde tengo aparcado el mío—. Después te llevo donde quieras.

Me indica, y como ha dicho, llegamos relativamente rápido. No entiendo que es lo que le gusta tanto, ya que es de lo más normal, aunque está llena, y me doy cuenta de que todos son enfermeras o médicos, recuerdo que el hospital está aquí al lado y lo miro interrogante.

—¿No puedes dejarlo pasar? —pregunta, niego con la cabeza mientras esperamos a ser atendidos—. Joder —masculla—. Vale, me lo merezco por ser un entrometido. Vengo a ver a Maya…

—¿Maya? —frunzo el ceño, porque me suena el nombre—. ¿Es tu novia?

Ríe negando con la cabeza y, aunque intenta ocultarlo, veo cómo su mirada se oscurece. Nos traen el almuerzo, por lo que nos mantenemos en silencio hasta que volvemos a quedarnos solos.

—Es una de las enfermeras de la planta de cardiología —explica mientras mira a nuestro alrededor—. Y hermana del chico que chocó contigo.

—¿Y quieres verla por…? —cuestiono con tiento, sospechando la respuesta.

—Cuando no tengo alguna revisión, paso mucho tiempo sin verla —suspira, me mira algo avergonzado—. Ella es lo único bueno de esos días en los que me pierdo por los pasillos de cardiología.

—Anthony —digo conmocionado al percibir el dolor en su voz—. Te gusta mucho, ¿verdad?

Vuelve a dedicarme esa sonrisa que pretende ocultar una tristeza que se refleja en sus ojos, tan parecidos a los de su hermano. Juega con la comida de su plato, hasta que se queda inmóvil mirando tras de mí, me giro y la veo. Una muchacha bajita y delgada, demasiado, de cabello castaño recogido en una coleta y rostro contraído por el dolor.

—Joder —exclamo—. Estás enamorado de ella —afirmo, ya no pregunto, porque me he dado cuenta de cómo la mira. El anhelo es casi palpable—. ¿Qué haces aquí conmigo en vez de hablarle?

—No tengo ningún motivo para hacerlo —responde sin dejar de observarla—. ¿Crees que no quiero acercarme y abrazarla? Su hermano no ha despertado del coma, ella se está consumiendo cada día, y yo…

Cierra los ojos, agacha la cabeza derrotado, y a mí se me parte el corazón. ¿Por qué la vida es tan injusta con este chico?

—Imagino que os conocéis bastante, acércate y entabla una maldita conversación —siseo furioso—. No es tan difícil. Hablas por los codos, Anthony.

—Con Maya, no —replica—. Tiene unos preciosos ojos verdes que te atrapan, pero a la vez son tan fríos, sobre todo, desde el accidente. En mi última revisión, fue ella la que me atendió y, aunque le pregunté, no conseguí gran cosa. Es desconfiada por

naturaleza, ¿crees que no lo he intentado? —inquiere frustrado—. Mis chistes no le hacen gracia, es más, la exasperan, a veces creo que me odia.

—¿Cómo va a odiarte? —alzo la voz, me insta a que la baje con un gesto de enfado—. No te conoce, nadie que lo haga podría hacerlo, así que mueve el culo —ordeno, señalando hacia donde está sentada completamente sola—. Ve allí y almuerza con ella. Te espero aquí para llevarte de vuelta al trabajo.

—Ni de coña —niega como si la sola idea le aterrara—. No quiero molestarla. Solo tiene media hora, de la cual le sobrarán quince minutos para ir a ver a su hermano.

—¿Eres consciente de lo psicópata que has sonado? —bromeo para intentar que el tormento desaparezca de su mirada—. Podría hacerlo yo… —pienso en voz alta, se levanta con brusquedad—. ¿Dónde vas? —cuestiono cuando me doy cuenta de que se dirige hacia la puerta.

Pago la cuenta y corro tras él, lo detengo calle abajo, porque ni siquiera me ha esperado para que lo lleve de regreso. Forcejea, pero no demasiado, incluso ya puedo escuchar cómo tiene dificultad para respirar.

—Anthony, debes tranquilizarte —ordeno quedando frente a él —. Mírame —lo hace—. Lo siento, ¿vale? No haré nada que tú no quieras, ahora intenta respirar más despacio.

Veo cómo lucha por conseguirlo y comienzo a asustarme cuando no lo logra, ¿tendré que llevarlo al hospital? ¿Cómo le digo a Alex que yo soy el culpable? Me odiará, y con justa razón. Intento mantener la calma para poder ayudarlo, aunque esté muriéndome de miedo.

—¿Anthony? —Una voz de mujer nos sorprende a los dos, me giro para ver a la joven enfermera observándolo con preocupación—.

¿Estás bien? —Él no es capaz de hablar, por lo que ella se posiciona de frente y comienza a darle instrucciones para que respire, veo anonadado cómo con rapidez toma el mando de la situación que yo creía perdida, y poco a poco vuelve el color a su rostro.

—Eso es —dice con dulzura—. Acompáñame al hospital para asegurarme de que todo está bien, Anthony.

—No —exclama, ella lo mira contrariada—. Ya estoy bien, Maya. No es necesario, muchas gracias por tu ayuda.

—¿No tienes control? —pregunta—. No me suena haber visto tu nombre en la lista…

—No hasta el mes que viene —replica, intentando recomponerse—. Ha sido bueno verte —cabecea y me mira para que nos pongamos en marcha—. Debo regresar al trabajo.

—Creía que trabajabas en la empresa de tu familia. —Frunce todavía más el ceño—. Eso queda un poco lejos de aquí…

—Lo he traído yo —intercedo, llamando su atención—. Me gusta esta zona, antes vivía por aquí —sonrío para hacer más creíble mi mentira.

—Usted también me suena… —parece intentar recordar, sé el momento exacto en el que lo hace, porque palidece y se tambalea, me apresuro a cogerla del brazo, aunque Anthony se me adelanta—. Es el hombre que mi hermano… —de nuevo guarda silencio—. Me alegro mucho de que esté recuperado, no sabe cuánto lo siento, yo…

Mi cuñado maldice cuando sale corriendo, me siento tan culpable en estos momentos que me daría un par de bofetadas. Ninguno de los dos la seguimos y, cuando la perdemos de vista, insto a Anthony a que se mueva, es hora de marcharnos.

—No sé en qué mierda estaba pensando viniendo aquí —masculla, mirando por la ventanilla—. No volveré a hacerlo.

—No soy el más indicado para dar consejos —comienzo a decir —. Pero si fuera tú, iría a por todas.

—¿Para qué? —cuestiona furioso—. ¿Para no poder ni tocarla? Ella merece un hombre capaz de darle todo lo que yo no puedo, ni siquiera sé cuándo voy a morirme, joder.

—Será mejor que te lleve a casa, descansa y tranquilízate —le digo preocupado—. Hablaré yo mismo con Ethan si es necesario.

—Odio toda esta mierda —masculla—. Ellos llaman a esto vida normal —se burla—. Mientras disfrutan de todo lo que a mí puede matarme. Para vivir así, prefiero morirme —termina susurrando. Doy un frenazo que le sorprende, menos mal que ya estaba aparcando frente a la casa Sinclair.

—Nunca más vuelvas a decir algo así, mucho menos, pensarlo —reprendo—. Por favor, entra y descansa. Mañana verás todo de otro color…

—Sí, más negro que hoy —musita abriendo la puerta—. Gracias por todo, Scott —asiento. Antes de cerrar, me mira de nuevo—. Y habla de una vez con Alex, porque somos nosotros los que aguantamos su mala leche.

Se marcha dejándome con una sensación agridulce, estar cerca del menor de los Sinclair siempre es un tiovivo de emociones. Por una parte, es divertido y consigue hacerte olvidar cualquier problema con sus tonterías, muchos incluso lo acusarían de inmaduro. Pero a la vez, tiene esa sombra oscura que le hace decir y pensar cosas que duelen, sobre todo, porque son ciertas.

Me marcho y regreso a mi apartamento teniendo otra visión de la vida. Es curioso, porque estas semanas me ha pasado en más de

una ocasión. Y en todas ellas ha sido Anthony el que me ha abierto los ojos. Suspiro mirando por el gran ventanal, viendo cómo la gente camina deprisa ajena a los problemas de los demás, inmersos en sus vidas caóticas.

—Es hora del gran cambio —susurro.

Envío un mensaje a Alexander con la esperanza de que me haga caso y acuda a mi llamada. Tenemos mucho de lo que hablar.

Capítulo 22

Alexander

Al llegar a mi despacho después de varios juicios, me doy cuenta de que mi hermano no está en el suyo. Me preocupo porque, siempre que pasa eso, significa que no se ha sentido con fuerzas para seguir en su puesto. Lo llamo, pero no coge el teléfono, poco después vibra y me apresuro a leer el mensaje, creyendo que se trata de Anthony.

—Vas a volverme loco —susurro al ver que se trata de Scott—. ¿No se suponía que no quería verme? —me pregunto para mí mismo, aunque no puedo evitar sonreír. Ese efecto tiene en mí, por suerte o por desgracia, es capaz de cambiar mi estado de ánimo con unas pocas palabras.

Solo consigo tranquilizarme cuando consigo hablar con mi mellizo, que me dice que está en casa y bien, que deje de darle la lata, una respuesta muy de su estilo. Me concentro en mi trabajo y, a las seis con todo listo, decido que es el momento de irme a mi casa, después de más de diez horas, me siento exhausto. Intento ignorar la petición de Scott, pero me encuentro duchándome y arreglándome para ir a su encuentro.

—Solo lo hago porque quiero saber qué demonios quiere ahora —hablar solo se está convirtiendo en una mala costumbre.

Conduzco mientras escucho en la radio *Hate You*, de Jung Kook, dejo que su voz y la letra de la canción me atrapen. Recorro las

calles de Boston hasta llegar al apartamento de Scott. Mientras el ascensor me lleva hasta la quinta planta, muevo mi pie con nerviosismo, ¿alguna vez dejaré de sentirme como un adolescente a la espera de ver a su primer amor?

—Creía que no vendrías —me espera en la puerta—. Gracias por venir. Pasa —me invita, va vestido con un pantalón negro de chándal y una sudadera, me recuerda a nuestra época en la facultad.

—¿Para qué querías verme? —cuestiono al darme cuenta de que la mesa está puesta para dos—. Pensé que seguirías furioso…

—Y lo haría —interrumpe mientras comienza a servir el vino—. Siéntate, por favor.

Lo hago mientras se marcha y saca algo del horno. Se me hace la boca agua al ver el pollo con verduras, el olor llena la estancia, y me recuerda al hogar, a mi casa, a mi madre. Es entonces cuando comprendo que Scott siempre será mi lugar seguro, observar cómo se mueve por la cocina es casi hipnótico y disfruto de las vistas, no voy a negarlo.

—Bien —dice cuando se sienta frente a mí—. Sabes que no me gusta andarme con rodeos, por lo que voy a ir al grano —Asiento—. Anoche me tocaste mucho los huevos, y no en el buen sentido, Alex. —Alzo una de mis cejas—. No hagas eso —gruñe—. Sabes que actuaste como un imbécil, pero yo a diferencia de ti, soy capaz de pensar, y como no he dormido una mierda por tu culpa, llegué a la conclusión de que teníais razón.

—¿Sobre qué? —pregunto tras dar un sorbo a mi copa—. Porque anoche se habló de muchas cosas, Scott.

—Sobre Tex —responde—. Hoy me he reunido con ellos y he presentado mi dimisión. Mañana empiezo en Sinclair Pharmaceuticals.

—¿Perdón? —exclamo sorprendido—. ¿Se puede saber cuándo has decidido todo eso? ¿Sin consultarme?

—Pero si anoche te enfadaste porque me negué —acusa—. ¿Pretendes volverme loco?

—Scott, no quiero que hagas las cosas presionado por mis reacciones —intento explicarme—. Tienes razón, ¿de acuerdo? —me urge que entienda que no quiero esto, no, de esta manera.

—Ya está hecho, Alex —dice con una tranquilidad que me parece irreal—. Por fin, soy libre, somos libres —sonríe, y mi corazón da un vuelco dentro de mi pecho—. ¿Por qué das por hecho que lo que hago es por obligación? Hablaste con tus padres por mí, ¿acaso crees que te amo menos que tú a mí?

Amor… Una palabra con un significado enorme. Siempre he sabido que no soy hombre de tener muchas relaciones, uno de mis miedos era no ser capaz de amar, pero sí, puedo hacerlo, solo que entregué mi corazón a Scott y no creo que vaya a recuperarlo jamás.

—¿No dices nada? —pregunta dolido, parpadeo, de nuevo mis pensamientos y emociones se agolpan en mi mente—. No puedes acusarme de algo, y cuando lo arreglo, enfadarte por ello. Esto no funciona así, Alexander… —me levanto y lo cojo del brazo a través de la mesa que nos separa y pego mis labios a los suyos para acallarlo.

No tarda ni medio segundo en responderme. Nos besamos con delicadeza, despacio, bebiendo nuestros alientos hasta que tenemos que separarnos para poder respirar. Nos miramos a los ojos, y tras varios segundos en los cuales nos perdemos el uno en el otro, comenzamos a sonreír como un par de bobos.

—Entiendo entonces que estás contento —replica sentándose, lo imito—. ¿Qué te parece tenerme hasta en la sopa?

—Ahora, ¿contra quién voy a competir en los juzgados, Davis? —cuestiono con ironía, estalla en carcajadas mientras me mira como si fuera un caso perdido—. Joder, va a ser aburrido de la hostia.

—Claro que no —contradice—. Siempre podemos ser el terror de Tex.

—Por supuesto —exclamo—. Eso jamás fue puesto en duda. ¿Qué te han dicho? —me interesa saberlo. Si van a dar problemas, tenemos que estar preparados.

—Como puedes imaginar, se han sorprendido —responde mientras cenamos—. Nunca he dado indicios de ser homosexual, por lo que ha sido algo que no esperaban —se ríe—. Tendrías que haberles visto la cara, pero lo peor ha sido cuando les he dicho con quién estaba saliendo.

—Imagino que habrá sido como si nombraras al anticristo —bromeo—. Lo que hubiera dado por verlo por un agujerito.

—Creo que si no hubiera presentado mi renuncia antes de decirlo, me echan a patadas. —Pierdo la sonrisa, si le han tratado mal o se han atrevido a tocarle un solo pelo, yo…—. Pero ya está hecho, y me he quitado un peso de encima.

—No sé cómo has aguantado tanto allí —escupo haciendo una mueca de asco—. Si me hubieras hecho caso, llevarías con nosotros años.

—Y hubiera sido incómodo vernos todos los días cuando nos separamos, Alex —rebate—. Era uno de los motivos por los cuales me negué en su momento, y el que más me preocupa ahora.

—¿Tan poca fe tienes en lo nuestro? —pregunto, intentando que no duela—. Nunca permitiría que Ethan te echará de tu puesto por eso, deberías saberlo.

—Maldita sea, eso no es lo que he querido decir, y lo sabes —corrige, mirándome fijamente—. Pero debes reconocer que sería difícil para ambos vernos todos los días, Alex.

—Me niego a pensar en eso —replico—. No va a pasar —sentencio entre dientes—. Así que puedes dejar de preocuparte por esa posibilidad.

—No va a suceder, ¿eh? —cuestiona con una sonrisa trémula en sus labios—. Me encanta que estés tan seguro, aunque con tu carácter de mierda, nunca se sabe…

Alzo una de mis cejas algo molesto. Él, por el contrario, no pierde su buen humor, sigue dando buena cuenta de la cena. Hago lo mismo, dejando pasar su comentario. No puedo rebatir lo que es un hecho, y sí, mi cabeza tiene tanta mierda dentro que nunca sé cómo voy a reaccionar, y los que están a mi alrededor tampoco. Decido cambiar de tema, porque me propongo que esta sea la primera noche de muchas en las que Scott y yo podamos disfrutar sin discusiones ni interferencias externas, solo él y yo.

Hoy es el primer día para nuestra relación, y es hora de que ambos pensemos en lo mejor para conseguir ser felices juntos.

Capítulo 23

Scott

Han pasado las semanas, y han sido las más felices de mi vida. No recordaba que me podía sentir así de pleno desde que Alex y yo nos conocimos. Todos mis temores por trabajar juntos han ido desapareciendo, porque como dijo Ethan, por separado éramos buenísimos, pero en equipo, somos una bomba, disfrutamos como enanos, y al llegar a casa…

Paso más tiempo con Alex que en la mía propia, pero no quiero vender, no sería maduro por mi parte, porque ahora estamos bien, no sabemos lo que nos depara el futuro, y no quiero verme el día de mañana sin casa ni trabajo. Soy muy consciente de que Alexander está convencido de que esta vez todo saldrá bien, y es lo que más deseo, sin embargo, no me permito olvidar el pasado. Al menos, no del todo. Muchas noches, cuando escucho la respiración pausada del hombre que me tiene completamente enamorado a mi lado, no puedo evitar recordar aquellos días en los que éramos prácticamente enemigos.

—¿Nos vamos? —me giro para ver al morenazo que me trae loco tras de mí, con su siempre inseparable traje negro y maletín en la mano—. ¿Por qué me miras así? —Frunce el ceño y se acerca—. ¿Estás bien?

—Solo admiro lo bueno que estás —susurro cerca de sus labios, en la oficina intentamos controlarnos, no porque nos avergoncemos

o queramos ocultarnos, sino porque a nadie le importa qué somos—. ¿Vamos a casa?

Asiente, y caminamos hasta el ascensor, despidiéndonos de nuestros compañeros. Una vez dentro, me empotra contra la pared, me río sin poder evitarlo, me encanta cuando se comporta de esta manera.

—Con que estoy bueno, ¿eh? —pregunta contra mis labios, y cierro los ojos a la espera de que se apodere de ellos—. Tú tampoco estás nada mal —replica separándose, abro los ojos y le miro enfurruñado, solo recibo un guiño por su parte.

—Imbécil —siseo—. Espera y verás —le advierto, saliendo primero del ascensor.

—Lo estoy deseando —lo escucho susurrar, no me detengo hasta llegar a su coche, me siento y espero hasta que arranca—. ¿Qué tal ha ido el día? —pregunta mientras conduce.

—Aburrido —respondo—. ¿El tuyo?

—No me ha ido tan mal como a ti, por lo que parece —bromea, está de muy buen humor, últimamente me sorprendo contemplando más sonrisas por su parte—. ¿Qué te parece un buen vino y algo ligero para cenar?

—Estupendo —asiento, suspiro deseando llegar para relajarme —. Debería volver al gimnasio, me duele todo.

—¿Por qué no vamos juntos? —le miro sorprendido—. Conozco uno muy cerca de casa, el dueño es vecino mío.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —exclamo, se ríe—. Me encantaría, aunque no sé cómo demonios lo haces tú…

—Genética —se encoge de hombros—. Lo que no comprendo es por qué te quejas. —Me mira de reojo—. No necesitas ir a ningún lado.

—Lo hago para desestresarme y para que no me duela cada uno de los huesos de mi cuerpo —mascullo cruzándome de brazos —. Cómo se nota la edad…

—Por el amor de Dios —exclama—. Solo eres un par de años mayor que yo. No seas exagerado —replica—. ¿Quieres que pasemos antes de ir a casa y hablamos con Fred?

—Sí —asiento, mirando por la ventanilla—. Cuanto antes, mejor.

—Te veo muy ansioso —bromea—. Veremos lo que duras.

—¿Es un desafío, Sinclair? —pregunto—. Sabes que jamás rechazo uno.

No responde, solo sonríe de esa forma tan suya mientras no quita los ojos de la carretera. En cuanto llegamos, me doy cuenta de que no mentía, el gimnasio está a la vuelta de la esquina y es enorme, ¿cómo no lo he visto antes? Al entrar, nos recibe el tal Fred, no nos pone ningún problema incluso para que comencemos hoy, dice que así nos familiarizamos y vemos si nos gusta el ambiente, por lo que vamos a casa, nos cambiamos y, al regresar, empezamos con un poco de cardio.

—Menos mal que tenía algo de ropa deportiva en tu casa —digo mientras corremos en la cinta.

—Te hubiera dejado algo —dice sin que le falte el aliento—. ¿Qué tal después un poco de pesas?

—Muy subidito te veo a ti —replico asintiendo—. ¿Quieres matarme el primer día?

—No —se carcajea—. ¿De qué me servirías después? —pregunta, alzando sus cejas varias veces con un gesto tan pícaro que me da la risa, en estos momentos, me recuerda mucho a su hermano.

—Cierra el pico —siseo—. Y corre.

No volvemos a hablar hasta que una hora después ponemos fin a nuestra primera sesión de deporte. Alex suele correr casi todos los días, aunque últimamente me encargo de que no se levante, creo que por eso ha aceptado venir conmigo.

—Vamos a darnos una ducha —le digo. Al entrar, me doy cuenta de que están vacías y me sorprende que estén separadas—. Vaya —exclamo—. Me gusta.

—¿Verdad? —Lo tengo detrás de mí—. ¿La compartimos?

Es el primero en entrar tras desnudarse sin ningún pudor, lo imito y lo sigo. Alex cierra la puerta, y nos quedamos aislados rodeados del vaho por el agua caliente que golpea su espalda. No puedo evitar admirar su cuerpo, diferente del mío. Es más moreno que yo en todo, mi piel blanquecina salpicada de pecas no es algo que me guste, pero he aprendido a aceptarme. Comienzo a enjabonarme sin que me pase desapercibida cierta parte de su anatomía que parece bastante despierta.

Intento que eso no me excite, pero eso es imposible. Creo que Alexander Sinclair siempre causará este efecto en mí, cuando su mano me rodea, doy un respingo, pero no puedo evitar que un gemido escape de lo más hondo de mi garganta. Lo siento de nuevo tras de mí, apoyo mi cabeza en su hombro mientras sus labios recorren mi cuello expuesto para su deleite. Su polla se pierde entre mis nalgas buscando el lugar al que pertenece.

—Tienes que ser silencioso —susurra antes de empotrar mi pecho contra la pared resbaladiza de baldosas—. Esto va a ser

rápido —advierte.

Sigue masturbándome con una mano mientras que con la otra me prepara. Sus labios buscan los míos mientras lo único que puedo hacer es intentar reprimir mis gemidos y rezar para no correrme antes de empezar. En el momento que se adentra hasta el fondo, grito, no lo puedo evitar, ese ramalazo de dolor y placer me traspasa. Alex me cubre la boca y comienza a bombear en mi interior mientras escucho sus jadeos ahogados junto a mi oído.

Salgo a su encuentro moviendo mis caderas, ansiando alcanzar el orgasmo que siento formándose en mis pelotas. Al sentir cómo Alex se corre, me dejo llevar, termino desmadejado entre la pared y sus brazos, que impiden que me caiga al suelo. Cuando me recupero lo suficiente, me doy cuenta de que está dejando suaves besos sobre mi hombro izquierdo, podría quedarme toda la vida así y moriría feliz.

—Tendremos que salir de aquí en algún momento —le escucho decir, se retira con cuidado y me siento vacío. Me giro para ver cómo se lava rápido, por lo que comienzo a hacer lo mismo—. Reacciona, Scotty —se jacta—. Me encanta tu cara post orgasmo.

—Que te den —mascullo, salpicándole agua en el rostro—. Volvamos a casa, anda.

Lo hacemos relajados, cansados, pero en el buen sentido y, tal y como me lo había prometido, prepara una cena ligera y un buen vino que compartimos mientras hablamos de todo y de nada. De nuestro futuro juntos, de los sueños que todavía nos quedan por cumplir.

Capítulo 24

Alexander

No puedo creer lo que veo. Me niego a aceptar la posibilidad de que mi pareja sea un maldito topo en mi empresa, pero las pruebas indican lo contrario y, si fuera otro, ya estaría de patitas en la calle. ¿Cómo cojones le digo a Ethan que he metido a un traidor en Pharmaceuticals Sinclair? Los seis meses que llevamos juntos han sido un sueño, los mejores de mi vida, y de nuevo me enfrento con la realidad.

Hace cinco minutos que he mandado llamarlo, por lo que no debe tardar en venir. Imagino que entrará por esa puerta con su típica sonrisa del que cree que no ha sido descubierto. No siento tristeza por lo que está por venir, porque tengo muy claro que lo nuestro se ha terminado, puedo perdonar una traición hacía mi persona, pero no pienso pasar por alto que lo haga con lo que tanto le costó a mi abuelo y a mi padre levantar. Por lo que dejo que la rabia y la furia me domine para hacer lo que debo hacer sin que me tiemblen la voz ni el pulso. Necesito zanjar este asunto para que, cuando mi hermano se entere, al menos, que todo esté solucionado. Por lo demás, solo me queda rezar para que con la información obtenida nuestro mayor rival no saque mucha ventaja. Juro que, si esto perjudica a la empresa en grandes proporciones, voy a acabar con él. No volverá a trabajar en Boston y tendrá que volver a California con el rabo entre las piernas. Todavía no puedo creer que mi mañana haya cambiado tanto en el trascurso de unos minutos.

Joder, si al levantarnos me ha proporcionado un orgasmo que me ha hecho ver las estrellas y entrar al trabajo con una sonrisa de imbécil que se me ha borrado en cuento he visto las pruebas sobre la mesa.

—¿Me has mandado llamar? —pregunta, entrando en el despacho—. ¿Algún problema que no puedas resolver?

—Cierra la puerta —ordeno, sentándome tras mi mesa, lo hace, le lanzo las pruebas.

—¿Qué es esto? —pregunta, frunciendo el ceño. Me mira, alzo una ceja ante su desfachatez.

—¿Vas a fingir que no sabes de qué se trata, Scott? —pregunto con una frialdad que lo pone en alerta, puedo darme cuenta de que su cuerpo se tensa y su mandíbula se aprieta—. ¿Creías que no me daría cuenta? ¿Este era el propósito de acercarte de nuevo a mí?

—¿Te has vuelto loco? —exclama—. Habla claro, Alex, ¿de qué me acusas ahora? ¿De qué se supone que soy culpable esta vez?

—No seas condescendiente conmigo, capullo —golpeo la mesa y me levanto como un resorte—. Da gracias que lo he descubierto antes que Ethan, y soy yo quien tendrá que lidiar con él llegado el momento.

—No te pases —sisea furioso, tira los papeles al suelo—. No necesito mirar esta mierda —escupe.

—Supongo que te lo sabes de memoria —me burlo, saliendo de detrás de mi mesa—. Ha sido fácil, ¿verdad, Scott?

—¡El qué! —grita, perdiendo los estribos—. ¿Qué demonios ha sido fácil…?

—Conseguir que volviera contigo como un imbécil, que te convenciera para entrar en mi empresa, y así pudieras pasar

información a nuestros competidores —explico con los dientes apretados y conteniéndome para no abalanzarme sobre él.

—¿Perdón? —pregunta incrédulo—. ¿Me acusas de ser un topo?

—Deja el juego —ordeno, alzando yo también la voz—. Te he pillado, deja de mentir, joder.

—Nunca vas a conseguir que reconozca ser algo que no soy, Alexander —masculla—. ¿Por qué siempre nos haces lo mismo? —cuestiona furioso, aprieta el puente de su nariz—. ¿Te has asegurado antes de acusarme de algo semejante? ¿Te haces una idea de lo humillante que resulta que mi pareja, el hombre que se supone que me quiere, me acuse de algo tan vil?

—¿Ni siquiera eres capaz de reconocerlo cuando te pillan con las manos en la masa? —pregunto—. Los papeles que te has negado a leer lo demuestran. ¿Crees que te hubiera mandado llamar si no estuviera seguro?

—No sabes una mierda —escupe, acercándose a mí, me empuja por el pecho, me tenso ante su toque—. No hagas que salga por esa puerta con esta acusación sobre mí —advierte—. Porque no te lo perdonaré…

Comienzo a reír ante su osadía, me mira dolido y furioso a partes iguales, y me pregunto cómo es capaz de ser tan buen actor, porque la posibilidad de estar equivocado no es algo en lo que pueda pensar.

—Parece que no lo entiendes —niego todavía riendo—. Vas a salir por esa puerta como el puto topo de la empresa, no lo harás como mi pareja. ¿Creías que pasaría esto por alto para seguir contigo?

—El que parece un imbécil en estos momentos eres tú —replica con una muesca de repulsión en su rostro—. Si creías que podías

echarme como una rata y seguir follando conmigo es que estás como una cabra. Cuando salga por esa puerta, tú y yo habremos acabado, para siempre —puntualiza con firmeza, mi corazón duele.

—Esto acabó en el momento que decidiste traicionarme a mí y a mi familia —rebato, cruzándome de brazos para acallar las ganas que tengo de detenerlo. Verlo salir va a ser duro, mucho más que la primera vez que lo dejamos—. Márchate, Scott.

—Siempre tú, tú y tú —se burla—. El mundo no gira a tu alrededor ni al de tu familia. Me voy, pero no porque me eches al creer que soy culpable —apostilla—. Me marcho porque no quiero estar en un lugar donde se duda de mí, de mi integridad, no solo como abogado, sino como persona.

—Pareces un mártir —interrumpo con sorna—. Todavía tendré que pedirte disculpas y todo.

—Por supuesto que lo harás —sentencia, gruño con rabia al verlo tan convencido—. Pero esta vez no te servirá de nada. No quiero saber de ti en lo que me resta de vida. Si nos vemos por los juzgados, ignórame, ¿de acuerdo?

—Vete a la mierda —mascullo—. Fuera de esta empresa, no volveré a repetirlo. ¿O prefieres que llame a seguridad?

—Que te follen, Sinclair —sale, dejando la puerta abierta tras él. La cierro de un portazo y pego un puñetazo, rompiéndola, ahora mismo me importa una mierda lo que pueda pensar la gente ante mi exabrupto.

No suelo beber, pero me sirvo un copazo de coñac, solo lo utilizamos para nuestros clientes, pero necesito templarme antes de salir hacia los juzgados. Justo hoy tengo varios juicios que no pienso perder por culpa de mi situación sentimental. Nuestros clientes no tienen culpa de que no sepa elegir a la persona con la que se suponía compartiría mi vida, ¿por qué todo siempre tiene que ser

tan complicado? Parece que no estamos destinados a estar juntos, y debió quedarme claro la primera vez, aun así, lo intenté una segunda, porque mi corazón así me lo pedía. Bien, he aprendido la lección por partida doble.

—No pienso volver a hacer el gilipollas por amor —mascullo, y tras dar un buen trago que quema mi garganta, hago una mueca, porque el alcohol nunca me ha gustado—. A la mierda Scott Davis, pude vivir sin él antes y seguiré haciéndolo.

La puerta se abre, y Ethan entra mirando el destrozo en la madera y se queda con la boca abierta el verme bebe. Cierra y me mira largo rato, imagino que espera una explicación por mi parte, de nada sirve postergar lo inevitable, tendré que asumir las consecuencias.

—¿Qué cojones ha pasado? —cuestiona, cruzándose de brazos —. ¿Por qué me he visto irse a Scott con todas sus cosas? Si habéis discutido, debo decir que no quiero vuestras mierdas aquí —regaña, sonrío con cinismo mientras contemplo el color ámbar de mi bebida.

—No hemos discutido por nada referente a nuestra relación porque esta ya no existe —explico—. Le he echado.

—¿Por qué? —insiste—. Te recuerdo que sigo siendo el jefe…

—Por supuesto —asiento—. Solo quería ahorrarte trabajo, hermanito. —Frunce el ceño—. Scott era un puto topo —escupo con un sabor amargo en mis labios.

—¿Cómo dices? —ahora puedo ver que está furioso—. ¿Tienes pruebas?

—¿Crees que hubiera mandado a la mierda mi relación con él sin tenerlas? —cuestiono ofendido—. Míralas por ti mismo. —Señalo la carpeta que todavía sigue en el suelo, se agacha para recogerla y lee con detenimiento, por lo que me parece una eternidad.

—Dime que has contrastado esta mierda —dice al fin, alzo una de mis cejas sin comprender—. Alex, esto no demuestra con exactitud que fuera Scott. De hecho, todo empezó antes de que él entrara en la empresa.

—Te equivocas —mascullo—. Lo noté semanas después.

—Yo antes —rebate—. No dije nada, pero estaba investigando por mí mismo. De hecho, sospecho de alguien, pero no encontraba un motivo sólido por el que haría algo así hasta ahora.

—¿De qué hablas? —pregunto con un nudo en la garganta y el corazón latiendo a mil por hora—. ¿Por qué no dijiste nada?

—Es cosa mía —sentencia—. Creía que lo tenía bajo control, joder. Pero, como siempre, actúas sin medir las consecuencias, Alexander.

—¿Quién? —interrogo furioso—. ¿De quién sospechas?

—Ahora no sospecho —niega—. Con este movimiento, me ha confirmado de quién se trata, y pienso encargarme de inmediato.

—No, hasta que me digas quién es el topo, si no es Scott… —mis palabras mueren, parpadeo sin poder creer que me haya equivocado tanto.

—Aysha —responde, abro los ojos como platos—. Sospechaba de ella, sin embargo, al querer inculpar a Scott, se ha sentenciado. ¿De verdad no sabías que está enamorada de ti?

—Dios mío —susurro, me dejo caer en mi silla, conmocionado—. ¿Cómo puedo estar tan ciego?

—Hermano, no te fustigues —aconseja—. Estás tan inmerso en mantener una distancia con la gente que muchas veces no te das

cuenta de lo que te rodea. Ella ha actuado por celos. Debe haber sido un mazazo descubrir que eras gay, y que jamás tendría una oportunidad contigo, pero que Scott trabajara contigo es más de lo que ha podido soportar.

—Pero dices que ya lo hacía antes —intento buscar una explicación—. No cuadra…

—Sí, lo hace —guardo silencio a la espera de su explicación—. Creo que lo hizo por dinero y también por llamar tu atención, pero el tiro le salió por la culata, porque llamó la mía, por eso se ha mantenido en un perfil bajo hasta hace unas semanas. La llegada de Scott fue el detonante.

—No puede ser —cierro los ojos derrotado—. No sabes todo lo que le he dicho —lamento acongojado—. ¿Qué voy a hacer, Ethan? —me siento tan perdido ahora mismo que no encuentro una salida.

—Pedir perdón. —Se encoge de hombros—. De verdad, hermano. Eres muy listo, pero en cuestiones de amor, estás en pañales. No puede ser peor que lo que yo le hice a Emma y… —la forma en la que le miro lo acalla—. No me jodas, ¿es peor? —asiento, porque el nudo que tengo en la garganta me impide hablar —. Pues arrástrate, ¿qué coño haces ahí sentado lamentándote?

—No servirá de nada. —Miro por la ventana al exterior, viendo cómo la gente sigue con su vida como si nada, cuando la mía parece haberse detenido para siempre—. Me lo ha dicho, que no me perdonaría jamás…

—Siempre decimos eso —interrumpe—. Corre, ve a buscarlo, habla con él —apremia—. Puedes arreglarlo, os amáis, maldita sea.

—¿Y si no lo hago? —Me mira como si me hubiera vuelto loco—. Si lo hiciera, no le haría daño. Siempre pienso lo peor de él, ni siquiera me he planteado que me estaban engañando y lo he tratado

como a un perro. —Me tapo los ojos para impedir que las lágrimas salgan dejándome en ridículo delante de mi hermano mayor.

—No te ocultes —espeta, apartando mi mano, me alza la cabeza para mirarlo—. Si tienes que llorar, hazlo —ordena—. Ya no tienes que cargar con todo tú solo, joder —maldice frustrado—. ¿Cuándo aprenderás a pedir ayuda?

—Ahora. —Me levanto tembloroso—. Ahora necesito que me ayudes.

Capítulo 25

Scott

Camino por la calle en piloto automático. He dejado mi maletín y la caja con mis enseres personales en el coche, pero no me sentía capaz de conducir después de haber sido despedido como a un perro por mi propia pareja. No puedo creer cómo ha cambiado la mañana, hemos despertado juntos y alcanzado el éxtasis antes de llegar al trabajo. Poco después, su secretaria me llama para decirme que Alex quería hablar conmigo. Todavía recuerdo la sonrisa de imbécil que adornaba mi rostro antes de entrar a ese maldito despacho donde de nuevo me ha destrozado.

Me niego a derramar una sola lágrima y me es fácil lograrlo, porque la furia me domina, pero me conozco, seguramente esta noche estaré en mi cama llorando como un gilipollas por un imbécil sin corazón incapaz de confiar en mí. ¿Qué sentido tiene sorprenderme a estas alturas? Ya lo hizo una vez, esta segunda no debería ser distinto, pero lo es, ya que no solo pone entredicho mi fidelidad en una pareja, ahora está en juego mi honor e integridad profesional.

Debería volver a por mi coche e irme a casa, solo voy a permitirme lamer mis heridas hoy. Mañana será el principio de una nueva etapa de mi vida, otra más, en la que me toca buscar trabajo cuando tenía un buen puesto en Tex. Me dejé convencer por Alex y lo he pagado demasiado caro. No me siento con fuerzas para regresar caminando, por lo que detengo a un taxi y le doy la

dirección de la empresa Sinclair. No me cuesta mucho llegar y, tras pagar al conductor, me dirijo hacia mi coche, me detengo, porque Alex se encuentra apoyado en él. Al verme, se endereza y me mira nervioso.

—¿Alguna mierda que te haya quedado por decir? —pregunto dispuesto a subir al vehículo—. Aparta —espeto.

—Sube al despacho, por favor —replica sin mirarme—. Te he llamado, pero tienes el móvil apagado y…

—No me lo digas —exclamo deteniéndolo—. Alguien te ha abierto los ojos y has descubierto demasiado tarde, por cierto —hago hincapié—, que no soy el topo.

—Lo siento —musita sin mirarme, ruedo los ojos harto de todo este drama.

—Te lo he dicho no hace mucho, Alexander. —Alza la mirada cuando le llamo por su nombre completo—. No quiero escuchar tus disculpas, porque me importan una mierda. ¿Crees que eso borra lo que me has dicho? ¿Que hayas dudado de mí?

—No, pero… —De nuevo lo detengo con un gesto de mi mano —. Por favor, escúchame.

—¿Como me has escuchado a mí? —cuestiono rabioso—. Mira, esto ya me lo sé y estoy hasta los cojones de ti y de tu desconfianza. No tengo por qué cargar con tus mierdas, Alexander, ni ser tu saco de boxeo cuando te dé la gana descargar tu frustración conmigo.

—Si no quieres hablar conmigo, al menos, habla con Ethan —lo intenta por todos los medios, eso debo reconocerlo, río sin ganas—. Él es el jefe, no estás despedido, en ningún momento lo has estado, porque no tengo potestad para hacerlo.

—¿Crees que eso me importa? —le miro y me doy cuenta de que parece mortificado, pero no puedo permitirme sentir lástima—. No pienso volver a trabajar contigo. Ya me buscaré la vida…

—Pero no puedes volver a Tex después de cómo te fuiste —exclama—. ¿Qué vas a hacer? No dejes que tu enfado interfiera en tu vida laboral.

—Lo permití cuando accedí a dejar mi puesto para seguirte a ti —acuso con ganas de golpearlo—. No tengo nada más que decir, apártate o te paso el coche por encima —una amenaza vacía, porque jamás podría hacerle daño.

—Scott —mascullo una maldición cuando veo llegar al mayor de los Sinclair—. Sube a mi despacho —ordena.

—Lo siento, Ethan, pero ya no trabajo para ti —corrijo—. Agradécele a tu hermanito —Señalo a Alex, que no deja de mirarme como un cachorrito apaleado—. Me largo.

—No he firmado despido alguno —interrumpe, deteniéndome—. ¿Tengo que recordarte las leyes, abogado? —Me tenso y le lanzo una mirada enfurecida, él solo sonríe mientras se cruza de brazos victorioso—. No tienes que hablar con mi hermano, sino conmigo.

—Cómo te detesto —mascullo, pasando al lado de mi ex.

Sigo al mayor de los Sinclair hasta su despacho en completo silencio. Una vez dentro, espero a que hable de una maldita vez para poder marcharme sin mirar atrás. Se sienta tras su gran escritorio, juega con sus manos mientras me observa como si quisiera leer mi alma, me remuevo inquieto.

—Primero, quiero pedirte perdón —suspiro, hastiado de escuchar tantas disculpas que no cambian lo que ha sucedido—. Y decirte que todo ha quedado solucionado.

—Me alegro —replico—. ¿Y debe importarme por…?

—Scott —me advierte—. Sé que estás dolido y estás en todo tu derecho. Pero, como te he dicho, yo no te he despedido, por lo que sigues siendo un trabajador de mi empresa.

—Y una mierda —exclamo—. Se lo he dicho a tu hermano —alzo la voz furioso, porque siento que están jugando conmigo—. Si salía por esa puerta, todo había terminado, no solo ha dejado que lo hiciera, sino que me ha instado a ello. Se acabó, Ethan.

—Lo siento, pero no te voy a dejar ir. —Apoya sus manos sobre la mesa de color negro—. Si lo hago, entonces estaré sentenciando lo vuestro.

—No hay nada nuestro —rebato como si se hubiera vuelto loco —. ¿Te has parado a pensar que Alex se siente con el derecho de hacer lo que le da la gana porque siempre estáis detrás para protegerle y arreglar sus cagadas? —acuso sin importar quién pueda escucharme—. No voy a jugar tu juego, demándame y veremos quién gana.

—No cometas una estupidez. —No estoy seguro de si se trata de una advertencia o un consejo, pero, sea cual sea, me lo paso por el forro de los cojones, abro la puerta y salgo airado del despacho.

Alex se encuentra en el pasillo. Al verme, se detiene. Ambos nos sostenemos la mirada, obviamente, el primero en apartarla es él, yo no tengo por qué ocultarme ni sentirme avergonzado. De nuevo paso por su lado, pero esta vez me detiene, miro la mano que me sostiene por el antebrazo, cierro los ojos para alejar los recuerdos de lo que es capaz de hacerme sentir con sus caricias.

—No te vayas —me pide susurrando.

—Háztelo mirar, Alex. —Me suelto con brusquedad—. Hace unas horas te ha faltado echarme a patadas como un perro —escupo—.

Dile a tu hermano que haga lo que tenga que hacer, no voy a volver para ayudarte con tus remordimientos.

Me marcho, aunque me llama hasta que entro en el ascensor. Desde la distancia, nos observamos; él mortificado, yo furioso. Cuando las puertas se cierran, me dejo caer sobre la pared e intento respirar con normalidad. Es más fácil hablar que hacerle entender a mi corazón que Alexander Sinclair no se merece nuestro amor ni una tercera oportunidad ni escuchar sus excusas. Entro en mi coche y salgo rápidamente para impedir que vuelvan a interceptarme, aunque saben dónde vivo, ¿debería incluso cambiarme de apartamento?

—¿Con lo que me ha costado encontrarlo? —me cuestiono a mí mismo—. Ni de coña. Lo que más me alegro es de no haberlo dejado, muy en el fondo sabía que Alex volvería a mandarme al infierno.

No me sorprende que mi teléfono comience a sonar y en la pantalla de mi manos libres salga el nombre de Emma. Me rio, ya que si no estuviera tan dolido y furioso, resultaría hasta cómico. Están sacando la artillería pesada, y me duele tener que cortar lazos con la rubia y con Anthony. Ellos también apostaron por mi relación con Alex y, en poco tiempo, les he cogido mucho cariño. Me doy cuenta de que no solo ha roto nuestra relación, sino que me aleja de la familia que estábamos comenzando a formar.

—Si te han llamado para convencerme, perdéis el tiempo —es mi saludo en cuanto descuelgo, he estado tentado a no hacerlo, pero después de todo, ella no tiene culpa de nada.

—¿Dónde estás? —pregunta ignorándome—. ¿Scott…?

—En el coche —digo escueto—. Emma, de verdad, no es buen momento…

—Estoy embarazada. —Silbo sorprendido—. Necesito hablar con alguien.

—Sí —asiento, aunque ella no me puede ver—. Con el padre. Enhorabuena.

—Es un embarazo de riesgo —la escucho sollozar—. No quiero preocupar a Ethan…

—Estoy en cinco minutos en mi casa —informo—. ¿Dónde estás?

—Frente a tu edificio—responde sorbiendo—. Te espero.

Cuelgo y acelero, no puedo creerme lo que me acaba de decir. ¿Puede pasar algo más hoy? Emma y Ethan son el matrimonio perfecto, su hija Giselle es un ángel y la llegada de un nuevo bebé debería ser un motivo de alegría y celebración, la he escuchado tan destrozada que solo quiero llegar hasta ella y abrazarla, decirle que todo saldrá bien, aunque sea mentira. Aparco y corro al verla de pie, cabizbaja, parece incluso más pequeña de lo que es. Me quedo inmóvil cuando alza la mirada y veo el sufrimiento, el miedo y la congoja. Se lanza a mis brazos y la cobijo en ellos, susurrándole palabras tranquilizadoras. Imagino que ha acudido a mí porque soy ajeno a la familia Sinclair, pero con la suficiente confianza como para desahogarse, y yo creyendo que la estaban utilizando para ablandarme.

—Subamos —susurro—. Estás temblando.

Cuando llegamos a mi apartamento, enciendo el aire acondicionado para caldear el salón, y hago un poco de té caliente. Dejo a Emma sentada, mirando al vacío mientras aprieta sus manos en señal de nerviosismo. Detesto verla así, por lo que debo mantenerme sereno y fuerte para ser su roca en estos momentos, hasta que decida hablar con su marido.

—Toma —le ofrezco la taza—. Te sentará bien.

Me sonríe tristemente y la acepta, me siento frente a ella a la espera de que me explique qué está pasando.

—Ha sido un embarazo por sorpresa, ¿sabes? —pregunta en voz baja—. No lo sospechaba, pero me di cuenta de que tenía un retraso, por lo que me hice la prueba la misma mañana en que sentí las primeras nauseas. ¿Cómo demonios no me he dado cuenta antes? —se mortifica—. Estoy casi de dos meses, le he preguntado a mi médico si es posible sangrar estando embarazada y me ha explicado que sí, por eso pensaba que solo tenía una falta de pocos días, cuando estoy embarazada de ocho semanas.

—Bueno, pero no debes culparte —aconsejo con dulzura—. Seguro que eso pasa más seguido de lo que crees y, aunque no haya sido planeado, no dudo de que Ethan estará encantado con la noticia.

—¿Para qué decirle nada si tengo riesgo de aborto? —pregunta compungida—. Me han dicho que hay dos embriones, Scott —abro los ojos impresionado—. Son mellizos.

—Como Alex y Anthony —murmuro—. No va a pasar nada, Emm. Todo saldrá bien, y tendrás dos hijos maravillosos que criarás junto a Giselle.

—Justo como ellos —asiente—. Y no puedo evitar pensar que, aunque sobrevivan al embarazo, ¿y si alguno de ellos nace enfermo? —El miedo en su voz es casi palpable.

—Deja de pensar en esas cosas —amonesto—. Llama a tu marido y habla con él. Este trance no lo puedes pasar tú sola.

—En el momento en el que lo sepa, ni siquiera me dejará mover un alfiler —dice enfurruñada—. Mi doctor me ha recomendado reposo al menos hasta que los fetos estén más grandes y fuertes. Y,

aun así, no estaré fuera de peligro hasta dar a luz, ¿debo estar siete meses en cama? Me volveré completamente loca, Scott.

—Sí es lo que debes hacer para manteneros a salvo, lo siento, pero apoyo a tu marido. —Mi respuesta no le satisface, pero termina sonriendo—. ¿Le llamas tú, o yo? Te advierto que no creo que me coja el teléfono, así…

—¿Por qué? —pregunta, frunce el ceño pensativa—. ¡Es verdad! —exclama—. ¿Qué hacías fuera de la oficina?

—Estoy en el paro —respondo, me mira horrorizada—. Sí, mi exnovio ha tenido a bien echarme como a un perro diciendo que yo era un topo que pasaba información a Tex.

—¿Cómo? —grita, levantándose furiosa del sofá—. ¿Se ha vuelto loco? ¿Ethan lo ha permitido? Pienso patearle las pelotas —masculla, cogiendo su bolso dispuesta a marcharse.

—Tu marido quiere demandarme si no vuelvo —intercedo—. Pero no pienso hacerlo.

—Eso ya lo veremos. —Se marcha, dejándome preocupado por su estado más que por mi ruptura sentimental.

Capítulo 26

Alexander

Me encierro en mi despacho e intento trabajar sabiendo que he cometido el mayor error de mi vida tras la marcha de Scott, dejando claro que no pensaba volver. Sé que no lleva bien las amenazas, por lo que Ethan ha metido la pata con eso, algo que tendré que aclararle más tarde.

Mi puerta se abre abruptamente para dar paso a una Emma muy furiosa. De hecho, no recuerdo la última vez que la vi así. No me cabe la menor duda de que debe haber hablado con Scott y que este le ha contado lo sucedido, no me duele que se ponga de su lado siendo mi mejor amiga, es más, lo agradezco.

—¿Qué cojones has hecho está vez? —grita colérica, ni siquiera se ha molestado en cerrar la puerta—. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Un topo, en serio?

—Emma, no estoy de humor —le advierto porque no quiero pagar con ella mi frustración—. Soy muy consciente de que me he equivocado.

—¿Y qué piensas hacer para solucionarlo? —cuestiona, no me da tiempo a responderle por la llegada de Ethan. Mi despacho está más concurrido que el metro en hora punta.

—Ya decía yo que me había parecido escuchar a mi querida esposa —se acerca para besarla—. Cielo, no lo machaques mucho, ¿vale?

—¿Le has dejado hacer semejante gilipollez? —acusa, me levanto dispuesto a intervenir.

—No —niega, ahorrándome el trabajo—. Ha actuado por cuenta propia. Si me hubiera preguntado antes de meter la pata, le hubiera explicado quién era la topa de la empresa.

—¿Topa? —nos observa a los dos—. ¿Quién era? —pregunta entre dientes.

—La secretaria de Alex —me señala sonriente—. Mi hermano no es capaz de ver más allá de sus narices, ¿te puedes creer que no sabía que estaba enamorada de él? —pregunta con guasa, aprieto la mandíbula, porque no le veo la puñetera gracia por ningún lado.

—Me importa una mierda que esa víbora estuviera enamorada de este idiota —exclama—. La habrás despedido, ¿verdad? —cuestiona acusatoria.

—Por supuesto —asiente—. ¿Por quién me tomas?

—No sé cómo lo vas a hacer —me señala con el dedo—. Pero arréglalo.

Sale del despacho y su marido la sigue, me pregunto si solo ha venido por Scott o hay algo más detrás de toda esa furia contenida en su menudo cuerpo. Lo cierto es que no puedo evitar preocuparme. Decido que es cosa de ellos, son un matrimonio y deben arreglar lo que sea que los atormente sin que nadie interfiera, ¿cómo podría ayudarlos yo si no soy capaz de hacer durar mi relación?

No puedo concentrarme en nada, no dejo de revivir todo lo que le he dicho, las acusaciones vertidas sobre él sin darle opción a defenderse. ¡Menudo abogado estoy hecho! ¿De verdad he sido capaz de dudar cuando siempre ha sido el que más ha dado en esta relación? Lo único que hecho después de muchos años es dar el maldito paso de reconocer mi sexualidad y cuidarlo cuando tuvo el accidente de tráfico que consiguió unir lo que el tiempo y los malos entendidos habían distanciado.

—Maldita Aysha, en qué lío me ha metido —mascullo.

No puedo evitar recordar el enfrentamiento que Ethan ha tenido con ella hace unas horas, antes de que Scott regresará y yo fuera tan estúpido como para creer que tal vez tenía la oportunidad de arreglar las cosas.

◆◆◆

—¿Me ha mandado llamar, señor Sinclair? —pregunta en cuanto entra a mi despacho, se me revuelven las tripas, pero Ethan es el primero en hablar.

—Vas a recoger tus cosas en menos de diez minutos y a largarte de mi empresa si no quieres que te denuncie y pases una temporada a la sombra —amenaza con voz helada y mirada acusatoria.

—Pero señor… —alza su mano para acallarla.

—No quiero tus excusas ni tus teatros —espeta—. Sé, y desde hace tiempo de hecho, que eres un topo. Tengo todas las pruebas, por lo que si no quieres que le dé carta blanca a Alex para que te enchirone, moverás el culo y te irás calladita y sin armar escándalo.

—No puede hacer eso —exclama—. No tiene pruebas, no he sido yo, sino el señor Davis —intenta defenderse, que acuse a Scott enciende mi furia.

—Ni lo nombres —siseo, me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Qué es lo que no entiendes, Aysha? Te hemos pillado, solo te queda una opción y es irte en silencio, por supuesto, no hace falta que te diga que, como Tex consiga más información, te meto entre rejas.

—No lo entiendes —solloza al verse entre la espada y la pared —. Nunca te has querido dar cuenta —acusa—. Estaba frente a ti y ni me mirabas.

—Chica, es gay, cómo te va a mirar —exclama mi hermano—. Tengo una reunión en cinco minutos —observa su reloj—. Acabemos con esto.

—Por favor —suplica una vez más. Tras unos instantes en los que parece esperar inspirarnos lástima, al no conseguirlo, comienza a insultarnos mientras recoge sus cosas. Ordeno que la registren antes de salir del edificio y, cuando se marcha, todo parece encajar.

◆◆◆

Todo no, Scott ya no está en el despacho de enfrente, lo veo desde la cristalera que los separa, ya me había acostumbrado a nuestras miradas desde lejos, incluso algún pequeño gesto que nos hacía sonreír como idiotas, y es que hasta hoy, todo había sido idílico. Como siempre, he sido el encargado de joderlo todo de tal manera que no creo que pueda arreglarse. Comprendo su enfado, que se sienta dolido y traicionado. En su lugar, yo hubiera actuado igual o mucho peor.

—¿Cómo se supone que voy a recuperarte? —observo la foto que adorna mi escritorio donde nos encontramos los dos, abrazados y sonrientes. Un buen día apareció con el marco diciendo que ya era hora de que fardara de novio. No lo quité cuando no soy de

demostrar afecto en público ni me gusta que la gente sepa nada de mi vida privada.

Tan inmerso me encuentro en mis pensamientos que cuando comienzo a escuchar cómo Ethan alza la voz, miro preocupado hacia su despecho, a la derecha del mío. Normalmente la planta de legal se encuentra un piso más abajo, pero tanto Scott como yo estábamos en esta, al lado de mi hermano mayor y de Anthony, que muchos de los días trabaja desde casa si se siente demasiado fatigado.

—Ahora, ¿qué demonios pasa? —me pregunto—. Vaya día de mierda.

Normalmente no me inmiscuiría, pero creo que Emma y él están discutiendo, y no recuerdo que lo hayan hecho como ahora desde antes de casarse. Salgo y me acerco hasta el despacho, abro la puerta despacio para que no me descubran. No intervendré si no es necesario, y no es que tema que mi hermano vaya a hacerle daño físicamente, pero pueden doler más las palabras que diga en un momento de enfado, de eso los Sinclair sabemos un rato.

—¿De verdad puedes ser tan egoísta, Emma? —Abro los ojos impresionado—. Estás hablando de la vida de nuestros hijos. —Ahora sí que no entiendo nada.

—Unos que no pareces feliz de tener —reclama mordaz, creo que es el momento de intervenir—. Cuando te lo he dicho, has palidecido, admítelo —exige, alzando la voz.

—Solo reconoceré que ha sido una sorpresa —se defiende—. Jamás vuelvas a acusarme de no querer a mis hijos —gruñe—. ¿Cómo debo tomarme el enterarme de que estás embarazada, pero que los puedes perder? ¿Qué incluso te puedo perder a ti?

Abro la puerta impresionado, llamando la atención e ambos. No me recriminan mi atrevimiento, veo cómo Emma contiene las

lágrimas y mi hermano está pálido. En su mirada veo tal terror que me retuerce el corazón.

—¿Qué sucede? —pregunto con suavidad, parece que estamos sobre una bomba a punto de estallar—. Se os escucha desde mi despacho…

—Lo siento —se disculpa mi cuñada y mejor amiga—. No debí venir aquí…

—¡Emm! —Me acerco hasta ella—. ¿Qué pasa? —Alza sus ojos hasta los míos, sus labios tiemblan, me parte el alma verla así.

—Acabo de enterarme de que estoy embarazada —susurra, eso ya lo había deducido—. Son mellizos —mascullo una maldición por la impresión de la noticia—. Como tú y Anthony.

—¿Qué está mal? —no puedo alegrarme sin saber qué es lo que les preocupa tanto como para discutir por el embarazo cuando debería ser motivo de alegría como cuando supimos que Giselle estaba en camino.

—Es un embarazo de riesgo —responde temblorosa—. Tanto para los bebés como para mí. Mi doctor me ha aconsejado que haga reposo al menos hasta que los embriones estén bien agarrados, aunque lo más seguro es que tenga que hacerlo hasta dar a luz.

—Pues lo haces —sentencio sin dudarlo—. ¿Cuál es el problema?

—Menos mal que alguien piensa como yo —masculla mi hermano—. Gracias, Alex.

—No quiero pasarme nueve meses metida en una cama como si me estuviera muriendo —exclama nerviosa—. Según tu hermano, eso me convierte en una perra egoísta.

—No te pases —advierte Ethan—. No he pronunciado esas palabras, te he dicho que tu actitud es egoísta.

—Tengo una hija que también necesita a su madre, por si no lo recuerdas —se defiende—. Puedo coger la baja en mi trabajo, aunque eso me vuelva loca, pero Giselle necesita a su madre.

—Y no digo lo contrario —asiente su marido—. Pero te necesita viva.

Emma palidece, le lanzo una mirada a mi hermano, dejándole claro que se está pasando y que es mejor que se calle la boca antes de decir algo que pueda lamentar después. Le entiendo a él y también a ella, por lo que me encuentro en una encrucijada, pero decido posicionarme con mi hermano por el bien de la salud no solo de los bebés, sino de Emma. Solo espero que sea capaz de comprenderlo y que esto no interfiera en nuestra amistad.

—Opino lo mismo, Emma. —Me mira dolida, como si la hubiera traicionado—. Vayamos paso por paso, ¿te parece? Guarda reposo unas semanas, nos aseguramos de que los bebés están sanos como robles y veremos cómo vuelves poco a poco, pero con calma a retomar tu rutina. Por Giselle no te preocupes —sonrío—. Te ayudaremos entre todos, la amamos y estaremos encantados de cuidarla, ni te echará de menos.

—Vaya, muchas gracias —escupe—. Nueve meses de embarazo y quince horas de parto para que ni se dé cuenta de mi ausencia.

—Por el amor de Dios, Emma —exclama mi hermano—. No vamos a exiliarte. Estarás en casa, pero sin hacer nada, ¿tan difícil crees que va a resultarte? ¿No eres capaz de eso para asegurar la supervivencia de tus propios hijos?

Ella lo observa horrorizada y termina estallando en llanto cubriendo el rostro. Ethan no tarda ni medio segundo en correr hasta ella. Hasta el momento, se había mantenido alejado, la abraza

y comienza a susurrarle palabras de aliento, de esperanza, como si así pudiera infundirle fuerzas para todo lo que está por venir. La conozco, y la Emma que estaba hablando y quejándose por cosas banales no es ella. Creo que el miedo y la incertidumbre han hecho mella, incluso puede que se sienta culpable, porque piensa que les está fallando al no poder protegerles.

—Os dejo solos —susurro, siendo muy consciente del gran amor que los une—. Por cierto, felicidades. —Ambos me miran y sonríen a pesar de la sombra del miedo en su mirada—. Espero ser el padrino de al menos uno de ellos.

Los dejo solos, porque lo necesitan. Ahora mismo quien mejor puede consolarla es su marido, de nada sirve que yo me meta por el medio. Ellos deben solucionarlo y llegar a un consenso que los haga felices a los dos y, lo más importante, mantenga a los mellizos a salvo.

Hace unas horas hubiera podido llamar a Scott para decirle que íbamos a ser tíos de nuevo. Adora a los niños, y no dudo que será un padre magnífico si algún día decide adoptar. Me apoyo en la puerta de mi despacho una vez estoy dentro porque el pensamiento es demoledor. No habíamos hablado sobre eso, en realidad, no nos ha dado tiempo, porque, como siempre, tengo que joderlo. La sola idea de no tener ese futuro con él, de haber perdido la oportunidad de compartir mi vida a su lado, creando una hermosa familia, me está volviendo loco. Por primera vez en mi vida, decido que no estoy en disposición de ir al juzgado y delego en uno de mis compañeros. Sé que no estoy siendo profesional, pero entre lo que he bebido y lo jodido que me encuentro emocionalmente, estoy seguro de que sería un estorbo en vez de una ayuda. Decido irme a casa sin decirle nada a Ethan, lidiaré con él cuando sea capaz de pensar con claridad. Entrar a mi apartamento no mejora mi estado de ánimo, todo huele a él, cada rincón me recuerda su presencia. Allá donde mire, me hace más consciente de lo que he perdido.

—Joder. —Cierro los ojos y me dejo caer en el sofá, acaricio la manta que solíamos utilizar cada noche cuando veíamos alguna película—. ¿Qué he hecho? —susurro acongojado.

Me pregunto que está mal conmigo, porque siempre pongo impedimentos para ser feliz. Yo mismo me boicoteo, y los demás pagan las consecuencias. Creía que todo había quedado atrás, que amar a Scott y que me correspondiera sería suficiente para dejar toda mi mierda atrás. Una vez más me he equivocado y he vuelto a hacerle daño, y ahora no tengo excusa alguna. La vez anterior me convencí a mí mismo de que era culpable por engañarme, por no amarme lo suficiente.

No encuentro ninguna solución, por lo que decido seguir bebiendo. No suelo tener alcohol en casa, pero hace unas semanas unos amigos vinieron a cenar y trajeron un buen *whisky* que ni probamos, va siendo hora de que le dé un buen uso, ¿qué mejor que utilizarlo para beber hasta perder la conciencia y así poder escapar de la cruda realidad? Nunca había recurrido a algo así, pero esta vez duele demasiado, mucho más que la primera. Lo sabía, siempre supe que, si en esta ocasión las cosas no salían bien, no sería capaz de recuperarme, sin embargo, no escuché a mi cabeza, enterré esos pensamientos en lo más profundo y me dediqué a vivir el día a día.

—Y si no fuera tan gilipollas, podríamos haber seguido como hasta ahora —mascullo dando un buen trago de la botella, ni siquiera me molesto en utilizar un vaso—. Brindo por ser un cabrón de primera —espeto, alzando el licor.

Lo único que me queda es volver a aprender a vivir sin Scott. Lo hice una vez, pero el miedo y el rencor me ayudaron a sobrellevarlo, ahora no existe nada de eso. Me odio a mí mismo por estúpido, por inconsciente, por no ser capaz de confiar totalmente en la persona con la que estaba dispuesto a compartir mi vida. Por eso, lo que ha pasado demuestra lo mierda de persona que soy. Scott se merece a

alguien mucho mejor que no dude de él por la mínima cosa, que su fe no tambalee por nada ni nadie.

Al terminarme la botella, casi no soy capaz ni de llegar a la cama, me dejo caer sobre el colchón sin molestarme en desvestirme. Cierro los ojos rezando para perder la conciencia y poder olvidar, sin embargo, esta tarda en llegar, por lo que a mi mente llegan miles de recuerdos. Soy consciente de que la habitación y las sábanas huelen a él.

Siento cómo una lágrima traicionera brota de mis párpados cerrados y desciende por mi sien. En completa soledad, me permito llorar, permito que el dolor se apodere de mí, porque es lo único que merezco.

Capítulo 27

Scott.

Todos los Sinclair han intentado por todos los medios ponerse en contacto conmigo. Si me hubiera dado tiempo a conocer a los padres de Alex, seguramente también los tendría aporreando la puerta igual que está haciendo su hijo menor.

He necesitado más de una semana para ser capaz de aceptar que todo ha terminado, no para que mi mente lo entendiera, pues ya lo había hecho incluso antes de salir del despacho de Alexander, sino mi traicionero corazón que hace que, a pesar de lo que me ha hecho, siga echándole de menos, con una intensidad que duele, que aterra.

—Sé que estás ahí, Scott —escucho gritar—. Ábreme de una vez.

Me siento tentado a no abrirle, no lo hice anoche cuando vino el mayor de los tres hermanos, y puedo seguir ignorándolos, pero Anthony siempre será mi debilidad. Me levanto y me arrastro hasta la puerta, le dejo pasar sin mirar si me sigue o no, vuelvo a sentarme en la mesa de la cocina para continuar disfrutando de mi café.

—¿Qué mierda te ha pasado? —es su forma de saludarme—. ¿Desde cuándo no te duchas? —suelto una pequeña carcajada desprovista de diversión.

—Tú hermano, eso es lo que ha pasado —respondo tras beber un buen sorbo—. Si estás aquí es porque ya lo sabes todo, por lo que no pienso volver a repetirlo. Por cierto, estoy esperando la demanda de la empresa —lo digo con una tranquilidad pasmosa, y lo cierto es que no es algo que me quite el sueño.

—Mi hermano no lo decía en serio —defiende, le miro, no se ha sentado, sigue de pie a mi lado, observándome.

—¿Cuál de los dos? —me burlo—. ¿Un café? —ofrezco.

—No puedo tomarlo. —Maldigo. Tendría que haber pensado en eso, estoy tan a la defensiva que no soy capaz de hacerlo con claridad—. Alex jamás permitiría que Ethan cumpliera su amenaza.

—Mira qué bien —aplaudo—. Una cosa que me ahorro, no esperes que le dé las gracias. No quiero verlo ni en pintura, así que si has venido para intentar convencerme de…

—No he venido por eso —interrumpe, sentándose al fin frente a mí—. Te considero mi amigo, ¿sabes? No solo mi cuñado…

—Ya no lo soy —es mi turno de interrumpirle—. Tu hermano se encargó de eso.

—Y tuve una discusión de la hostia —asiente—. Podéis ser un par de gilipollas, y eso no cambiará el hecho de que para mí siempre serás mi cuñado, la pareja destinada para mi hermano, aunque ninguno de los dos queráis verlo.

—No intentes jugar con mi cabeza —le advierto—. No he sido yo quien la ha jodido esta vez, aunque pensándolo bien, en el pasado tampoco empecé yo toda la mierda que terminó saltando por los aires.

—Va a marcharse, ¿sabes? —Intento que eso no me importe, no debería hacerlo, maldita sea—. Ni siquiera es capaz de permanecer en Boston en esta ocasión, porque sabe que tarde o temprano os encontrareis en los juzgados.

—No intentes hacerme sentir culpable —exclamo, golpeando la mesa. Mi taza de café se vuelca sobre ella, dejando un reguero de líquido—. ¡No creyó en mí! —grito desgarrado. Me importa poco que me vea destruido. Necesito que entienda que no puedo volver a pasar por algo así—. Me trató como a una mierda —termino siseando, intentando que las lágrimas no fluyan.

—¿Pretendes que me quede de brazos cruzados viendo cómo destrozáis vuestras vidas? —pregunta apenado—. ¿Tengo que perder a mi hermano?

—Yo no te he arrebatado a tu hermano ni he destrozado nada —corrijo—. Pero si a lo que te refieres es a que te estoy pidiendo que no te inmiscuyas más —asiento, mirándolo a los ojos para que vea mi resolución—. Sí, quiero que lo dejes estar. No voy a volver con Alexander. Si desea marcharse, no es mi culpa, no lo estoy exiliando de la ciudad, solo de mi vida.

—Es mi otra mitad —sigue insistiendo, cierro los ojos agotado. No duermo bien, no tengo apetito y levantarme de la cama cada día es un puto triunfo. No necesito esto—. Le quiero demasiado como para no intentarlo. ¿No recuerdas lo felices que habéis sido estos meses? —pregunta, es una puñalada en toda regla—. Incluso mis padres ya le estaban presionando para conocerte, y él te lo iba a proponer pronto. ¿Crees que eso lo haría una persona que no te quiere? —cuestiona.

—Eso lo hace todavía peor, Anthony —suspiro, cerrando los ojos, pasando una de mis manos por mi cabello despeinado—. ¿Por qué no puede confiar en mí? —pregunto acongojado. Un nudo en mi

garganta casi me impide hablar—. Yo lo hacía, le hubiera confiado mi vida con los ojos cerrados y…

—Lo lamento tanto. —Me rompo cuando me abraza, ni siquiera me había dado cuenta de que ya no estaba sentado—. No sé qué decir para convencerte de que Alexander no es malo, no lo es —susurra una y otra vez mientras lloro en silencio sabiendo muy en el fondo que dice la verdad.

—Tienes que irte —termino diciendo cuando me tranquilizo lo suficiente—. Entiendo que quieras ayudar a tu hermano, de verdad lo hago —intento sonreír—. Pero esta vez no va a funcionar. Lo he intentado, dos veces, por lo que mi conciencia está tranquila, porque he dado todo de mí en ambas ocasiones.

—Lo sé —dice con una mirada tan triste que me parte el alma —. Al menos, ¿irás a despedirlo? Se va dentro de dos días, Ethan está muy cabreado, dice que se ha quedado sin sus dos tiburones —bromea, ambos reímos.

—No, es mejor así —respondo—. Igual que creo que lo mejor es que nosotros también nos despidamos.

—¿Qué? —cuestiona incrédulo—. ¿Qué te he hecho para…?

—Nada —interrumpo, sintiéndome muy culpable aun sabiendo que es lo mejor—. Pero duele demasiado, eres parte de mi pasado con Alex, y necesito dejarlo todo atrás. Además, me recuerdas demasiado a él.

—No me parezco una mierda —se defiende haciendo que ría con sinceridad por primera vez en una semana—.Entonces, ¿tampoco quieres volver a ver a Emma, a Giselle y a Ethan?

—No —confirmo—. ¿Puedes despedirte por mí? Esto ya está siendo demasiado duro.

—Ni de coña —me señala enfadado—. A ver si tienes cojones de decirle esta tontería a Emma. Te has salvado porque Ethan no le deja ni moverse, pero en cuanto pueda poner un pie en el suelo, vendrá a patearte el trasero —amenaza—. Solo tengo una cosa que decir antes de irme. Si no vas y detienes a mi hermano, si permites que se vaya con el corazón roto y deje atrás a toda su familia, te arrepentirás toda la vida.

—Puede ser —concedo tras un breve silencio—. Pero me arrepentiré más si voy, porque entonces no le dejaré marchar. No podemos estar juntos, Anthony, y créeme que me duele mucho más que a ti, porque es el amor de mi vida.

—Entonces, lucha —apremia, alzando la voz—. Detenlo, hazle pagar, pero a tu lado —suplica.

—No quiero eso —niego—. Puede que haya sido quien más daño me ha hecho, sin embargo, no puedo devolvérselo, esa es la diferencia entre tu hermano y yo.

—Entonces, ¿ya está? —pregunta, dirigiéndose hacia la puerta —. ¿Se acabó?

—En el momento que di un paso fuera de ese despacho —asiento—. En el mismo instante en que creyó que sería capaz de traicionarlo por dinero.

—Lo siento muchísimo —dice, tendiéndome la mano. Se la estrecho, odio hacerle esto a él—. Espero que encuentres la felicidad. Adiós, Scott.

—Lo mismo digo, Anthony —replico—. Cuídate mucho, ¿vale?

Asiente y se marcha, veo cómo recorre la distancia entre mi apartamento y el ascensor. Cuando las puertas se abren, desaparece. Cierro los ojos, despidiéndome del menor de los Sinclair para siempre. Entro de nuevo en mi hogar intentando olvidar el

hecho de que Alex se va lejos, mierda, ni siquiera he preguntado dónde.

—Eso no debería importarme —me regaño mientras limpio el desastre que he hecho con el café, nunca me he considerado un hombre violento—. Saca lo peor de mí, y yo hago lo mismo con él. Debí entender que no nos hacemos bien cuando estamos juntos.

Me pregunto cómo estarán llevando el hecho de que uno de sus hijos se vaya lejos. Sé bien por Alexander que lo han pasado muy mal durante años cuando les arrebataron a Ethan. ¿En qué demonios está pensando haciéndoles algo así a sus padres? Y ese es su maldito problema, que no piensa, actúa dejándose llevar sin importarle los cadáveres que deja en el camino.

—Maldita sea, no tendría por qué sentirme culpable por sus decisiones —mascullo, dirigiéndome a la ducha. Es el momento de comenzar a ser persona de nuevo—. Que haga lo que le dé la gana, siempre lo hace, y así nos va a todos.

No pienso ir a ese aeropuerto…

Capítulo 28

Alexander

El salón de mi apartamento está lleno de cajas. Odio las mudanzas, mucho más esta, que me lleva lejos de mi familia y de todo lo que conozco.

—Entonces, no vendrá… —susurro sin dejar de guardar cosas, mientras mi mellizo a mis espaldas no para de maldecir—. No sé de qué te sorprendes, Anthony. Te dije que lo dejaras tranquilo, joder.

—Tú no haces nada —recrimina—. Huyes como un cobarde —escupe con rabia. Mi hermano es muy raro que se enfade, no es como yo, pero cuando lo hace, puede dar miedo.

—No lo niego —Me encojo de hombros—. Al menos, podrías haberme avisado, y haberle dado su caja —señalo una un poco más pequeña que las demás—. Ni siquiera ha venido a por sus cosas.

—Mierda, no quiere ni verte, Alex. —La frustración en su tono es evidente—. ¿Por qué dudaste? ¿Por qué siempre asumes lo peor de las personas?

—¿Te recuerdo que la mejor amiga de nuestros padres fue la que orquestó el secuestro de nuestro hermano? —pregunto con brusquedad—. Estuvo a nuestro lado más de veinticinco años, Anthony.

—No la culpes —me grita—. Siempre has sido así. Soy muy consciente de que hay gente de mierda en el mundo —añade—. Pero Scott no es uno de ellos, y deberías saberlo. No le habrías entregado tu corazón, si es que lo tienes, porque muchas veces me haces dudar.

—Puede que lo tenga, pero no sepa querer bien —le miro de reojo para darme cuenta de su ceño fruncido—. ¿Nunca te lo has preguntado?

—Por supuesto que no, maldito cabezota —rebate—. Tienes el corazón enorme, tu problema es la mierda que guardas en tu cabeza. No intentes convencerme de lo contrario, puedes mentir a Scott, pero no a mí que he crecido a tu lado. Me has cuidado, protegido y apoyado en cada paso que he dado desde que nacimos. Sé muy bien que darías tu vida por la mía si te la pidiera, por lo que no vuelvas a decir una gilipollez como esa delante de mí en tu vida.

—Entonces, ¿por qué le hice daño? —Ahora soy yo quien alza la voz, furioso conmigo mismo, con la vida—. Ha sido el único hombre que he amado, con el que me he imaginado un futuro juntos y, a la mínima, mando todo a la mierda sin pensarlo dos veces. ¿En qué me convierte eso?

—En un imbécil —La voz de mi hermano mayor nos sorprende a los dos, no me acordaba de que ni siquiera habíamos cerrado la puerta—. Vaya desastre tienes montado…

—¿Estamos hablando de la mudanza? —pregunto, sabiendo que no se refiere a eso, pero hacerme el loco es una de las cosas que se me da de lujo cuando quiero evitar ciertos temas—. ¿No deberías estar en casa con Emma?

—Está con mamá —responde—. He venido para detenerte, ¿sabes lo tristes que están? ¿Eres consciente de que podrías perderte el nacimiento de mis hijos?

—Ya he dicho que llegaré a tiempo —exclamo—. Mi vida no puede girar en torno a los nacimientos de tus retoños, más que nada porque, conociéndote, Emma parirá una vez al año —bromeo, ninguno de los dos se ríe—. ¿Por qué me lo ponéis más difícil?

—Porque no queremos que te vayas —responde Ethan, cerrando la puerta—. Estás cometiendo otro error.

—Soy experto —ironizo—. No debería sorprenderos…

—Cuando pienso que no puedes hacer una estupidez mayor, créeme, hermano, lo haces —. ¿Crees que huir solucionará el problema?

—No, puede ser que sea un cabrón incapaz de amar, pero no soy estúpido.

—Eso es cuestionable —masculla mi mellizo sentado en el sofá, de brazos cruzados y gesto serio, algo raro en él—. No sé cómo has llegado a ser tan bueno en tu trabajo, sin embargo, no eres capaz de gestionar tu vida personal.

—Ya lo he dicho. —Me encojo de hombros—. No sé amar…

—Eso es una jodida estupidez —exclama Ethan—. He visto cómo te comportas con Anthony, lo adoras —agacho la cabeza, odio que me señalen las cosas que supuestamente hago bien—. Adoras a nuestros padres, a Emma y Giselle. —Le miro extrañado—. Incluso me quieres a mí.

—Eres mi hermano, imbécil —replico—. ¿Sabes el tiempo que pasé buscándote?

—¡No te correspondía! —grita, perdiendo la paciencia—. Eras un niño comportándote como un adulto, Alex. —Veo la tristeza en su mirada—. No tenías que buscarme, solo vivir.

—No podía —gruño, apretando los puños con rabia al recordar aquellos días—. Veía cómo nuestra madre se consumía, cómo padre se volvía loco cada vez que fracasaba en su intento por encontrarte. Crecimos con tu ausencia, Ethan, y dolía, me mataba saber que Anthony había nacido enfermo y recé muchas veces para que fuera yo y no él quien estuviera pendiente de un hilo.

—Tienes que dejar todo eso atrás —exclama—. Scott no va a ir a detenerte —Cierro los ojos—. ¿Por qué no eres capaz de arrastrarte si es necesario para recuperarlo?

—Lo haría si supiera que con eso conseguiría su perdón —rebato—. Pero le conozco, vi en sus ojos el dolor por mi desconfianza, por mi trato, me dejó muy claro que no lo dejaría pasar de nuevo.

—¿Crees que fue fácil que Emma me perdonará? —cuestiona—. De ella aprendí lo que era amar de verdad, por encima de cualquier cosa, porque si alguien se merecía sufrir por capullo era yo.

—Es increíble lo que os parecéis —dice Anthony, ganándose nuestras miradas airadas. Nos guiña el ojo, Ethan bufa, y yo gruño a la vez—. Lo que decía. Creo que la inteligencia emocional me la quedé toda yo —se jacta, acomodándose en el sofá.

—Habla el que siempre está bromeando con morirse —mascullo —. Entiendo vuestro punto de vista, de verdad, pero creo que lo mejor es poner distancia.

—Es una actitud de cobardes. —Mi hermano mayor cada vez está más enfadado—. No me hagas volver a casa para decirle a Emma que no he conseguido hacerte entrar en razón. Quería venir ella misma, he tenido que detenerla, ¿puedes pensar al menos en mis hijos no nacidos?

—Ese es un golpe bajo —me defiendo—. ¿Qué quieres que haga? Te dije que lo intenté, lo viste, no quería ni hablarme.

—De eso hace una semana —intercede Anthony—. Vuelve a intentarlo, haz que te escuche. Podrías utilizar la excusa de que le llevas sus cosas ahora que estás preparando la mudanza. —Sus cejas se alzan una y otra vez con picardía.

Lo pienso durante unos segundos, porque no es mala idea, aunque seguramente me dé con la puerta en las narices, pero al menos, mi familia no podrá acusarme de no haberlo intentado más de una vez. Sé que tienen razón, que soy un cobarde, que huyo de las situaciones que no puedo dominar, pero el dolor que puede producirme su rechazo es mayor que lo que todos piensan.

—Puedo intentarlo —termino diciendo, ambos exclaman como si hubieran conseguido un gran logro—. Sin embargo, no os hagáis muchas ilusiones, porque me mandará al infierno sin contemplaciones.

—Pues no le dejes pensar —frunzo el ceño—. Empótralo contra la puerta y…

—Anthony —interrumpo—. ¿De qué me serviría utilizar el sexo?

Capítulo 29

Scott.

Me parece escuchar la puerta en el momento que salgo de la ducha. Lo ignoro con la esperanza de que sea solo mi imaginación, no respondo como se trate de otro Sinclair. De nuevo, el timbre suena y no puedo dejarlo pasar. Me cubro con una toalla anudada a mi cintura y me apresuro a abrir para mandar al diablo a quien sea que vuelva a perturbar la poca paz de la que dispongo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto tras un breve silencio en el que proceso que frente a mí se encuentra Alexander con una caja en sus brazos.

—Hola —parece avergonzado—. He venido a traerte tus cosas, no has pasado por ellas y…

—Debería haberte dado una pista de que me importan una mierda —interrumpo sin querer reparar en su aspecto demacrado—. Pero ya que has hecho el viaje, dámela —demando, pero en vez de obedecerme, pasa por mi lado y entra al apartamento, maldigo cerrando de un portazo.

—Te la dejo aquí. —Me da la espalda, parece que mira a su alrededor, no entiendo qué busca o pretende, pero necesito que se marche de mi casa, estar juntos y solos en un espacio tan reducido no es buena idea—. ¿Cómo estás?

—¿Es una broma? —pregunto a la defensiva cuando se gira y sus ojos recorren mi cuerpo—. ¿No me digas que has venido a mi casa para charlar como si nada hubiera pasado?

Lo escucho mascullar algo que no consigo entender. Mi mente quiere echarlo, mi cuerpo se siente atraído por él, y mi corazón lucha por salirse de mi pecho y caer a sus pies para ser pisoteado de nuevo.

—No he venido a esto, Scott. —Su voz suena hueca, vacía—. Solo quería traerte tus cosas y despedirme.

—Si crees que con eso… —me interrumpe alzando la mano, niega mirándome con una tristeza casi asfixiante.

—No —replica—. No pretendo darte lástima, ni acusarte de nada. Solo quiero hacer las cosas bien. —Le miro como si lo hiciera por primera vez—. No podía marcharme sin verte por última vez, sin decirte, aunque eso no sirva de nada, que lo siento mucho.

—Tienes razón —concedo, negándome a que sus palabras hagan mella en mí—. No sirve de nada, Alexander. Gracias por traerme personalmente mis pertenencias, espero que, allá donde vayas, consigas encontrar lo que tanto buscas.

—Lo dudo —susurra, pasando por mi lado. Cierro los ojos cuando su aroma impregna mis fosas nasales—. Dejo mi corazón contigo, adiós, Scott. Espero que seas muy feliz.

Lo observo llegar a la puerta, sé que será la última vez que lo vea, por lo que cometo la estupidez de dejar que mis sentimientos guíen mis actos. En pocas zancadas, llego a tiempo para impedir que abra, poniendo la palma de mi mano sobre ella. Mi pecho contra su espalda, jadeo, y no por la rapidez con la que he llegado hasta aquí. Mi cuerpo ha tomado el control, y sé que después voy a sentirme de puta pena, que me arrepentiré, pero no puedo dejar pasar la oportunidad de sentirlo una vez más, solo una.

—Me has hecho pedazos —siseo contra su oído, noto la tensión en su cuerpo—. Me prometiste que no lo volverías a hacer y, como un imbécil, confié en ti —continúo con rabia, mis ojos se humedecen por todo lo que nos ha arrebatado.

—Lo siento —musita, no se vuelve, aunque gira un poco su cuello para mirarme, nuestros labios quedan peligrosamente cerca—. Tendré que vivir con las consecuencias de mis actos toda la vida, tendré que vivir sin ti, y eso me está matando.

—Maldito seas —gruño antes de apoderarme de su boca con toda la furia que he estado conteniendo durante estos días. Muerdo su labio inferior, busco con ansia su lengua, que me recibe como una vieja amiga, y disfruto de su sabor—. Esta es la última vez, Sinclair —aclaro cuando me separo un poco, abre sus ojos ahora oscurecidos por el deseo—. Tómalo como una despedida…

—Si es lo único que puedes darme, lo acepto —dice girándose, ahora estamos frente a frente—. Castígame, haz conmigo lo que quieras.

No lo pienso, ni siquiera me molesto en buscar un lugar más cómodo. Me deshago de la toalla que rodea mis caderas, quedando completamente desnudo. Con una mano, desabrocho los botones de su pantalón vaquero, y con la otra, los bajo hasta sus tobillos. Alex no se mueve, solo se deja hacer, aunque escucho su respiración cada vez más agitada para después exhalar un jadeo cuando rodeo su polla erecta. Lo masturbo mientras preparo su trasero. Puede que esté dolido, furioso y frustrado y, aun así, soy incapaz de hacerle daño de este modo, pero él no tiene por qué saberlo, no necesita saber que esto me está partiendo por la mitad, y que cuando todo termine y salga por la puerta para no volver, jamás podré ser el mismo.

Me adentro de un empellón, muerdo mi labio inferior con fuerza para no emitir sonido alguno, Alex gime y arquea el cuello hacia

atrás. Sus manos se posan sobre la puerta como si necesitara un punto de apoyo para sostenerse. Le insto a que abra más las piernas, me aferro a sus caderas y comienzo a bombear sin pensar en nada más que vaciarme en su interior por última vez. Odio comportarme de este modo, que todo sea tan frío. Hace una semana estaría besando su cuello mientras me perdía en su interior, buscaría sus labios para beberme sus gemidos.

—No te controles —sisea, saliendo a mi encuentro—. Si lo que pretendes es castigarme, no estás siendo lo bastante duro —muerde las palabras.

—Cierra la boca —ordeno mientras mis movimientos se hacen más bruscos y rápidos, mis pelotas se contraen, el sudor recorre mi columna vertebral y desciende por mis sienes, mi mandíbula duele por la tensión—. Córrete o te dejo a medias —amenazo cuando mi orgasmo comienza a estallar.

Como el imbécil que soy, no puedo permitir algo así, por lo que lo masturbo mientras siento los últimos coletazos de mi liberación. Mi mano se llena de su esencia poco después, me apresuro a apartarme y cojo la toalla que tengo a mis pies para limpiarme como si no hubiera pasado nada. No lo miro, pero escucho cómo se sube los pantalones, debería darle la espalda, alejarme esperando escuchar el sonido de la puerta cerrándose sobre los restos de una relación rota en mil pedazos, sin embargo, no soy capaz.

—Espero que seas feliz —susurra. No alzo la mirada, me cubro de nuevo con la toalla porque permanecer delante de él completamente desnudo me dejaría en clara desventaja—. Pero no pienso marcharme sin decirte algo… —La curiosidad me puede, alzo la cabeza, no debería haberlo hecho, porque parece destrozado, ¿soy el responsable de que su mirada esté tan apagada que da escalofríos? —. Te amo, aunque no me creas, porque no soy capaz de demostrarlo de la manera correcta, lo hago y siempre lo haré. Adiós, Scott.

Dejo que se marche, me tambaleo hasta llegar al sofá, me siento y apoyo mis codos en mis muslos, entierro la cabeza entre mis manos y lloro como un niño sabiendo que ha sido el final definitivo que ambos necesitábamos, pero no por eso duele menos, al contrario, me siento como si me hubieran arrancado una parte de mí. La pregunta es, ¿podré vivir sin él? ¿Sin volver a sentirme completo?

No es la primera vez que lo intento, no lo conseguí y volví para arriesgarme saltando al vacío, y es por eso que estoy pagando las consecuencias. También es el motivo por el que duele tanto, mucho más que en el pasado, y mi mayor miedo es no ser capaz de recuperarme. Me tumbo sollozando, sin fuerzas siquiera para llegar a mi cama o para volver a ducharme, lo cierto es que no quiero dejar de oler su esencia en mí.

¿Cómo se supone que voy a seguir sin verlo nunca más?

Capítulo 30

Alexander

Cuando llego a mi apartamento, lo hago destrozado, más que cuando salí dispuesto a hacer el último intento antes de marcharme. Puede que mis hermanos piensen que soy un cobarde que huyo de la situación porque mi orgullo me impide arrastrarme ante Scott. No les he mentido cuando les he gritado que estaría dispuesto a hacerlo cada día de mi vida si con ello me perdona y vuelve a mi lado, pero lo sucedido en su casa me ha demostrado que no cabe la más mínima posibilidad de que regrese a mi lado.

—No me lo merezco —musito mientras saco de la nevera una cerveza, últimamente bebo demasiado, tanto que comienzo a temer no poder salir de este círculo vicioso en el que me encuentro—. Tengo que salir de aquí.

No he dado mayores explicaciones. Mis padres saben que mi relación con Scott ha terminado, pero no he querido darles más detalles por dos razones; la primera es que me avergüenza demasiado mi comportamiento, y la segunda, y no menos importante, es que no soportaría ver la compasión y el reproche en la mirada de mis progenitores. He tenido suficiente con los de mis hermanos, hasta de Emma, que comenzó a gritarme por teléfono y no ha vuelto a dirigirme la palabra. Tomé la decisión de hacerme cargo del departamento legal de otra de nuestras empresas, puede que la más grande e importante sea Sinclair Pharmaceuticals, pero es una de las dos que creó mi padre desde cero, no la heredó de mi

abuelo. He creído que irme a la Costa Este era poner suficiente distancia entre Scott y yo, una forma de intentar comenzar de nuevo.

—Necesito otra cerveza —mascullo, la cojo y me dejo caer sobre el sofá, miro a mi alrededor, varias cajas apiladas al lado de la puerta, muebles vacíos y cubiertos, la estampa que contemplo me parece deprimente—. Qué asco de vida…

Sigo bebiendo hasta que creo ser capaz de conciliar el sueño. Si pudiera pasarme los dos días que me quedan borracho, lo haría. Sin embargo, mañana tengo comida familiar, mi madre me ha ordenado que no falte, porque será la última en mucho tiempo. No soy idiota, y sé que la que peor lo lleva es ella, imagino que es como revivir cuando le arrebataron a mi hermano. Debo hacerle entender que nadie va a hacerme daño ni voy a desaparecer, solo intento continuar con mi vida.

Me meto en la cama desnudo, todo me da vueltas, ni siquiera sé la hora que es. Dejo que Morfeo me atrape entre sus brazos, y como ya es costumbre, Scott me tortura incluso en sueños, porque siempre me da la espalda y se aleja a pesar de mis ruegos, de mis lágrimas. Como siempre, el despertar es amargo, la cama vacía, el recuerdo de la pesadilla golpeando mi cabeza, que palpita horrores por la resaca, y el nudo en la garganta sabiendo que en realidad mis sueños son un reflejo fiel de mi presente y futuro.

Mi teléfono vibra, y lo cojo sin mirar, abrir los ojos se siente como mil puñaladas en las sienes.

—Alexander Sinclair, mueve el culo de la cama —un saludo extraño viniendo de mi madre—. Como no estés aquí en una hora, pienso ir por ti y no te va a gustar.

—Buenos días, mamá —saludo con voz pastosa—. ¿A qué viene tanta prisa? —cuestiono, frunciendo el ceño y mirando la hora en el despertador—. Son las once —mascullo.

—Y te quiero aquí —exclama—. Mañana te vas, Alexander. —Puedo escuchar su congoja haciéndome sentir culpable—. ¿Tan malo es que quiera estar con mi hijo?

—Estaré allí, mamá —respondo apesadumbrado—. En un rato nos vemos, te quiero.

Cuelgo y me arrastro hasta la ducha, huelo a mofeta rociada con alcohol, me afeito, algo inusual en mí, siempre me he dejado un poco de barba, pero últimamente parezco un vagabundo. Me visto con unos vaqueros y un jersey de color negro, un poco de perfume y busco las llaves de mi coche sin recordar dónde las dejé tras volver del apartamento de Scott. Me sentía tan mal, tan herido, abandonado, vacío…

—¿Dónde demonios las dejé? —exclamo perdiendo la paciencia —. A la mierda, cojo un taxi, o mi madre me mata.

No me cuesta conseguir uno y llego a la casa donde crecí cinco minutos antes de las doce, tal y como mi progenitora me ha ordenado. Al entrar, escucho voces en la cocina, huelo el aroma de la comida casera que siempre me recuerda al hogar, a uno verdadero.

—Buenas, familia —saludo, todos están sentados en la mesa redonda que siempre ha adornado la estancia mientras mi madre va de un lado para otro. Si alguno de nosotros se ofrece a ayudarla, nos echa sin miramiento diciendo que somos más un estorbo que de alguna ayuda—. Huele delicioso.

—Vaya cara —exclama mi mellizo—. ¿Otra noche movidita?

—Algo así —mascullo, acercándome a la mujer que me dio la vida y besándola en la mejilla mientras inspiro hondo para ser capaz de llevarme su olor allá donde vaya—. Hola, mamá.

—Alex —la escucho suspirar. Sus manos se han detenido, incluso veo cómo tiemblan. Odio hacerle esto, pero no puedo quedarme—. Justo a tiempo.

—Hijo —saluda mi padre, palmeando mi espalda—. ¿Preparado para el gran cambio?

—Todo listo —asiento mientras acepto la cerveza que me tiende a pesar de los ceños fruncidos con los que me observan Ethan y Anthony—. Muchas cosas las dejo en el piso.

—Estoy seguro de que tu madre se asegurará de que todo permanezca tal y como lo dejes —replica, mirándola de reojo, puedo ver la preocupación en su mirada.

—¿Dónde está Emma? —pregunto extrañado—. ¿Y mi sobrina predilecta?

—Solo tienes una por el momento —señala mi hermano menor —. Están arriba —informa—. Bajarán enseguida.

—Voy a por ellas —dice Ethan—. No quiero que esté subiendo y bajando escaleras, y lo sabe.

—Joder, qué meses más largos —lo escucho murmurar, sonrío porque sé que, a pesar del miedo, está encantado con la llegada de los mellizos.

—¿No se sentía bien? —pregunto preocupado ante esa posibilidad.

—Está siendo un embarazo muy complicado —responde mi madre—. El vuestro también lo fue. Solo deben tener paciencia. Emma ahora experimenta muchos cambios con la incertidumbre de no saber qué va a pasar, y eso aumenta la tensión.

—Todo saldrá bien —afirma mi padre sin atisbo de duda—. Ella es fuerte, y mis nietos también.

Ethan aparece primero con Giselle. Me apresuro a cogerla en brazos, comienzo a hacerle carantoñas para que me regale una de sus hermosas sonrisas que son capaces de curar cualquier pena. Cuando lo consigo, me pregunto cómo voy a vivir teniéndolos tan lejos, sin verlos cada día. Voy a perderme muchas cosas de mis sobrinos, incluso de lo que les suceda a mis hermanos.

—Eres preciosa —susurro emocionado al ver cómo sus ojitos se cierran confiada entre mis brazos.

—Serías un padrazo —replica Anthony—. Siempre lo he sabido por cómo me has cuidado, pero al verte con Giselle —sonríe con ternura contemplándonos—. ¿También vas a renunciar a eso?

—Lo hice desde que asumí que no me sentía traído por las mujeres —respondo—. He tenido tiempo para acostumbrarme al hecho de que no seré padre jamás.

—Existe la adopción, hijo —intercede mi padre—. Eres joven todavía, ya habrá tiempo.

—Mejor que no, suegro. —La llegada de Emma nos toma por sorpresa, Ethan la sostiene entre sus brazos—. Los cambios de Alexander no serían buenos para un niño.

—Emma —reprende su marido mientras la sienta al lado de Anthony—. Déjalo en paz —ordena—. ¿No ves cómo está?

—¿Y de quién es la culpa? —cuestiona de vuelta, mirándome furiosa mientras se cruza de brazos—. ¿Qué te dije, Alex?

—Lo he intentado, Emm —respondo—. No voy a obligar a Scott a hacer nada que no quiera.

—Le obligaste a marcharse cuando te pidió que confiaras en él —rebate furiosa—. ¿Tienes idea del dolor que eso le ha causado?

—Imagino que uno mayor que el mío —digo, dejando que Ethan coja a Giselle para dejarla en la cuna que se encuentra en el pequeño salón.

—Eres un idiota —masculla—. Por tu aspecto, no me cabe la menor duda de que te sientes como una mierda. —La miro asintiendo—. No voy a machacarte más porque ya lo estás haciendo tú solito. Te quiero demasiado como para seguir furiosa contigo —hace un mohín que me recuerda a la niña que creció conmigo. Me levanto y la abrazo, ella me lo devuelve, escondiendo su rostro en mi cuello—. No puedes rendirte —me estremezco—. Si lo haces, te arrepentirás el resto de tu vida…

Capítulo 31

Scott

Recibo un mensaje de Emma, me quedo mirando la pantalla sin ver después de leerlo.

Su avión sale dentro de una hora y media. Si no le detienes, te odiaré, Scott. No sé qué pasó el otro día entre vosotros, porque no ha querido contarnos nada, pero lo has destrozado, debes sentirte orgulloso por haberlo hecho, ¿no? ¿Te sientes mejor ahora? Huir nunca es la maldita solución, toma el consejo de alguien que lo hizo y perdió tiempo al lado del hombre que amaba. Estáis sufriendo los dos, por favor, no dejes que se vaya…

¿Por qué de repente he pasado a ser el malo de esta historia? Me pregunto mientras el dolor en el pecho que he estado intentando ignorar empeora. Desde el momento en el que Alex salió de mi casa, me arrepentí de mi comportamiento, de mis palabras, pero mucho más de mis actos. Quería hacerle tanto daño como me había hecho él a mí, pero en el proceso me he dañado. Las heridas sangran y no me dejan olvidar lo que tanto ansío.

—No puedo flaquear —me digo a mí mismo—. Si voy tras él, viviré con el miedo constante a volver a sufrir.

«Estás sufriendo igual, y más que lo vas a hacer cuando se vaya lejos de ti». Esa maldita voz no me deja tranquilo. Mi mente va por

libre, mi corazón se rebela y la batalla constante me tiene al borde del colapso.

Me paseo por el salón inquieto, mordiéndome las uñas, con mil pensamientos contradictorios bombardeando mi mente. Los nervios atenazan mi estómago, miro la hora por décima vez, los minutos trascurren y queda una hora para que Alexander embarque. ¿De verdad quiero dejar que lo haga? ¿Voy a permitirlo? ¿Me estoy equivocando y dejando que el miedo y el orgullo domine mis decisiones?

Demasiadas preguntas para tan poco tiempo. Cierro los ojos, dejando que todos los recuerdos que me he negado a revivir estos días lleguen en tromba. Nosotros, la primera vez que le vi, cuando nos hicimos amigos, nuestra primera vez, la ruptura y todo lo que vino detrás. Mi accidente y su reacción, la reconciliación y los meses tan maravillosos a su lado, dormir abrazados, despertar y que lo primero que vieran mis ojos fuera su rostro relajado, hacer el amor muy despacio o follar como locos, depende de cómo surgiera…

—Dios mío —gimo, deteniendo mis pasos. Casi puedo escuchar su risa, si cierro los ojos, incluso puedo imaginar que me abraza y oculta su rostro en mi cuello como tantas veces hizo en el pasado—. ¿Podré vivir sin todo eso?

Puede que no me creas, pero te amo, y siempre lo haré…

Escucho su voz alta y clara en mi cabeza. Actuó con rapidez, cojo mis llaves, teléfono y cartera y salgo corriendo. No me molesto en coger el coche, paro al primer taxi que veo y le urjo para que me lleve al aeropuerto. El trayecto se me hace eterno, tanto que temo no llegar a tiempo para detenerle. Rezo, aunque no soy creyente, pero si existe algún Dios, ruego para que no permita que suba a ese maldito avión.

Llamo a Anthony porque estoy seguro de que debe estar con él. No tarda en descolgar, y lo primero que le pido es que no diga que

soy yo, no quiero alertar a Alex, y haga alguna estupidez de las suyas.

—¿Dónde estáis? —pregunto, entrando a la terminal. Jadeo por la carrera, pero no me detengo—. Anthony —apremio ante su silencio.

—En casa —me detengo, incrédulo—. No ha querido que nadie lo acompañe, anoche nos despedimos todos de él, y lo cierto es que temen que no sea capaz de aguantar ver cómo mi otra mitad se va lejos —susurra—. ¿Qué pasa?

—¿Dónde embarca? —pregunto, mirando la gran pantalla, tantas letras que no soy capaz de concentrarme.

—Segunda planta —responde como un autómata—. ¿Vas a despedirte? Creía que ya lo habíais hecho…

—Voy a detenerlo —afirmo—. Hablamos después.

Cuelgo porque no tengo tiempo que perder. El menor de los Sinclair no es mi prioridad en estos momentos. Corro por toda la terminal, subo las escaleras de dos en dos sin esperar a las mecánicas. Mi corazón golpea con fuerza en mi pecho y no por estar corriendo desde que he llegado.

—¿Dónde estás? —susurro mientras miro a mi alrededor con la esperanza de encontrarlo entre la marabunta de gente que me rodea. Marco su número, que me sé de memoria, pero no contesta —. Maldita sea, coge el teléfono.

Busco la parte de salidas, ¿por qué demonios hay tanta gente? Jamás me ha parecido tan lleno el aeropuerto como hoy. Cuando llego a una de las colas de espera para embarcar, me parece verlo, mira su móvil pensativo, gruño porque me ha ignorado a propósito. Enfurezco, me acerco hasta él, lo cojo con brusquedad del brazo y lo saco de la fila pese a sus protestas.

—¿Qué haces, Scott? —pregunta extrañado—. Embarco en diez minutos. No hacía falta que vinieras hasta aquí… —parece buscar las palabras adecuadas—. Creí que ya nos habíamos dicho todo el otro día…

—Siempre crees saberlo todo —ironizo, frunce el ceño, sé que no comprende por qué estoy aquí—. ¿Por qué me has ignorado? —cuestiono, señalando su teléfono todavía en la mano.

—No me gustan las despedidas —responde evasivo—. Ni siquiera he permitido que mi familia venga, no lo veo necesario.

—No lo ve necesario —musito, riéndome—. No lo sería si estuvieras en tu casa —rebato—. Pero cuando la gente está a punto de coger un avión para irse a miles de kilómetros de distancia, lo normal es que su familia quiera despedirse.

—¿Por eso has venido? —vuelve a preguntar, por el altavoz llaman a los pasajeros de su vuelo—. Tengo que facturar…

—Y una mierda —espeto—. Vas a escucharme, Alexander. No he venido hasta aquí para verte huir, ¿sabes? Para eso me hubiera quedado tranquilamente en mi casa.

—No entiendo… —parece nervioso. Lo cierto es que no reconozco al hombre que tengo en frente y me doy cuenta de que no me gusta nada, quiero a mi Alex, aunque la mayoría de las veces sea un imbécil de manual.

—Nunca lo haces —rebato—. Vamos —insto, pero no se mueve, de hecho, niega con la cabeza, dejándome sorprendido—. Alex, muévete.

—Voy a subir a ese avión, Scotty —sonríe con tristeza—. No podemos seguir haciendo esto, ya no. No quiero seguir haciéndote daño…

—Si te vas, me lo estarás haciendo —digo nervioso, no me esperaba que fuera a negarse a venir conmigo—. Vas a venir conmigo, hablaremos tranquilamente y…

Veo incrédulo cómo, tras negar con la cabeza una vez más, comienza a alejarse de nuevo hacia la fila que ha disminuido considerablemente, porque los pasajeros ya están embarcando. Siento un miedo terrible a no poder detenerlo, peor aún, que sea él quien de verdad quiera alejarse de mí cuando hasta hace unas horas era yo quien no quería ni verlo en pintura.

—Alexander Sinclair —llamo, alzando la voz sin que me importe que todos comiencen a mirarnos—. Te amo —se detiene como si hubiera recibido un mazazo, se gira lentamente—. Por favor, no te vayas.

Como no se mueve ni dice una palabra, decido que debo dar el paso final, el remate que haga que no me abandone para siempre poniendo tierra de por medio. Me acerco hasta quedar frente a él, mis manos cogen su rostro y le beso sin importarme estar rodeados de desconocidos. Tras la sorpresa inicial, Alex me devuelve el beso casi con desesperación, por lo que recobro la compostura, no es ni el lugar ni el momento para dejarnos llevar.

—Vamos a casa —susurro, apoyando mi frente en la suya, no ha abierto los ojos, lo noto temblar entre mis brazos, por lo que no lo suelto. La gente pasa por nuestro lado ajena a la vorágine de sentimientos que nos embargan—. Ven conmigo, Alex. Deja de pensar…

—La última vez que lo hicimos, volví a hacerte daño. —Abre sus párpados y me mira mortificado, veo el miedo en sus ojos—. ¿Por qué has venido? —cuestiona—. No lo merezco, me odio tanto a mí mismo…

Mi corazón se resquebraja cuando se rompe frente a mí sollozando como un niño. Lo abrazo, consolándolo. Las palabras son innecesarias, por lo que me quedo en silencio mientras espero que se calme.

—He venido porque no puedo vivir sin ti —susurro cuando los temblores de su cuerpo se calman—. Porque el miedo a que vuelvas a hacerme daño es menor que el de no verte nunca más.

Suspiro aliviado cuando veo cómo el avión que debía abordar Alex comienza a despegar a través de los grandes ventanales del aeropuerto. Puede que no se haya dado ni cuenta, o puede que sí, de un modo u otro, he conseguido que no se vaya, y es lo único que me importa ahora mismo.

—Y, ahora, ¿qué hacemos? —pregunta, separándose de mí. Parece avergonzado por las lágrimas derramadas.

—Volver a casa —respondo, tendiéndole mi mano. Tras una breve vacilación, la acepta. Comienzo a caminar, me sigue, por lo que sonrío.

Capítulo 32

Alexander

Me dejo llevar por Scott, me siento mareado, agotado y con la mente llena de interrogantes. El miedo que me embarga es difícil de dominar, por eso he intentado marcharme y poner distancia entre ambos. Todavía no estoy seguro de cómo sentirme ante la interrupción del hombre que casi me lleva a rastras por toda la terminal.

—¿Buscas tu coche? —pregunto al verlo detenerse.

—He venido en taxi —replica—. ¿Y tú?

—También —respondo—. No tenía sentido dejarlo aquí aparcado…

—Pues nada —suspira—. Nos toca esperar uno —añade mientras mira a su alrededor.

—Podemos llamar a Ethan… —sugiero. La verdad es que me muero por llegar a su casa y poder hablar largo y tendido, sacar todo lo que llevo dentro y que amenaza con volverme loco.

—Debe estar trabajando —masculla—. ¡Ahí! —exclama, alza la mano, y tenemos la suerte de que se detenga frente a nosotros.

El trayecto, aunque no es muy largo, se me hace eterno. El silencio nos envuelve, poniéndome muy nervioso, a pesar de que Scott no ha soltado mi mano en ningún momento, incluso su pulgar acaricia mi dorso sin darse cuenta mientras mira por la ventanilla inmerso en sus pensamientos.

Pagamos y subimos a su apartamento. Al entrar, el recuerdo de lo que ocurrió la última vez me golpea, intento que no me afecte, pero lo hace. Le sigo hasta el salón y me siento, poco después aparece con dos cervezas, me tiende una y bebe de la otra sin dejar de mirarme.

—Puedes relajarte —me dice, sentándose a mi lado, ni siquiera he sido consciente de estar en tensión, respiro hondo e intento encontrar el valor para lo que está por venir—. No puedo creer que en verdad fueras a marcharte.

—Y yo que vinieras a detenerme —rebato—. Pensé que entre nosotros ya no quedaba nada.

—Siempre quedará algo, Alex. —La forma de mirarme me está poniendo muy nervioso, me remuevo inquieto—. Aunque tú seas un imbécil la mayor parte del tiempo, tendré que aprender a aguantarte y mandarte a la mierda cuando te pongas muy tonto —bromea, incluso sonríe, sin embargo, no me veo capaz de imitarlo.

—No tendrías que aguantar nada, Scott, y ese es el jodido problema. —Me levanto, porque soy incapaz de permanecer quieto —. Las relaciones no funcionan así.

—¿Y cómo lo hacen? —cuestiona—. Alex, cada persona, cada relación, es un mundo. Tú tienes un carácter de mierda, y, aun así, te amo, no es algo que pueda ni quiera cambiar. Tampoco yo soy perfecto, aprenderemos, pero juntos, porque me niego a rendirme.

—¿Crees que necesito ayuda? —pregunto, me observa durante unos segundos como si estuviera pensando bien la respuesta.

—No —responde al fin—. Solo permitirte dejar todo atrás, aprender a vivir sin cargar con los problemas y sufrimiento de los demás.

—No voy a dejar a mi familia —advierto—. Siempre serán una prioridad para mí.

—¿He dicho lo contrario? —cuestiona—. ¿Crees que no me importa la enfermedad de Anthony? ¿Qué no lo hace el embarazo de Emma? Para mí también son importantes, por ello debes dejar que yo comparta ese sentimiento contigo.

Sus palabras calan hondo en mi mente, caldean mi corazón y me hacen darme cuenta de cuánto me ama. Una sonrisa trémula comienza a dibujarse en mi rostro, lo siento en la comisura de mis labios. Mis ojos se empañan, por lo que parpadeo para impedir que las lágrimas hagan acto de presencia. Scott me hace un gesto con el dedo para que vuelva al sofá y me siente a su lado. No dudo y me acerco, cuando estoy a su alcance, tira de mí y caigo sobre él riendo. Le beso, porque es lo que más ansío en este momento, quiero dejar de darle vueltas a las cosas e imaginar finales donde ambos somos infelices.

—Te quiero —susurro, mirándole a los ojos, ahora oscurecidos por una pasión tan intensa como la que comienza a embargarme—. Gracias por confiar en mí más que yo mismo, y por amarme tanto como para ir a buscarme e impedirme cometer una nueva locura.

—Siempre —sentencia sin perder la sonrisa—. Te patearé el trasero cada vez que metas la pata —comienza a hacerme cosquillas, intento escapar sin mucho éxito, termino tumbado en el suelo con él encima—. No vuelvas a dudar de mí. —No estoy seguro de si es una orden o una súplica.

—Nunca —afirmo—. Nunca más, puede que no me creas, pero te lo demostraré.

—Bien —asiente, colocándose entre mis piernas—. Me gusta tu punto de vista —bromea mientras jadeo cuando nuestras pollas se encuentran—. Aunque tendrás que esforzarte mucho —susurra mientras muerde el lóbulo de mi oreja, enviando escalofríos por todo mi cuerpo—. Todos los días —gruñe cuando mis manos amasan su trasero mientras lucho por liberarlo del pantalón.

—Estaré encantado —replico mientras encuentro lo que tanto ansío, lo rodeo con mi mano y comienzo a masturbarlo—. ¿Crees que así voy bien?

—Lo veo bastante flojo —jadea, echando el cuello hacia atrás—. ¿Es todo lo que sabes hacer, Sinclair? —cuestiona, río y, sin que se lo espere, me muevo invirtiendo la postura. Ahora soy yo quien está sobre él.

—Veamos si esto te parece mejor… —voy dejando besos por su pecho, alzando su camisa hasta que se la quito, me recreo en su ombligo, haciendo que sus caderas se alcen en busca de la atención que desea y que le estoy negando—. O tal vez esto… —le miro mientras abro mi boca para engullirlo, grita mi nombre y saboreo su esencia, degustándola a placer.

Me recreo porque no quiero que acabe este momento. El tiempo podría detenerse, y viviría feliz. El tiempo trascurre entre besos, gemidos, orgasmos y palabras de amor. Las horas parecen trascurrir a un ritmo distinto, y me pierdo entre los brazos de mi primer y único amor, dejando todo atrás, y lo más importante, dispuesto a afrontar el futuro juntos. Mucho tiempo después, saciados y ya en la cama, uno frente al otro, nos miramos a los ojos sin perder la sonrisa de quien sabe que ha hecho lo correcto.

—Te amo —decimos al unísono, dormir entre los brazos de Scott es mi lugar seguro.

◆◆◆

Paseamos cogidos de la mano por nuestro parque favorito, el mismo en el que nos encontramos aquella vez cambiando el rumbo de nuestras vidas. Scott está convencido de que cada uno nacemos con un destino, y que el suyo era encontrarme para poder ayudarme a ser feliz, lo cierto es que cada día estoy más convencido de ello.

Mi familia tiene mucho que agradecerle, y mis padres no dejan de insistir en que quieren conocerle, pero no quiero presionarle después de lo que nos ha pasado. Lo cierto es que no sé cómo decírselo. Lo miro de reojo mientas caminamos sin rumbo, disfrutando de los últimos rayos de sol.

—Suéltalo ya, Alex. —Me detengo sorprendido, me mira expectante—. No voy a entrar en crisis —bromea.

—¿Quién ha sido el bocazas? —pregunto molesto, me mira sin perder la sonrisa—. No sé ni para que pregunto…

—Puedo entender que tus padres quieran conocerme, Alexander —dice ahora con seriedad—. Después de todo, estuviste a punto de dejarlos a todos atrás por mi culpa.

—No digas eso —protesto—. La culpa fue mía, y ellos lo saben de sobra. No pienses que tienen algo en tu contra —me apresuro a añadir—. Solo quieren conocer a la persona que me hace sonreír y no ser tan gruñón.

—Estaré encantado de conocer a tus padres —dice, poniéndose en marcha de nuevo, arrastrándome en el proceso—. Así que puedes respirar tranquilo —apostilla mientras me suelta la mano para pasar su brazo sobre mis hombros y abrazarme.

Cuando llegamos a nuestro mirador favorito, el astro rey está a punto de ocultarse tras las montañas. Abrazados, observamos cómo un día más termina para dar paso a una noche estrellada. Comienza

a refrescar, pero no nos importa, el silencio entre nosotros ya no duele, se siente bien, y eso demuestra que vamos por el buen camino.

—Sé que venimos mucho, pero cada vez es distinto —susurra—. Siempre me he sentido muy atraído por la naturaleza.

—Pues nadie lo diría —bromeo—. Eres un urbanita, al menos, lo pareces cuando vas vestido de traje y corbata.

—Muy gracioso —replica—. ¿Quieres que aparezca frente al juez en playeras? —me río al imaginar la escena—. ¿Te he dicho alguna vez que me encanta verte reír? —le miro, sintiéndome feliz, pero al cien por cien, como nunca antes.

—Es gracias a ti —replico—. Amarme como lo haces ha sido mi mejor medicina. —Me acerco para darle un beso suave—. Tu confianza, tu paciencia, el haberme perdonado cuando no lo merecía me han hecho libre.

—Jamás me arrepentiré de haber ido a ese maldito aeropuerto —añade, abrazándome desde atrás, su pecho contra mi espalda, sus brazos rodeando mi cintura y su rostro apoyado en mi hombro—. Y tú debes olvidar lo sucedido, yo ya lo he hecho. ¿Hacia dónde debemos mirar, Alex? —pregunta susurrando.

—Hacia delante —respondo sin dudar—. Siempre hacia delante y contigo a mi lado.

—Eso es —deja un suave beso en mi cuello—. Que no se te olvide. ¿Nos vamos a casa? —pregunta con dulzura.

Casa… Hogar, dulce hogar. Aunque no me importa dónde vivamos siempre que él esté a mi lado. En silencio, recorremos el sendero de vuelta, cogidos de la mano. De vez en cuando, uno de los dos se detiene para besar al otro, es casi una necesidad, al

menos, por mi parte. Los labios de Scott son una adicción, mi perdición, podría pasarme horas saboreándolos sin cansarme.

Al abrir la puerta del apartamento que compartimos, uno que es de los dos, porque así lo decidimos, el ambiente entre nosotros se ha caldeado tanto que recorremos el pasillo dando tumbos, entre risas, besos y gemidos. Al llegar a nuestra habitación, nos encerramos en ella, dejando el resto del mundo fuera, creando nuestra propia burbuja de la cual disfrutamos hasta quedar saciados.

La felicidad nunca ha estado tan a mi alcance como ahora…

Epilogo

Alexander

Nunca creí que podría ser tan feliz.

Observo a mi alrededor para sonreír a todos los que me rodean. Nos encontramos en el jardín de mis padres. Emma, con su vientre abultado por los mellizos, que cada día crecen más fuertes, contempla cómo Ethan juega con Giselle mientras Anthony los anima como si fuera un niño más. Y yo… miro a mi lado para asegurarme de que no es un sueño, que Scott está sentado riendo mientras ve las payasadas de mi hermano, intentando hacer reír a nuestra sobrina.

Mi padre está muy ocupado con la barbacoa mientras mi madre no hace otra cosa que sacarle carne. A este paso, creo que podremos alimentar a medio vecindario. Me levanto para acercarme hasta él y ofrecerle mi ayuda, lo he hecho varias veces y no se me da nada mal.

—¿Necesitas más manos? —pregunto, alza la cabeza y me sonríe negando—. ¿Seguro?

—Ve con Scott, parece que está a punto de salir corriendo —bromea—. Lo lleva peor que tú, y eso ya es difícil.

—Muy gracioso —farfullo, rodando los ojos por su ocurrencia—. Terminarás adorándolo.

—Si te hace feliz, lo haré —asiente, cortándome el aliento, todavía no me acostumbro a que ellos lo hayan tomado tan bien—. Ve —vuelve a hacer un gesto con la cabeza—. Tu madre ya lo está asediando a preguntas.

Me giro y me doy cuenta de que dice la verdad, abro los ojos espantado y corro hasta ellos. Scott me mira agradecido; mi madre, extrañada. Vuelvo a sentarme donde estaba hasta hace unos momentos como si nada.

—Por el amor de Dios, Alexander —exclama Diane Sinclair—. No voy a hacerle nada.

—No lo agobies, mamá —le pido con firmeza—. ¿Por qué no vas con Giselle?

—Porque también la acaparan. —Se cruza de brazos enfurruñada. Miro a mi novio, y no podemos evitar reír, ella nos observa, y finalmente sonríe—. Me caes bien, Scott. Espero que siempre consigas hacerle reír. —Me mira con cariño.

—Por supuesto —asiente el rubio sin perder el gesto—. Lo prometo.

—Me alegro de que Alexander tenga alguien a su lado que lo complemente —añade, gruño porque odio que hable de mí como si no estuviera presente—. Deberás tener paciencia, es un gruñón —bromea, ruedo de nuevo los ojos—. Deja de quejarte —amonesta.

—Mamá, me estás poniendo verde conmigo delante —exclamo avergonzado—. Scott ya sabe cómo soy. —La mano de mi novio coge la mía como si quisiera darme ánimos, lo miro y me guiña uno de sus preciosos ojos verdes—. ¿No tienes nada más que hacer?

—Lo cierto es que no. —Se encoge de hombros mientras da un trago a su vaso de té frío—. Tu padre se encarga de cocinar, por lo

que puedo sacaros los colores a gusto.

—Estupendo —mascullo—. Tienes dos hijos más, ¿recuerdas?

—Claro —carcajea—. Uno está felizmente casado y con una hija, el otro… —suspira, mirándolo—. Todavía no ha llegado su momento, mientras tanto puedo divertirme con vosotros.

—Esto debería considerarse tortura. —Scott se carcajea, le lanzo una mirada que deja claro que no le veo la gracia—. ¿Quieres que vuelva a dejarte solo con ella?

—No me da miedo —se jacta—. Puede que me quiera más a ti que a mí.

Miro a mi madre horrorizado, ella rehúye mi mirada. Genial, lo que me faltaba. No sé de qué me sorprendo, conozco muy bien el efecto que tiene en las personas. Es tan social, extrovertido y gracioso que todos se sienten atraídos por su personalidad tan distinta a la mía.

—No te enfurruñes, cariño. —Se levanta y me da un beso en la frente como cuando era un niño—. Te adoro, y lo sabes.

Al fin, nos deja solos. Su mano no me ha soltado en ningún momento, disfruto de la soledad mientras siento la caricia de su pulgar sobre mi palma. Le miro cuando llama mi atención con un apretón.

—¿Estás bien? —pregunta, asiento, porque es la verdad—. Gracias.

—¿Por qué? —pregunto en voz baja, perdiéndome en su mirada.

—Por permitirme formar parte no solo de tu vida, sino de la de tu familia —responde con seriedad—. Desde que la relación con la

mía es casi inexistente, me he sentido muy solo.

—Nunca más lo estarás —me acerco y le doy un suave beso que me sabe a poco—. Ahora me tienes a mí, siento haber tardado tanto en comprenderlo y dar un paso al frente.

—Deja de pedirme perdón —ordena, acercándome a él de nuevo, es ahora cuando me besa con un poco más de pasión. Soy el primero en apartarme—. De acuerdo, no es buena idea —me río ante su gesto—. Te quiero.

—Y yo a ti —replico, me va a costar acostumbrarme a decirlo en voz alta en vez de susurrarlo a escondidas—. No lo olvides, ¿de acuerdo?

—Nunca —dice sonriente.

Escuchamos un grito, miro hacia donde estaban mis hermanos y Emma y veo cómo Ethan sostiene a Anthony, que ha caído al suelo. Corro hasta llegar a ellos mientras escucho a mi madre llamar a su hijo desesperada. Todos lo rodeamos, lo veo pálido, sudoroso y sé que está sufriendo un ataque.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mi padre—. Voy a llamar a una ambulancia…

—No llegarán —cojo a mi hermano en brazos y corro lo más rápido posible hasta mi coche—. ¡Scott! —grito.

—Estoy detrás de ti, siempre —le escucho—. Yo conduzco.

—Os seguimos —grita Ethan.

Mi novio arranca y sale quemando llanta mientras le pido que se dé prisa. Observo a Anthony, que, con los ojos entreabiertos, me devuelve la mirada vidriosa, le aparto el cabello de la frente empapada en sudor y le pido que respire despacio.

—Debes tranquilizarte —le pido susurrando, intentando conservar la calma—. Enseguida llegamos y te pondrás bien —sonríe mientras una lágrima cae por su sien—. No dejes de mirarme —le ordeno temiendo que, si cierra los ojos, jamás vuelva a abrirlos.

Intento recordar todo lo que nos enseñaron por años en casos como este, pero ahora mismo mi mente se encuentra en blanco, solo me domina el miedo, necesito llegar al hospital y que los doctores me digan que solo ha sido un susto más.

—Scott, por favor —le ruego aterrado, no soy capaz de apartar la mirada de mi hermano—. Date prisa.

—Joder —lo escucho maldecir mientras hace sonar el claxon—. Ya casi estamos, haz que aguante.

Todo mi cuerpo tiembla. Abrazo a Anthony contra mí, intentando infundirme calor, aunque sé muy bien que lo que me hace estremecerme sin control es el pánico que me atenaza el pecho. Cuando el coche frena, ni siquiera espero a que me ayude a bajar a mi hermano. Saco las fuerzas suficientes para hacerlo y corro hacia urgencias de inmediato. Lo arrancan de mis brazos, y es puesto en una camilla. Los sigo, negándome a dejarle. Es Scott quien me detiene, caigo de rodillas frente a las puertas cerradas de cardiología.

—Va a recuperarse —susurra en mi oído. Sollozo y no me importa quién pueda verme, así nos encuentran los demás, y es mi novio quien tiene que explicarles lo sucedido—. Tranquilízate, Alex, o pediré que te seden.

Ethan y él me ayudan a levantarme, porque siento que mi cuerpo pesa una tonelada. Me sientan, y yo miro al vacío sin ver en realidad. Escucho sollozar a mi madre, y cómo mi padre intenta tranquilizarla, esto lo hemos vivido otras veces, pero esta siento que no es igual. No puedo olvidar que en las anteriores Anthony

bromeaba para calmarnos, ahora no era capaz de hacerlo, he visto el miedo en sus ojos, y eso me está matando.

No estoy seguro de cuánto tiempo trascurre, pero me parece una eternidad hasta que las puertas se abren y el doctor que lleva el caso de Anthony aparece. Sé antes de que comience a hablar que no son buenas noticias. Scott me ayuda a levantarme, y me acerco con paso muy lento, temiendo escuchar que no han podido hacer nada por mi mellizo.

—Señores Sinclair —comienza a decir—. No les voy a mentir, Anthony se encuentra en estado crítico. Esta vez no ha sido un ataque menor, su corazón no va a aguantar mucho más, necesita un trasplante lo antes posible.

Cierro los ojos porque es una sentencia de muerte. Conseguir donantes, y más de corazón, es casi imposible. Mi madre llora desgarrada, no soy capaz de mirarla. De nuevo, he fallado, prometí que encontraríamos una cura para Anthony, y no lo he conseguido.

—No es justo —farfullo, viendo cómo el médico se marcha—. No puede morir, no voy a soportarlo. —Alzo los ojos para encontrar los de Scott ensombrecidos por la lástima y la preocupación—. ¿Qué haré sin él?

—No pienses en eso. —Me abraza, tiemblo incontrolablemente —. Seguro que encontraremos un donante a tiempo.

—Sí no es así, quiero ser yo quien lo haga. —Me doy cuenta de que todos guardan silencio y me miran horrorizados en medio de esta tragedia—. No pienso permitir que se muera.

—Estás conmocionado y no sabes lo que dices, hijo —susurra mi padre roto de dolor—. Sabemos cuánto amas a tu hermano, nosotros también lo hacemos, encontraremos una solución.

—No pienso quedarme de brazos cruzados —grito, desgarrado —. No voy a dejarlo morir… —Mi voz se apaga.

—Y para eso debo perderte a ti —habla mi madre, la miro, es la viva imagen de la derrota—. No me pidas que elija entre uno de mis hijos —implora con la voz temblorosa por la emoción apenas contenida.

—No me pidas que te deje abandonarme —susurra Scott en mi oído, no me ha soltado en ningún momento—. Te amo demasiado.

Me dejo caer, y sostiene mi peso. Intento buscar una solución sin hallarla y me siento tan impotente e inútil que me daría de cabezazos hasta perder el conocimiento y que el dolor que me atenaza desaparezca. Siempre supe que llegaría este momento, pero no estoy preparado, me niego a rendirme y dejar que la muerte gane, llevándose a mi otra mitad. ¿Cómo podría seguir viviendo sin él? No, no me es posible imaginar un mundo donde Anthony no esté.

—Voy a hablar con los doctores —dice mi padre—. No puedo quedarme aquí sentado esperando el momento… —Veo cómo se aleja. Emma consuela a mi madre mientras intenta contener su propio llanto. Ethan camina de un lado a otro.

Cada uno de nosotros intenta soportar este golpe como puede. No puedo creer que el día que había comenzado tan bien, que habíamos planeado pasarlo en familia y disfrutar de unas horas de risas y conversaciones, se haya convertido en una maldita pesadilla. Scott me ofrece algo de beber, niego sin siquiera mirar de qué se trata, no tengo sed, no tengo hambre, solo miedo.

—Debes comer algo —murmura—. No puedes enfermar tú también, Anthony te necesita.

—Él necesita un maldito corazón sano —mascullo, sé que no tiene culpa de nada y que no debería pagar con él mis temores, pero

no puedo evitarlo—. ¿Por qué no nos dicen nada?

—Es buena señal —dice Emma—. Seguramente esté estable. Eso da margen a encontrar un donante, Alex.

—Deberías estar con Giselle —replico—. Además, esto no es lo más indicado para ti, piensa en los niños —le pido.

—Está con Molly, mi lugar en estos momentos está aquí —responde—. Puede que seas mi mejor amigo, pero no olvides que también le he visto crecer.

—Siempre pensamos que habría más tiempo, ¿verdad? —pregunto, mirándola con tristeza.

—Y lo habrá —sentencia con firmeza—. Anthony sobrevivirá…

Fin...

Agradecimientos.

Una vez más me encuentro escribiendo la palabra FIN, sin embargo, sabéis que esto no ha terminado. La historia de Anthony es la siguiente, puede que para mí, de los tres hermanos, sea el más especial.

Os preguntareis por qué…

Por todo lo que su enfermedad le ha arrebatado. Por eso siento la imperiosa necesidad de darle un amor de cuento de hadas. De hecho, todos los Sinclair se lo merecen, pero creo que él lo hace un poco más.

Espero que esta locura en la que me he embarcado os haya gustado, hecho pasar un buen rato sin más pretensiones que alejarnos un poco de la realidad del día a día. Si lo he conseguido, me doy por satisfecha. Espero de todo corazón que os hayáis perdido por las calles de Boston, que, sobre todo, han recorrido Scott y Alexander, y que no los odies mucho (ja, ja, ja).

Nos leemos muy pronto.

Jeanne Parker.